

# Imaginarios, desvíos y cruces discursivos en la prensa cultural argentina

*El Hogar* en los treinta

Dra. Laura Juárez  
Univ. Nacional de La Plata (UNLP) – Consejo  
Nacional de Investigaciones Científicas y  
técnicas (CONICET), Argentina  
[laurasjuarez@gmail.com](mailto:laurasjuarez@gmail.com)



# Imaginarios, desvíos y cruces discursivos en la prensa cultural argentina.

## *El Hogar en los treinta*

“ La voz profética y caníbal de Valéry nos llama:

*Nada hay más original, nada hay más intrínseco a sí que alimentarse de los otros. Es necesario, sin embargo, digerirlos. El león está hecho de carnero asimilado.*

El escritor latinoamericano juega con los signos de otro escritor, de otra obra. Las palabras del otro tienen la particularidad de presentarse como objetos fascinantes para sus ojos, sus dedos. [...] Estos escritores usan sistemáticamente la digresión. [...]... el texto segundo se organiza a partir de una meditación silenciosa y traicionera...”

**Silvano Santiago, “El entrelugar del discurso latinoamericano”**

# ***El Hogar. Ilustración Semanal Argentina (1904-1963). Empresa editorial Haynes.***

1) Las colaboraciones de Borges allí publicadas, sobre todo, sus “guías de lecturas” en la columna sobre “Libros y autores extranjeros” (1936-1939).

2) Las contribuciones de algunas escritoras extranjeras, visitantes viajeras, como Rosita Forbes, cuya participación, contribuye a deslindar, en el juego de los cruces discursivos, los debates sobre el lugar de la mujer en esos años que impulsa la revista.

En los dos ejemplos pueden leerse en *El Hogar*, en el cruce entre lo local y lo extranjero, desvíos, diálogos y apropiaciones; distintas realizaciones que asimilan lo ajeno, lo utilizan y, también, en algunos casos, invierten el orden de la transferencia para mostrar cómo el león logró digerir al cordero.



**“AYER Y HOY”**

Por M. López Osorno

Número  
1000



## ***El Hogar* en la década del treinta: deslindes.**

“Excelentes tricromías en sus carátulas, nítidos grabados en sus páginas, cuentos, pequeñas novelas, comentarios sociales, crónicas, noticias de actualidad en su texto, en el cual no han faltado recetas de economía doméstica, de cocina, páginas sobre belleza femenina. *El Hogar* ha sido y es un periódico de información literaria, social y familiar a la vez”. (“Dijo *La Prensa*”).

“Las páginas de *El Hogar*, garantía de honestidad y conciencia periodística, son hoy, como siempre, la exacta expresión de la vida nacional. Por ellas desfilan, número a número, prestigiosas firmas literarias, y en ellas se expresan las más autorizadas opiniones. En todas sus secciones consagradas “a la mujer, al hogar y al niño”, como reza el lema de la revista, se sigue siempre la misma norma de moral y de progreso que ha convertido a *El Hogar* en un motivo de orgullo para el periodismo nacional”. (“El Mundo expresó entre otras cosas lo siguiente”, *El Hogar*, 11 de febrero de 1938)

## Modelos dicotónicos de mujer: afán difusionista y pedagógico que se lee en algunas páginas:

«Yo te aseguro, mujer, que el actual poderío de la vida femenina reside en la **fortaleza de espíritu e intelecto**. No es ya, la nuestra, época propicia para **mujeres cloróticas, frágiles como un bibelot o tímidas como una gacela**. La mujer ánfora, la mujer florero, la **doncellita graciosamente ignorante** vive hoy, si existe, completamente retrasada. [...] ... te sugiero, mujer que **cultives tu talento**, la audacia de tu espíritu, en reciedumbre interior. [...] Pero si te quedas estática, considerando tu timidez como virtud, tu debilidad como encanto, tu ignorancia como atractivo femenino, te digo que vivirás retrasada, propensa a caerte y a rodar vertiginosamente por el abismo de la vida moderna...»

# La página para la casa

## MODERNISMO

Yo te aseguro, mujer, que el actual poderío de la vida femenina reside en la fortaleza de su espíritu e intelecto. No es ya, la nuestra, época propicia para mujeres cloróticas, frágiles como un bibelot o tímidas como una gacella. La mujer ánfora, la mujer florero, la doncellita graciosamente ignorante vive hoy, si existe, completamente retrasada. Es lastre en nuestra sociedad, donde las modernas jovencitas ya no cuchichean de la milagrosa llegada del bebé, sino que discuten abiertamente de higiene deportiva, eugenesia, puericultura, divorcio o sufragio femenino... Ya no son siervas, sino verdaderas camaradas del hombre. Pero por lo mismo, yo te sugiero, mujer, que cultives tu talento, la audacia de tu espíritu, en reciedumbre interior. Porque así sabrás producir generosamente el valioso fruto que la nueva sociedad exige. Pero si te quedas estática, considerando tu timidez como virtud, tu debilidad como encanto, tu ignorancia como atractivo femenino, te digo que vivirás retrasada, propensa a caerte y a rodar vertiginosamente por el abismo de la vida moderna...

## LA ANTISEPSIA

A la acción destructora que ejercen los agentes naturales sobre los microbios, se agregan la esterilización por el calor o por sustancias antisépticas llamadas desinfectantes.

## BLUSAS VAPOROSAS



# El Hogar

Arg bi 118 : 27, 1125 (1931)

4



**T**ODAS las mujeres sabemos que eso de "atrapar un marido" es cosa que se complica cada vez más. Sobre todo ahora, que tanto se habla de nuestra independencia y de los derechos de que tendemos adueñarnos. La cual hace que a las dificultades con que tropezábamos para convertirnos en esposas se sume ahora otra acaso más calamitosa aún que las demás: el temor de los hombres.

Porque los hombres actuales, dígame lo que se diga, nos temen. No como mujeres, sino como futuras esposas. No les indigna el hecho de que conquistemos tanta libertad como ellos, pero en cambio los asustan los resultados y las consecuencias de esa libertad. De lo cual se desprende que para atrapar marido la mujer tiene que poner en juego un gran número de sutilezas que antes no necesitaba.

Hay miles y miles de hombres que están enamorados de sus novias y que no se deciden a dar el paso final. Aparentemente, nada les impide casarse. Y sin embargo, no lo hacen.

¿Por qué?

Mucho me temo que en el fondo la solución de este problema sólo dependa de la respuesta a una sola pregunta. Una interrogante que el novio viene formulándose acaso desde la primera vez que vio a su amada:

—¿Será mi novia una buena esposa?

He ahí todo cuanto pide. Que su novia sea una buena esposa. A simple vista diríase que pide poco, pero en realidad pide mucho. Pues en esas dos palabras — buena esposa — sintetiza él toda su esperanza de felicidad futura.

¿Y cómo puede una mujer demostrar a su novio que ella será eso que él pide?

—Demostrándole mucho cariño — dirán ustedes.

Si. Pero hay, además, otras cosas que también son necesario demostrar. Un buen número de detalles que juntos constituyen una gran fuerza capaz de inclinar la balanza hacia el Registro Civil. Y que son justificados porque cualquier mujer siente honestamente la necesidad de evidenciarlos. Todas estas "cosas", consejos, reglas o como ustedes querran llamarles, no son abundantes ni complicadas. Son sólo diez, y muy fáciles de comprender. Tanto, que segura estoy de que cualquier novia ha puesto en juego alguna vez dos o tres de ellas. Pero como dos o tres no bastan, aquí están las diez.

No olvidemos que "la unión hace la fuerza...". En consecuencia, a aprenderlas todas y a ponerlas en práctica en la primera oportunidad que se presente.

**Consejo Nº 1  
DEMUESTRELE A SU NOVIO QUE USTED ADORA LOS NIÑOS**

Cada vez que estando en su compañía ve algún bebé, tenga para él una frase de admiración. No pierda la oportunidad de ensalzar su maternidad y de evidenciar que, aunque nunca lo ha hecho, sabe cómo cuidar a una niña en sus primeros años. Y si se le presenta la ocasión de vestir a un bebé, hágalo titubear. Este detalle puede ser decisivo

**Consejo Nº 2  
QUE LE HAGA GASTAR MUCHO DINERO**

... con él tenga consideración... bolsillo. Opóngase cuando él le sugiere

frecuentar las salas de espectáculos más caras o las confiterías de mayor precio. Si él insiste, acceda. Pero no deje de reprocharle suavemente su afán por gastar mucho dinero. Y si cuando le compra flores él propone orquídeas, que prefiera un ramo de rosas.

**Consejo Nº 3  
ELOGIELO**

No lo... pero hágale comprender su creencia de que él es... los hombres le agrada hablar de ellos mismos. Y como esta regla es invariable, es seguro que a su novio le gustará que usted le diga cosas bo-



**DIEZ PRECEPTOS QUE EVITARAN A LAS MUJERES QUEDARSE SOLTERAS**  
Por MARGARET KENDALL

... de su persona. No olvide que muchos hombres han llegado a casarse simplemente porque sus novias reconocían que ellos valían mucho.

**Consejo Nº 4  
REQUIERA SU AYUDA DE CUANDO EN CUANDO**

Recuerde siempre que usted pertenece al "sexo débil" y que en consecuencia necesita la protección del "sexo fuerte". Si en el club, simular un pequeño accidente, ser víctima de un calambre o torcerse un pie, no deje de hacerlo. Al verla sufrir, él la sentirá más débil que nunca, y esto aumentará su cariño. Si usted puede llorar un poquito, hágalo bien. Pero que sea con gracia... Se cuentan por millares los casamientos surgidos de lágrimas femeninas intencionalmente vertidas...

**Consejo Nº 5  
DELE CELOS**

Pero no muchos. Les...

**Consejo Nº 6  
PREFIERALO SIEMPRE A EL.**

... comprender que prefiera... lado a divertirse... asiste a... uniones danzantes, demuéstrele que aunque le agrada mucho bailar, prefiera a eso charlar con él. Su novio se sentirá halagado, pues... te rasgo conmovedor su vanidad de galán. En cambio, si se entrega a la danza, y cuando se cansa usted baila con otras personas, le disgustará enormemente, aunque no lo demuestre.

**Consejo Nº 7  
SEA CONDESCENDIENTE**

No haga cuestión cuando él le propone asistir a lugares de espectáculo. Si él desea el cine, vaya al cine, aunque tenga unos deseos terribles de ir al teatro. No diga "negro" cuando él dice "blanco". Estúdiele y conozca sus debilidades. Adáptase a ellas, pensando que a fin de cuentas ese hombre será el compañero de toda su vida y que ese conocimiento tendrá gran importancia en el logro de su felicidad.

**Consejo Nº 8  
TRATE DE IMPRESIONAR BIEN A SUS AMISTADES**

Las relaciones de su novio pueden jugar un papel preponderante en el camino a la futura boda. Si las impresionan bien, ellas serán las primeras en decirle a él que usted es la esposa que necesita. Si las amistades de su novio no gustan de usted, las posibilidades del casamiento disminuirán.

**Consejo Nº 9  
SEA FEMENINA**

No se deje enganar por falsas modalidades. Sin excepción alguna, a los hombres les agrada la mujer bien femenina, y perdón por la redundancia. Sea femenina en el vestir, en sus gestos, en sus conversaciones y en su trato. Y no pierda ocasión de asegurar ante él su repulsió hacia las que quieren ponerse a la par de los hombres y conquistar derechos que las dejan cada vez más de su condición de "sexo débil".

**Consejo Nº 10  
DEMUESTRELE QUE SABE COCINAR**

... que puede ir a la cocina y preparar un plato sabroso, tiene muchísimas probabilidades de que su novio la lleve al altar. Si él visita su casa, no deje de cocinarle sus platos favoritos. Esto será casi decisivo para que él no piense ya en otra cosa que no sea hacerla su esposa.

Y así llegamos al final de las diez reglas o consejos para "atrapar marido". Claro que éstos no son infalibles. Pero, eso sí, puedo asegurarles que no están muy lejos de serlo. De todos modos, les recomiendo que los estudien bien y que los apliquen. Pero no ocasionalmente, sino cada vez que en los tiempos oportunos se presente. No olviden que...

### Consultorios de "El Hogar"

El creciente y considerable número de consultas que llegan a esta redacción...

Todos los lectores de "El Hogar" tienen derecho a formular consultas de carácter general...

Cada carta debe referirse especialmente a una sola consulta.



El atractivo más grande de toda mujer

No consiste en las líneas perfectas de su semblante o una cabellera abundante...

Fregada por Bernard Lemaître de FRILA, de apertura fresca y suave...

Se vende en todas las perfumerías, tiendas y farmacias.

Pida muestras gratis mencionando esta revista a

CAILLON y HAMONET



TACCARL, 267 Buenos Aires

Cuidado con las tentaciones.

Table with 2 columns and 10 rows of content: MEDICINA, ASUNTOS LEGALES, LABORES FEMENINAS, BELLEZA, TEMAS ESCOLARES, COMEDIO INFANTIL, LA MESA Y LA COCINA, MARCAS Y PATENTES, PRACTICAS Y USOS SOCIALES, MUSICA, CONSEJOS A LAS MADRES, VARIAS, MODAS, ARTE, TEATRO Y LITERATURA, DEPORTES, INDUSTRIAS.

## Esta Bella Tenía Espinillas

Las Píldoras De Composición De Cal "STUART" Probaron Que La Bellica No Viene Sino De La Sangre.

Cubra toda su piel con pasta, crema o lo que sea y al cabo de una hora Vd. dejará de respirar.



En las píldoras de composición de cal "Stuart" el admirable sulfato de cal...

En cualquier farmacia o droguería puede Vd. obtener una caja de las píldoras de composición de cal "Stuart"...

- Depositarlos generales: MENDEL y Cia. - Ingo Indores, Belgrano 561 - Buenos Aires. En Montevideo: MACEDONIO FERRARI, Juan C. Gómez 1215. En Asunción (Paraguay): GUILLERMO PERONI.

# Lo literario en *El Hogar*: convivencia de lo extranjero y las producciones locales

- 1) Escritores locales reconocidos (Borges, Bianco, Arlt, Olivari, González Lanuza, etc)
- 2) Autores noveles
- 3) Fuerte presencia de escritoras incipientes y de algunas firmas reconocidas (Storni, Brumana, Emma de la Barra/César Duyaén): maestras cronistas y pedagogas
- 4) Autores extranjeros célebres, en algunos casos seleccionados por autores argentinos
- 5) Folletines extranjeros (en muchos casos, de historias que apuntan a un público femenino y con circulación en revistas internacionales)
- 6) Textos de viajeras y cronistas internacionales.

## LIBROS Y AUTORES EXTRANJEROS

Por JORGE LUIS BORGES

## BIOGRAFIAS

EN un sitio de Irlanda (cuyo nombre no quieren recordar los diccionarios biográficos) nació a la vida, y tal vez a la inmortalidad, lord Dunsany, al promediar el año de 1878. "Debo casi todo mi estilo (escribí hace poco) a las detalladas crónicas de divorcios que publican los diarios. Por obra y gracia de esas crónicas, mi madre me prohibió su lectura, y me aficioné a los cuentos de Grimm. Los leí con amor y con temor ante grandes ventanas que siempre daban a la puesta del sol. En la escuela me hicieron intimar con la Biblia. Durante muchos años me parecía artificial todo estilo que no fuera un "pastiche" de las Escrituras. Después estudié griego en Cheam School, y cuando leí de otros dioses, me apiadaron casi hasta el llanto de esas bellísimas personas de mármol a quienes ya nadie adoraba. Sé que me apiadan todavía."

En 1904 Dunsany se casó con lady Beatrice Villiers. En 1899 se bató en el Transvaal; en 1914 contra los alemanes. Después



LORD DUNSANY

## SINTETICAS

he dicho: "Soy de una estatura imprudente; mido precisamente seis pies y cuatro pulgadas. En 1917 las trincheras tenían seis pies de hondura. Estoy acostumbrado, ¡ay de mí!, a la publicidad." Lord Dunsany ha sido un soldado; es todavía un cazador, un jinete.

Sus cuentos sobrenaturales rehúsan con igual decisión la justificación alegórica y la científica. No dependen a Esopo ni a H. G. Wells. Tampoco aspiran al examen solemne de los charlatanes del psicoanálisis. Son, simplemente, mágicos. Se nota que lord Dunsany está cómodo en su inestable mundo.

Su obra es muy numerosa. He aquí unos títulos, destacados sin otra ley que la del desorden cronológico:

"Los dioses de Pegana", "El tiempo y los dioses", "Cuentos de un soñador", "Dramas de dioses y de hombres", "Cosas desdichadas, lejanas", "Las crónicas de Rodríguez", "Dramas de cerca y de lejos", "La puerta resplandeciente", "La bendición de Pan", "Relatos de viaje de Mr. Joseph Jorkens".

## LIBROS NUEVOS

## EN ALEMAN

★ "ARGENTINIEN" de Wilhelm Rohmeder. (E. Beutelspacher, Buenos Aires, 1937.)—Diez años hace que reside en nuestra república el doctor Guillermo Rohmeder. No predica la fácil generalización, no es abogado de una raza o de una cultura, no cree que el epigrama o la greguería puedan suplir el conocimiento. Incrediblemente, prescinde de la profecía y del ditirambo. Su libro — doscientas diez y siete páginas en octavo mayor — describe minuciosamente nuestro país. Leo en el prólogo:

"La primera parte del libro estudia la República Argentina en su totalidad, desde sus diversos aspectos: idiosincrasia histórica, geológica, política, espiritual. La segunda presenta sus regiones, concebidas como unidades vivientes de la historia y de la naturaleza; la nacionalidad, el carácter y la economía de esas regiones surge de las reciprocas fuerzas de la tierra y del hombre. Su descripción es doble: estudio los rasgos generales y las particularidades típicas... Las ilustraciones quieren ser un complemento del texto. A las fotografías de paisajes característicos he agregado otras que indican aspectos desconocidos o hasta el día de hoy desdichados de la tierra argentina... He querido ensayar una combinación de libro para la lectura, de libro gráfico y de obra de consulta."

El autor ha logrado felizmente su propósito triple: ante todo en la parte gráfica, que integran más de cien fotografías de rostros, de árboles, de nubes, de ríos, de tareas del hombre y de soledades.

Claro está que podemos formular alguna objeción de detalle. Así, en la página 47, lee que Hugo Wast es un maestro. ¿De qué y de quiénes? En la 48, hay un breve catálogo de pintores; me resigno a la inclusión de "Qu. Martín" — así lo abrevia el texto, — no a la exclusión de Xul-Solar o de Basaldúa. En la 72, leo que el gaucho es privativo de la pampa; yo tengo para mí que el gaucho de Entre Ríos o el oriental han pasado más en la historia que el bonaerense. Sen, como se ve, desacerdos mínimos.



## "EUROPE IN ARMS"

De LIDDELL HART

REVISANDO mi biblioteca, veo con admiración que las obras que más he releído y abrumado de notas manuscritas son el "Diccionario de la filosofía" de Mauthner, "El mundo como voluntad y representación" de Schopenhauer, y la "Historia de la guerra mundial" de B. H. Liddell Hart. Preveo que frecuentaré con

el mismo goce la obra nueva de este último: "Europa en armas". Goce desengañado, goce lúcido, goce pesimista.

Según el capitán Liddell Hart, casi todos los ejércitos europeos adolecen de gigantismo. Han olvidado la famosa advertencia del conde de Sajonia — fino guerrero clásico al fin, coetáneo de Voltaire y de Philidor: — "Las muchedumbres no son más que un estorbo." Adolecen de arcaísmos, también. El ejército ruso, uno de los más innovadores de Europa, conserva diez y seis divisiones de caballería. "En las maniobras, esas confusas masas de jinetes parecen un enorme circo; en el campo de batalla, pueden suministrar un buen cementerio." El ejército alemán sigue profesando la doctrina de Clausewitz: "El combate apretado, cuerpo a cuerpo, es el fundamental." Se trata de un prejuicio romántico; Liddell Hart cita el testimonio del general Antoine Jomini, que militó en las guerras de Napoleón y después en las de Alejandro Primero y que vio muchísimas cosas, pero nunca dos bayonetas cruzadas... En cuanto al breve ejército inglés — menos de ciento cuarenta mil hombres — Liddell Hart asevera que éste debería sobresalir material y tácticamente "y que por ahora no sobresale". Tal no era el caso en 1914. Entonces — "un fino estoque entre guadañas" — era el único ejército que tenía un conocimiento práctico de la guerra.

La defensa (arguye el autor) es cada día más mecánica y fácil; la ofensiva, casi imposible. Una ametralladora y su hombre pueden aniquilar a cien agresores — a trescientos, a mil — de rifle y bayoneta. Una emisión de gas puede inmovilizar un ataque. De ahí la conveniencia de fuerzas motorizadas, ubicuas. De ahí también la de buscar el favor de la sombra, ya en las apretadas noches sin luna, ya en las neblinas de la naturaleza o del arte.

"Sin duda, hay una ciencia de la guerra", concluye el capitán Liddell Hart. "Sólo nos falta descubrirla."

## LIBROS NUEVOS

## EN FRANCES

★ "HOLLYWOOD VILLE-MIRAGE" de J. Kessel. — El autor de "La estepa roja", de "Viento de arena", del "Descenso de la tripulación" y de "Los cautivos", se jacta en el prólogo de este libro de no ser "un mero turista conversador y de haber pasado dos meses en la metrópoli del film". Ese vasto espacio de tiempo le ha permitido el desarrollo "de un análisis lógico, despiadado". Despiadado con la lógica, desde luego.

★ "LAWRENCE ET MOI" de Frieda Lawrence. — Este libro (cuyo verdadero título es "Not I but the wind", "No el viento, yo") ha sido traducido al francés por Claude Morestel y Francis de Mioman-Jre. Su autora, viuda de D. H. Lawrence, dice en el prólogo: "He intentado escribir con toda la honradez posible. La mentira es hermosa, pero la verdad me parece más interesante y altiva."

"En cuanto a comprender a Lawrence o a explicarlo, nada puedo acusarme de esa impertinencia o de esa locura. Somos mucho más que lo que entendemos. La comprensión es una parte mínima de nosotros, hay en nosotros tantos inexplorados territorios que no alcanzan la comprensión. Como Lawrence y yo fuimos aventureros natos, nos hemos explorado. "A veces yo lo odiaba y lo rechazaba, como si fuera el diablo en persona. A veces lo aceptaba como se acepta el tiempo."

"Su amor ha borrado todas mis vergüenzas y mis inhibiciones, todas las decadencias y miserias de mi pasado."

## DE LA VIDA LITERARIA

Otra antología. El señor Edward J. O'Brien ha publicado una compilación de los mejores cuentos que se escribieron en Inglaterra entre los años de 1561 y 1664. Afirma en el prólogo: "Esta breve generación, no es necesariamente inferior a la de Kipling, Conrad y Wells."

Ya sabemos que para ser admitido a la gloria basta ser contemporáneo de Shakespeare.

# La doncella que amaba el perfil de la muerte

(CUENTO)

Por

ENRIQUE GONZALEZ TUÑÓN

**ESTA** era una doncella pálida que amaba el perfil de la Muerte. Esta era la compasiva doncella de los velorios.

Florencia de camposanto, su rostro estilizado trasuntaba la diluida tristeza de las criaturas que mueren en estado de gracia; de las vírgenes muertas en edad de amar.

Esta era la doncella pálida que amaba el perfil de la Muerte. La vi acariciar el rostro de un niño, helado por el beso eterno; la vi enjugar la lágrima olvidada, la póstuma lágrima, en el párpado vídrioso de una madre fenecida en amor gemebundo de su prole; la vi descender su mirada hasta la mascarilla exánime, y me dije:

—Doncella que amas el perfil de la Muerte: ¿quién se compadecerá de ti cuando sea llegada tu hora de ascender?

Florencia del más allá, mojada por rocío de lágrimas, tu sol es el fúnebre sol de los velones. ¿No llegan a tu alma, guardada como en un ataúd, los jubilosos ecos de la vida? Sientes la poderosa, la misteriosa, la trágica atracción de la madre tierra, y si tus ojos se elevan al cielo no es para bañarte en la felicidad azul, sino para implorar perdón.

¿Perdón por tus culpas — oh doncella que amas el perfil de la Muerte, — tú, que no has reído, ni has experimentado alegría en tu impoluta doncellez?

Dime: ¿quién se compadecerá de ti cuando sea llegada tu hora de ascender? Entre la cruz de bronce del Sacrificado y la Muerte, estás tú, siempre en actitud vigilante. ¿Quién agradecerá tu extraña solicitud? ¿Abaso la póstuma lágrima, la tardía lágrima que cuecen los ojos extáticos de la Muerte?

Doncella pálida: tu ventana es la raja tristemente florecida del camposanto. Eres sombra de juventud, consuelo inútil, fracasado gesto cariñoso que nadie recoge. Tu sonrisa es mortaja para los que han sido. ¿Cuál sonrisa será tu mortaja cuando sea llegada tu hora de ascender?

**ESTA** era una doncella que amaba el perfil de la Muerte. Consuelo, sus ojos; caricia, sus manos; piadosa sonrisa, su rostro. Y en su rostro, la luz sin vida de los velones.

Candelabro viviente, cumples tu negativo destino de ser humano que lleva su alma adherida al misterio de donde ha venido. ¿Qué espectáculo sojuzga tu ánimo? ¿Qué magia te convirtió en ángel pálido de los velorios?

Dentro, el olor penetrante de ultratumba. La descomposición. La Muerte.

Fuera, el corazón saltarín, el ardoroso corazón que busca el tuyo para fortalecerte en optimismo y salud. ¿Qué haces que no respondes al llamado vivificador? ¿Por qué te detienes a enjugar lágrimas inertes cuando debieras curvarte para recoger la flor; elevarte, para

Triste de toda tristeza, tu cabeza joven pide una toca de caridad, y tu pecho, vacío de inquietud, un crucifijo.

Eres la doncella indiferente al mundo, sin la justificación del obsesionado amor de la Santa Teresa que adoraba a Jesús.

Eres, simplemente, el ademán inclinado hacia la Muerte.

Doncella sin sueños radiantes, velas el sueño eterno, obediente a una extraña misión.

Apártate de la cámara mortuoria; aleja tu juventud del triste coro de llanto; huye de la atmósfera asfixiante y renuévate en el aire libre, en la brisa pura que viene cabalgando en el río.

Abre de par en par el ventanal de tu alma para que levante vuelo el negro pájaro agorero que eluta tu lozanía de mujer en flor. Lava tu fresca cara en bautismal agua de sol y aspira el perfume agreste tan distinto al olor prisionero de la muerte.

Quiero verte afirmación de vida. Doncella que amas el perfil de la Muerte: ¿cuál será tu mortaja cuando sea llegada tu hora de ascender?

**ACARICIABA** el rostro de un niño helado por el beso eterno; enjugaba la lágrima olvidada, la póstuma lágrima, en el párpado vídrioso de una madre fenecida en amor gemebundo de su prole; descendía su mirada hasta la mascarilla exánime. Le dije:

—Doncella que amas el perfil de la Muerte: ¿quién se compadecerá de ti cuando sea llegada tu hora de ascender?

Mi palabra fué inútil como inútil el gesto de la doncella. Ella enjugaba pupilas apagadas y mi palabra hablaba a la juventud en negación de inquietudes.

—Doncella, doncella, ¿me escuchas?

La doncella fijó en mí el resplandor artificial de sus ojos, y en su rostro inexpresivo extendióse la luz de los velones.

A sus pies, una viejuca bruja ocultaba su cabeza en obscuro manto. La viejuca dejó de deglutir la monotonía del rosario; acercóse y díjome con filosa voz:

—¿Por qué te empeñas en que hable? ¿No comprendes que su fin está escrito y que su hora de ascender está cercana?

Volvió la bruja al rezo. No rezaba, no, por el muerto que yacía en el ataúd. Rezaba por la moza, por el ánima impoluta que a cada instante iba libertándose de la doncella que amaba el perfil de la Muerte.



tomar el fruto; abrir los labios para besar al amor?

Doncella que amas el perfil de la Muerte: ¿cuál será tu mortaja cuando sea llegada tu hora de ascender?

**MELANCÓLICA** como un día gris, la vida, para ti, es un patio de hospital.

Y sin embargo, estás en la edad siempre recordada del goce pleno.

# EL POETA ASESINADO

Por

NICOLAS OLIVARI

Ilustración de Rodolfo Claro

El poeta hacía su matinal viaje en tranvía. Iniciaba la triste, la dolorosa jornada. El día que acababa con él, era el lecho, deshecho de infecunda labor intelectual.

Trabajaba en un diario. Hilaba sueltos y notas, desgano y perezoso. Ponia aquí y allá algunas puntas de ingenio. Si estaba triste, debía escribir un suelto humorístico. Si estaba alegre, el secretario de redacción lo enviaba indefectiblemente a un entierro. Y así durante años.

Se salvaba en parte por su labor literaria. Publicaba poemas de amor en las revistas ilustradas, en los periódicos de arte. Los críticos elogiaban la honda humanidad de su poesía, pero el público acaso no entendía claramente en sus versos intencionadamente oscuros, la tragedia íntima de su creación.

Sin embargo, lentamente su nombre comenzaba a leerse en muchas partes y se le solicitaba colaboración con interés.

El periodismo, del que no supo o pudo evadirse a tiempo, limitaba sus facultades creadoras y muchas veces mataba la inspiración. Así sus noches de creación poética eran infernales, y cada poema escrito en esas condiciones era el fruto de largas horas de labor, de atoradora ansiedad, de terrible certidumbre de impotencia. Pero al fin el poeta vencía al periodista, y el poema flamante, vestido con ozosas palabras nuevas, inauguraba su renacimiento espiritual.

Aquella mañana el poeta estaba contento. En la edición matutina del gran rotativo se publicaba a tres columnas, con recuadro y sobre un fondo de decoración, su último poema. El que él consideraba más bello...

Paladeaba la emoción, nueva cada vez, de leer su magnífico poema.

Era para una mujer, naturalmente. Para una de esas mujeres vagas e incorpóreas de los poetas y que los poetas no alcanzan a conocer nunca en carne y hueso, en la vida triste y monótona de las ciudades abrumadas por el trabajo.

El poeta imaginaba a esa mujer. Y se reía soñadamente de su creación. ¡Ah, si existiera!, se decía... Y miró a los vulgares pasajeros que llenaban el tranvía. Su vista se detuvo en una nuca blanca, sobre la que se desgranaban algunos ricitos de pelo castaño.

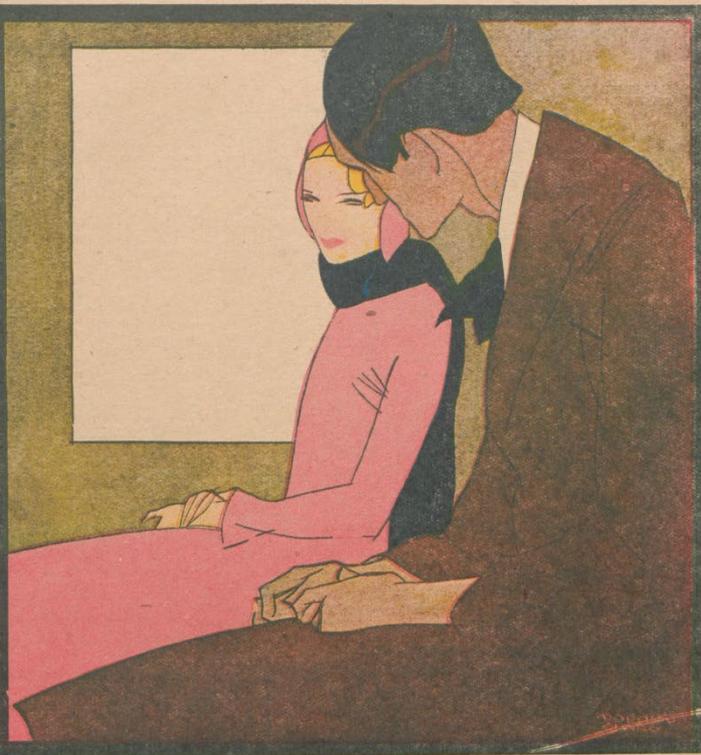
El poeta se interesó por esa deliciosa cabecita que entreveía.

Con la audacia de los tímidos cambió de asiento y se colocó a su frente.

Quedó asombrado. Ella era la mujer de su poema. Hermosa hasta la exageración, impresionaban sus ojos grises en el conjunto armonioso de la cara. Hubiera querido describirla mentalmente, pero comprendía que sólo era posible hacerlo con versos, con esos mismos versos que ese día le publicaba el gran diario matinal.

¡Y ella estaba leyendo ese diario!

El poeta comprendió que si sus ojos grises se detendían en ese poema titulado "A una mujer desconocida"



se reconociera. Y leería con honda emoción ese poema. Y, acaso, soñaría con su autor sin conocerlo. El adivinaría el ensueño en sus ojos grises y se acercaría respetuosamente, sombrero en mano, y le diría:

— Señorita, yo soy el autor de ese poema...

Y, acaso, agregaría con turbada timidez viril:

— Lo hice por usted, para usted...

Y ella deslizaría la mirada de sus ojos grises bajo las enormes pestañas, sonriéndole con infinita dulzura...

Y así nacería el romance.

Y el poeta, que nunca jamás en su vida había amado, que había cantado al amor durante tanto tiempo sin conocerlo, lo tendría a su lado ahora, eternamente, fiel como su inspiración misma.

Mientras tanto la muchacha de los ojos grises leía el diario.

El poeta, anhelante, esperaba el momento en que los ojos grises se posaran en su poema.

Ella leyó atentamente la página de los telegramas.

El poeta esperó.

Ella leyó atentamente la página de la información teatral.

El poeta esperó.

Ella dió vuelta a la hoja.

— ¡Ahora! — se dijo el poeta, emocionado. — Allí estaba su poema. Lo divisaba desde su asiento y hasta podría leerlo en alta voz. Era imposible no verlo.

Ella — pensó el poeta, — tan dulcemente feme-

nina, se detendrá ante mi poema "A una mujer desconocida", y lo leerá vivamente interesada. El poema estaba en la página seis del periódico, flanqueado por dos columnas de información cinematográfica, que relataba las últimas incidencias de la película que estaba filmando en Hollywood, Ramón Novarro, y por tres columnas que describían con meticulosidad la barbarie de aquel hombre que despedido mató a su novia e hirió a su futura suegra.

— Ahora leerá mi poema esta exquisita mujer — se dijo el poeta.

Los ojos grises se posaron golosamente sobre la crónica de Ramón Novarro. Y devoraron la crónica.

— Es justo — se dijo el poeta resignado. — Pero después leerá el poema.

Los ojos grises se posaron ávidamente sobre la espeluznante crónica policial. Y esos ojos reflejaron un asombro de folletín.

— Es justo — volvió a decirse el poeta. — Pero ahora sí que lo leerá.

Los ojos grises se levantaron de la página del diario. Brillaban aún bajo el efecto de la terrible pieza policial...

Las manos enojadas, de sutiles uñas pintadas, doblaron el diario dejándolo caer lentamente... El pie hizo el final y el diario se apabulló vergonzosamente en el suelo.

La muchacha había leído todo, completamente todo el diario, menos su poema.

El poeta se desangró desesperado sobre su asiento. Era como si le hubieran pegado una puñalada...

# SCHAHRAZADA

Por ARTURO CAPDEVILA



**E**RASE que se era, lo volveremos a decir, la ciudad de Sassán, y en ella moraba Schahrazada, la señalada para un destino sin par.

Mas ¿cómo era, si fué de algún modo, Sassán? Vemos primero unas palmeras; traspasamos este linde, y empezamos a divisar una blanca ciudad que resplandece al sol. No podemos menos que exclamar: ¡Cuántos edificios blancos! Y decimos también: ¡Cuántos jardines verdes! Es lo único que vemos a la distancia. Después dominamos el contorno de una muralla y distinguimos siquiera dos de sus grandes puertas. Dentro

de la muralla sobresalen los minaretes: esbeltas torres para la voz del almuedano.

Como aprovechamos para entrar en la ciudad la llegada del rey Schahriar con su séquito, resuenan en su honor — y digamos también que en el nuestro — trompetas y pifanos, timbales y tambores. Añadamos que vamos entrando en Sassán a lomo de dromedario. Por si os place, os diré que una bandada de palomas blancas pasa sobre el cielo azul. No penséis que huyan de la agria voz del almuedano, que falta mucho aún para que se levante sobre la ciudad acallando todas las voces. Pensemos más bien que esa bandada de palomas que así dibuja líneas blancas una de las muchas fiestas de este cielo, ahora salpicado de tubecillas de una blancura de sal.

Echemos a caminar por alguna de las calles de más ricos barrios. Vienen y van por el arroyo gentes de un lento andar. Aquellos de las lenguas barbas y del ademán reposado son de seguro hombres justos sabios. Viene con ellos un mozo todavía imberbe a quien el parecer alecciona. El pregunta y ellos alternativamente le responden. Aprovechemos que hablan con voz tan clara para saber lo que van diciendo. Siempre es bueno conocer la palabra de los sabios.

— Sí, hijo mío — dice uno de ellos: — suele decirse que hay cuatro especies de fuego: "un fuego que come y no bebe: el fuego del mundo; un fuego que come y bebe: el fuego del infierno; un fuego que bebe y no come: el fuego del sol; y, por último, un fuego que no come ni bebe: el de la luna".

Ponemos todas estas cosas para que se vea cómo la ciudad de Sassán no se parecía ni poco ni mucho a ninguna otra. ¡Y menos en las conversaciones de sus habitantes!

Por consiguiente, lo mejor es que sigamos camino adelante por las calles y callejas de tan peregrina capital. El varón que me lea figúrese vestido de ricos calzones de innumerables pliegues, camisa de muselina bordada, fino capote de marta y turquesas, pantalón de seda, un collar de perlas y un pañuelo bordado recamado en oro. En el cinturón la moneda y buen puñal, que por su mango de pedrería más parece un adorno que un arma. En cuanto al calzado, flexibles botas de un cuero tan rojo como el rubí.

La adorable mujer que me lea habrá de figurarse, desde luego, con velo grande a la cabeza y velillo al rostro. Vestido de seda bordado de oro rojo con deliciosos dibujos de pájaros y flores. Y como que lleva bombachas, un andar suelto y gracioso, acompañado de un tintineo de cascabeles que van sonando en las pulseras de los tobillos.

el pueblo no sabe nada de esto, sino que supone antes bien que la felicidad acaba de asentarse para siempre en Sassán. De manera que la alegría salta a las caras. Y, como decíamos, toda la calle Mayor está de fiesta. No hay una tienda que no se muestre decorada de follaje. ¡Y qué de banderolas multicolores de un extremo a otro! ¡Y qué de arcos! ¡Y cuántas linternas para encender en la noche!

¿Quién viene allí? En derechura al lugar donde nos encontramos viene un derviche miserable con su alforja y su báculo, y como de él se repite por lo bajo que transmite la desgracia con la mirada, nosotros nos preservamos con la fórmula infalible, murmurando así:

— ¡Los cinco dedos de mi mano derecha sobre tu ojo izquierdo, y los cinco de mi mano izquierda sobre tu ojo derecho!



**A**NDANDO, andando, hemos llegado a la vera de los jardines del visir. Y muy a tiempo ha sido ello, porque si nos dejan pasar (y nos dejarán), y si echamos por los senderos que van por entre los floridos arriates, oiremos la voz de Schahrazada, aquella niña portentosa como otra no hubo, que ahora charla con su hermana Doniazada: quince años tiene la primera, diez la segunda. Acercuémonos y escuchemos, que habremos de pasarlo a gusto, pues habéis de saber que Schahrazada está proponiendo adivinanzas a su hermana la pequeña.

— ¿Qué será? "Cuando bebo, mana de mis labios la elocuencia, y camino y hablo sin hacer ruido. Casi todo lo que saben los hombres lo saben por mí, ¡Y sin embargo, no disfruto honores en mi vida y después de mi muerte no me llora nadie!" ¿Eres capaz de adivinar?

— ¡Espera! ¡Espera! Ya lo sé. ¡La pluma de escribir!  
— A ver esta otra. "Arrastro largas colas tras de mí, tengo una oreja para no oír nada y hago trajes para no llevarlos nunca".

— ¡Bah! ¿Quién nos sabrá que es la aguja? ¡Pregunta cosas más difíciles!

— Pues bien, presta atención: ¿Cuáles son los dos enemigos eternos?

— Creo que el cielo y la tierra.

— No. ¿Cómo han de ser enemigos eternos el cielo y la tierra, cuando constantemente los une la plegaria?

— Tienes razón. Entonces, la noche y el día.



## II. UNA TARDE EN SASSAN

Ilustración de Alejandro Sirio

— Tampoco, porque los une la mañana.  
— Pues..., el alma y el cuerpo.  
— ¡Enemigos los mejores camaradas! ¿Has visto nada en el mundo más unido que alma y cuerpo?

— Entonces, no sé.  
— ¡Y era tan fácil! La vida y la muerte.  
Sonríe Schahrazada y se queda un punto pensativa la pequeña.

— A mi vez — dice ésta — quiero preguntarte algo. ¿A qué cosa muy buena se parece el ser golpeado con un bastón y a qué cosa muy mala se parece con un ramo de flores?

— ¡Oh, Doniazada, nada más fácil de responder! El ser golpeado con un bastón, según lo que está escrito en el libro de los viejos adagios, se parece a lo mejor que hay en la vida; que son las duras advertencias de un sabio. Y el ser obsequiado con un ramo de flores a lo peor que se conozca; que son las alabanzas de un ignorante — así está escrito palabra por palabra — o las lisonjas de un adulador.

Por tal manera se preparaban las dos hermanas para un destino sin igual: Schahrazada, como incomparable criatura; Doniazada, como hermana discretísima.

Pero como allá pasa el visir con el aire taciturno, nos iremos tras él, por enterarnos de lo que haya sucedido o esté por suceder: que rodeada se halla Sassán de peligros y maldiciones. Mató en mala hora el rey Schahriar a su camello, y a la sombra de este hecho condenado por el Profeta despertó la funesta estrella del destino de la reina. No se trata sólo de eso. Momento hubo en que este visir, llamado con harta justicia corona de todos los visires del mundo, hubo de verse sospechado de deslealtad en los ojos del propio rey, por las redes que hora por hora le tendía el astuto Abdalah — ese brujo malvado, — que finalmente se propuso acabar con la vida del mejor de los visires, con tan refinada traición, que de no ser por el favor del cielo, que siempre acompaña a los hombres rectos, sale triunfante su maldad.

Pero en todo caso el lance fué difícil y divertido: porque zorro era Abdalah y no menos zorro el visir. Y cuando entre zorros anda el juego, sólo el favor del cielo puede hacer triunfar al bueno del malo. Y ello aconteció de tal manera, que mientras el infame Abdalah iba conduciendo al visir sendero adelante por los jardines del rey, a la escondida gloria donde le tenía aparejado un veneno mortal, hubo una señal portentosa en los cielos. Y fué que unas blancas palomas trazaron como de suyo en el firmamento la advertencia salvadora. De tal suerte y con tanta oportunidad, que cuando el malvado Abdalah dijese al que suponía desprevenido visir: "BEBE EN ESTA COPA DE ZAFIRO PARA HONRA



La más deliciosa leyenda de todos los tiempos a través de un gran poeta argentino.

Y REGALO DE MI AMISTAD POR TI", el visir le respondió: "¡GUSTOSO, ABDALAH! PERO YO BEBO DE ESTE MODO..." Y diciéndolo, le obligó a beber de la copa hasta que no quedó una gota en ella.

Y es lo cierto, que el indigno Abdalah había preparado dos clases de veneno, sin saber aún cuál elegiría para terminar con el hombre a quien tanto odiaba; uno que iba matando poco a poco, hasta que al cabo de un año lo bebería, haciale creerse, y otro que, enloqueciendo a quien lo bebiera, haciale creerse como un perro abandonado. Y éste fué el veneno que bebió Abdalah, forzado por el visir, pues era ese el que se había escanciado en la copa de zafiro.

Tales y tan sutiles calamidades se echaban sobre Sassán, que el visir creyó llegada la hora de consultar el Libro de los Destinos, que sólo ha de abrirse en los días más lúgubres; Libro de los Destinos confiado a la guardia y cuidado de un renombrado varón de santidad, el muy famoso Kassib, el cual, para mayor desventura, murió sin tiempo de revelar el secreto de su escondite. Menos mal que en su agonía, por mostrar al buen visir la clave del Libro de los Destinos, le puso ante una cierta tinaja hechizada, cuyo don consistía en dar de sí constantemente aquello que se arrojae en ella; por ejemplo, monedas de cualquier tamaño y calidad, interminablemente.

Por todo esto y por otros ne-

(Concluye en la pág. 79)



ALEJANDRO SIRIO

## HACIA LAS MIL Y UNA NOCHES

en esta ciudad de Sassán reinaba en medio de sus placeres el joven y valiente rey Schahriar. Joven, valiente y hermoso digo que reinaba el rey Schahriar en medio de sus placeres de amor, de caza y de guerra, sin cuidarse mucho de los negocios del Estado, porque dichos negocios, a causa de lo poco que él se ocupaba de ellos, marchaban precisamente muy bien. Y como además contaba con un visir sagacísimo...

Y un día, el rey Schahriar hubo de conocer el amor verdadero, tan diferente de un volandero amor como puede ser una magnolia distinta de un alelí, o un huracán del airecillo perzoso que echa en la siesta un sofofliento abanico. Conque, sin tardanza, el rey Schahriar pidió en matrimonio a la princesa (adivinais que tenía que serlo), y concertadas que fueron las bodas, hubo en Sassán grandes e inolvidables fiestas. Mas no sólo esto aconteció, sino que el rey firmó la paz en esa oportunidad con todos los reinos vecinos, y aun ya victorioso su ejército en la guerra con el reino de Omán, renunció al bien de la victoria, y pactó con el monarca vencido una paz de iguales. Todo ello como en acción de gracias por el bien de amar tanto como amaba.

Hizo más todavía el rey Schahriar cuando tomó por esposa a la hija del rey Mirrik. ¿Sabéis lo que hizo? Lo sabréis por las palabras que el visir pronunció en su nombre, en la sala del trono, delante de

para que mejor la reverenciéis en vuestros corazones. Ella se llamará por excelencia la Reverenciada. Por eso reinará sola en el corazón del rey, quien repudia hoy a sus anteriores esposas. ¡Alá bendiga los designios del rey!

Mas no todo fueron fiestas en el día de las fiestas. Maligna estrella habría de levantarse en el confin de los cielos. Ello es que la voz de un mendigo loco, que no era, sin embargo, un despreciable derviche de los caminos, sino más bien una especie de profeta, adorador del verdadero Dios, se dejó oír en las calles por encima de los alegres tumultos.

Y decían sus voces, que eran más bien rugidos:  
— ¡REY SCHAHRIAR! ¡REY SCHAHRIAR! DETENTE... MALDITO ESTA EL AMOR QUE ELEGISTE NO ENTREGUES NUNCA, REY, TU CORAZON A ESA MUJER, FUENTE DE CALAMIDADES, MADRE DE LA FATALIDAD.

Y gruñía, sin que nadie pudiese hacerle callar:  
— ELLA DIEZMARA LA TIERRA DE SASSAN. POR ELLA HAN DE LLORAR AMANTISIMOS PADRES LA MUERTE DE SUS HIJAS. Y TU, VISIR, TU TAMBIEN LLORARAS SIN CONSUELO Y SERAS EL MAS DESVENTURADO DE ENTRE LOS SUBDITOS.

Y el rey, en lugar de hacerle cortar la cabeza a ese padre de blasfemias, se limitó a decir: "Que salga de la ciudad y que Alá le devuelva un día la razón." Pero tal indulgencia ¿había de complacer a la reina?

➔ COMO tal indulgencia no había de complacer a una reina como aquella, el rey no escatimaba manera de halagar sus deseos. Y como era ella caprichosa, e incluso se dejaba guiar por las vanas visiones (si es que son vanas) de los sueños, pronto sucedió que el rey debió emprender el camino del desierto para traer a la reverenciada cierto fruto y cierta flor que sólo se daban en el más próximo oasis. Y este viaje de Schahriar sería principio de muchas y tremendas calamidades.



## LA CIUDAD DE SASSAN Y SU LEYENDA

— Hija calamitosa te ha nacido. Seca y estéril tornará la vida a su alrededor. ¡Ay de cierta ciudad y de cierto rey! Día vendrá en que bajo el poder de su destino mucha sangre y muchas lágrimas corran juntas.

Sólo faltaba que un pecado del rey Schahriar autorizara el principio de la maldición. Y el rey pecó. Y el rey pecó en el desolado desierto, ya camino de vuelta del oasis, mientras le aguijoneaba el deseo de reunirse nuevamente con la reina Zohal: que este era su nombre, alusivo al planeta que nosotros llamamos Saturno. El rey pecó en el desierto, y fue su pecado castigar a un pobre camello enfermo. En vano dijo el camellero:

— Señor, hay este día como un maleficio del aire que causa el corazón de las bestias.

El rey nada oyó. Sólo sabía de su impaciencia amorosa. Y quería únicamente llegar con sol alto a Sassán.

— Al galope cruzaré lo que falta del desierto — dijo, — y entraré a Sassán a la hora que te he dicho. Dame dos camellos, camellero. Uno montaré yo y otro Zeitún, el jinete del desierto, a quien elijo por compañía.

— ¡Al galope? — replicó el camellero. — No hay camello de estos que galope ahora. El aire del desierto está enfermo y su enfermedad enerva el corazón de los camellos. ¡Mira, rey, cómo están!

— ¡Galoparán — rugió él, — aunque fuese aotándolos! Y lo terrible es que lo hizo. Y lo triste, y sacrilego además, fué que olvidó la palabra del Corán, por la cual se sabe que el camello fué creado por Dios en la misma forma que el hombre. Y olvidó también que Mahoma enseñó a los pueblos sobre el lomo de un camello y que de idéntica manera subió a los cielos. De todo esto se olvidó. Y, claro está, bien se des-camellos arrancaran al galope, pronto flaquearon y aun se tuvieron extenuados.

— ¡Maldición! — rugió el rey, — A la vista ya las cúpulas de la ciudad, este maldito camello se niega a seguir galopando. Y ahora se para y se resiste a andar, como si fuese un camello de palo. ¡Pues andarás! A vivos aotés andarás.

Y probó el camello hasta por dos veces. Y probó el

pero entonces mismo la dulce bestia se inclinó a tierra como para morir, dió un rugido lastimero que era ya un estertor, y casi al punto un viento malo se comenzó a levantar en el desierto. ¡Cómo se sintió de pronto su terror en el aire!

Y fue la furia del simún. Por instantes sopla con más fuerza aquella maldición hecha viento, en medio de la cual volvió a oírse la estentórea voz del mendigo loco:

— ¡SOLO MALDICIONES ESPERE EL QUE ENTREGO SU ALMA A ESA MUJER! ¡SIMUN! ¡SIMUN! ¡LATIOGO DE DIOS, SE IMPLACABLE!

➔ MENOS mal que en el camino hay una cabaña abandonada en la que se puede pasar la noche. Allí la pasaron. Y su cedió también que uno de los cuales venía trayendo a Zeitun, el príncipe de Zeitun, a quien, empero, no había visto nunca, la prometida de Zeitun, a quien, empero, no había visto nunca, con los ojos de la imaginación. Y quiso el Señor que mientras claraaba el día se conociesen y se amasen, sin saber quién respectivamente eran, lo que los puso en gran congoja, por sabiéndose comprometidos ella con Zeitun y éste con Zeitun, y creyéndose mutuamente muy otras personas, sentían a los bos que lo imposible se levantaba en su sendero.

De modo que sus palabras fueran éstas:  
— ¡Pobre de mí! — dijo Zeitun. — Deberé desposarme con la mujer que mi padre me eligió. ¡Para qué te conocí!

Y ella dijo:  
— Con tus mismas palabras te contesto, amigo mío, y muerto para mí a los albores del día. ¡Para qué te conocí! Pues yo tampoco puedo amarte, ya que de otro y a él voy predestinada. Si se acabó tu felicidad, bien se acabó la mía, ¡ob dotado de buenos modales y quisitas palabras!

A lo que suspiró Zeitun:  
— ¡Qué haré yo de hoy más sino quererte? Así como pié de las oraciones debe estar siempre extendido hacia ti, así mi alma estará siempre vuelta hacia ti.

Te, a lo que suspiró Zeitun:  
— Nada más que trece veces ha pa-

(Cantado en la

CAPITULO X

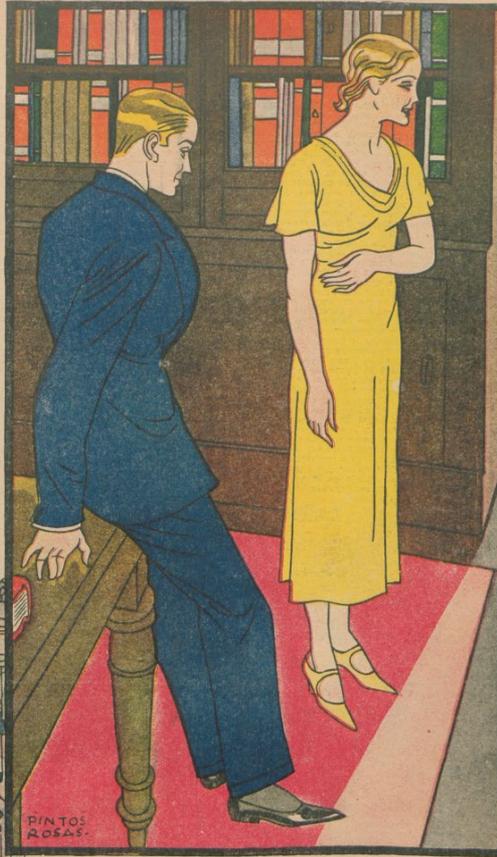
**C**REO que yo — respondíme él, sonriendo. — Siempre el triunfo del más fuerte. — Tiene a el derecho, me parece, un hombre que mide 1.82 de estatura. — Aquí el juez será el mismo lord. — Lo recuso por su parcialidad. El mío es un derecho adquirido. — El lord intervino con su modo vivaz, encantadoramente cordial: — ¡Paz, paz entre los príncipes cristianos. No hay estatura ni derecho que valga. No hay más triunfo que el de esta chiquilla, conquistadora imponente. — ¡Lo menos que tiene la chiquilla es de imponente. — ¿Qué sabes tú?... Comencé ella sus conquistas en el barco que nos conducía a los dos desde su hermosísima tierra, la Argentina. Allí fui yo su primer trofeo. En cuanto entré en esta casa hizo su segunda conquista un poco más difícil que la mía: la de lady Barrington. — ¡Nada menos! — Siguió con todo nuestro personal que la adora; vino luego el turno del pastor, no obstante el catolicismo arraigado de la chiquilla imponente, y ahora ha llegado a rendir a sus plantas al grupo que nos visita, de la más recalcitrante y exclusivista sociedad inglesa. — ¿Quieres decir, milord, que he recordado toda la escala social? — ¡Sin faltar un solo escaño! — *Vini, vini, vini.* Otro rival, señorita: Julio César.

Todo esto se decía en el tono familiar y alegre de una broma de buen gusto. — El lord agregó: — ¡Me va usted a negar su éxito rotundo, el de noche sobre todo? — La entrada de un lacayo advirtiéndole a su señoría que milady y sus huéspedes lo esperaban en el hall nos interrumpió. — Voy al respondió él con su llaneza habitual, — mejor dicho, vamos. Esas señoras y señores nos esperarán con impaciencia. Llegado preparado... ¿Qué es lo preparado para hoy, Eleonora? — Un partido de golf — le informé yo. — Van a verse obligados a cambiar de programa, quizá; hay niebla en el jardín. — Y niebla negra. Pero ni las más espesas brumas del canal serían suficientes para desanimar a esta gente. *Adios, adios, mes enfants.* — Seguíalo yo, en tanto su señoría decía: — No seré de la partida. Me quedo aquí escribiendo a mi madre; después irá a hacer compañía a mi querida Victoria. — Poco habría tenido que decir yo, si algo se me preguntara, sobre respecto a mi rival en el corazón de lord Barrington, como lo había afirmado milady, fuera de la sonoridad de la voz, de su risa sutil y franca, la evidencia de su 1.82 de estatura, la elasticidad de sus movimientos. En cuanto al color de sus ojos, su tez, y otros rasgos fisiológicos, los ignoraba. — Los personajes estampados en los vitreos de las ventanas dejaban penetrar apenas una pobrísima luz, la cual no alcanzaba a iluminar la grandiosa chimenea donde se había instalado él nuevamente.

Con gran animación se conversaba en el hall a nuestra llegada mientras se esperaba la desaparición de la niebla, lo cual sucedió cerca de las doce. — Este partido de golf no es sino el preámbulo del gran match a jugarse la víspera del día en que deberán ausentarse los huéspedes. En él se disputará una copa donada por el príncipe de Gales y la ofrecida por lord Barrington. — Animada y alegre bajó a parque la numerosa caravana, dirigiéndose al campo de sus hazañas. El mismo señorito comentó para no declinar hasta la hora del lunch.

¡Jugo muy mal. Soy muy débil para competir con señoras y niñas maestras en el taco y la raqueta. Sólo me he medido y he sido insignificante en una batalla abierta con las alumnas del convento de mis monjitas. Me abstuvo, por lo tanto, de entrar en la lid conformándome con ser simple espectador. — En Inglaterra se respetan los árboles aún en sus despojos. A un tronco muerto se le da forma y objeto. Tallase en él una cascota o un árbol, la cabeza de un perro u otro animal, fabricándose asientos de formas bizarras o cualquier otra cosa con tal de conservarlos. — En uno de esos troncos, transformado en cómoda banqueta, me senté a preciar la tacha. En el solo raro ruidito de las pisadas, me sentó a Barrington, en multitud a mis adoradores quienes recurren a métodos dis-

— ¿QUE SABES TÚ?... COMENZÓ ELLA SUS CONQUISTAS EN EL BARCO QUE NOS CONDUCE A LOS DOS DESDE SU HERMOSÍSIMA TIERRA, LA ARGENTINA. ALLÍ FUI YO SU PRIMER TROFEO. EN CUANTO ENTRÉ EN ESTA CASA, HIZO SU SEGUNDA CONQUISTA, UN POCO MÁS DIFÍCIL QUE LA MÍA: LA DE LADY BARRINGTON.



PINTOS ROSAS

# ELEONORA

tos para hacerse la corte. Uno me cuentan sus proezas en la natación y el remo, en las carreras de caballos, el arriessado polo, empujados en mostráramse héroicos vencedores de todos los deportes. Otros, los menos, se ensañan en mi conquista habiéndome de Longfellow, Milton, lord Byron, del mismo Oscar Wilde. Los hay inteligentes y hasta espirituales. Son todos aristócratas de una exclusividad variadas y alarmante; muchos tienen títulos mayores o menores, heredados o adquiridos. La mayor parte son riquísimos, poseedores o futuros herederos de millones. Sincero y apasionado este; flirteador de oficio, cerca de toda mujer bonita, él de más allá; tímido, pretencioso, torzudo y buenos mozos; de todo hay en la vida del señor. En coro alaban mi "belleza sin rival". Muchos se muestran resueltos... ¿Cuál de ellos se casaría conmigo si llegara yo a casarme? — La niña inglesa es una maravilla de frescura, de salud física y moral, de lealtad con sus amigos, poco conocida en América y en el mismo continente. — La estrella y diquesa no jugaba. Vestida con un chic todo parisiense y lindísima, rodeada de su séquito recorría el parque de aquí para allá sin piedad para los más viejos. Su aire desdoblado, su expresión falsamente indiferente, sus maneras indolentes los juzgaba dignos de

ILUSTRACION DE



CÉSAR DUAYEN

una joven refinada, trono y mal educada. No se ha preocupado de saludarse fingiendo no verme. ¿Qué le he hecho yo a esta tonta? — Los criados traían la mesa para los aperitivos colocándola cerca de donde yo y mis amigos conversáramos, servida con la acostumbrada opulencia de esta casa, la cual fué, entre rissas, frases graciosas y cortadas, asaltada por aquella juventud que no necesitaba estimular con aperitivos su sano estómago, sino saciarlo. Allí estaban el "consumo" frío, los sandwiches, el caviar, todas las frutas, todos los licores. — Seguí yo con los ojos, disimuladamente, el comportamiento de la hermosa mujer de cuya aversión soy inocente. Mi observación había notado una inquietud en ella, y el adán de mirar, disimuladamente también, sin dejar de hablar con quienes la rodeaban, hacia el frente de la casa. De pronto vi animarse su cara, involuntariamente dar dos pasos hacia adelante e inmovilizarse. Nadie, sino yo, adivinaba sus impresiones. Volví la cabeza; la figura alta de mi rival apareció en la primera grada de la corta escalera que une el peristilo al jardín. Pude, entonces, verlo en plena luz. Este hombre, ante todo, se impone por lo acentuado de su personalidad inconfundible, toda fuerza y energía; figura de relieve que no oculta su profunda confianza en sí mismo. A medida que avanzaba en su dirección estudiaba yo sus rasgos y detalles. Su aire, sus gestos, su paso firme, todo en él es altivez y naturalidad al mismo tiempo. Su cara interesante, ni perfecta ni bella, tostada por el sol y las intemperias, recorda sus cacerías aventuradas en África, sus cruceros por los mares lejanos.

Al aproximarse me vió, tocó su sombrero, sonrió con maleita notando el enlame de muchachos que me observaban, y me dijo, al pasar, en voz baja: "Julio César". — Vi de cerca sus ojos verdes, transparentes, a los que debían obscurcer la ira o la pasión. Me di cuenta exacta, pero del pedaleo de la mirada de esos ojos verdosos, de su acentuado extraordinario cuando él se propusiera vencer o dominar. — Su presencia dio a la reunión mayor animación. No obstante, sus caracteres parecían ser tan reservados y tan que no se acercaría un milady, su tía, como para establecer distancias entre ellos y los demás. No era ya el mismo de la biblioteca, bromista y cordial.

La estrella tomó para él un aire de infinita confianza, habiéndole en voz muy baja y de cerca con gesto de niño mismo o s o m o. — Siempre dignamente y castiga su osadía como si mereciera Poco después Eleonora parte sola para Bruselas, a su boda. Me borbó trabajo conocimiento con lord Barrington, un anciano distinguido, quien se encuentra el día de su vida; perdió su hijo cuando estaba en pañales de casarse; Eleonora, la recuerda por el patético físico. Y se hacen muy amigos. Al llegar a su destino, Eleonora se va a vivir en casa de la familia Leitch, en Bruselas, y lord Barrington se marcha a su residencia de Londres. Pasan unos meses de calma. Poco después los Leitch se van a Bruselas a alojarse de Bélgica, y Eleonora, luego de permanecer en París, donde vive por un tiempo, regresa a su padre consejo a su viejo y buen amigo lord Barrington, dirigiéndose a Londres. Allí es bien recibida. Lord Barrington le ruega que se quede con ellos, como si fuera su hija. Ella, con lágrimas en los ojos, le dice que se quedará si es buena paga, pero que siente nostalgia por su tierra, y el cariño que le tiene. En eso aparece Risero, un buen muchacho amigo de Eleonora, que ha llegado de Buenos Aires, y se va a vivir con ella y su hermana Mertha. Risero y su esposa le dicen que quieren irse. Eleonora tiene curiosidad por saber quién es. Se hermana, en las cortas que le escribe, con él. Eleonora se queda en Bruselas, en la casa de lord Barrington trabajando de secretaria. Desde entonces se va a Bruselas, y poco tiempo lord Barrington realiza una gran fiesta en su casa, donde se reúne toda la familia. Eleonora se encuentra con buenos ojos y en quien ella presente una rival.

## NOVELA LARGA DE CÉSAR DUAYEN

mis hábitos. En cuanto al título, sería bueno, diquesa, reservarlo para mi padre, vivo, sano, fuerte, quien para mí dicha vivirá muchos años todavía — respondió sin disimular su contrariedad. — Los jugadores seguían riendo y comiendo golosinas, apurando los hombres los licores entre pronósticos y apuestas. Por mi parte, continuaba observando sin dejar de charlar yo también. — Nos sorprende siempre usted, lord Raleigh, sin prevenimos de su llegada ni de su salida. En eso aparece Risero, un buen muchacho amigo de Eleonora, que ha llegado de Buenos Aires, y se va a vivir con ella y su hermana Mertha. Risero y su esposa le dicen que quieren irse. Eleonora tiene curiosidad por saber quién es. Se hermana, en las cortas que le escribe, con él. Eleonora se queda en Bruselas, en la casa de lord Barrington trabajando de secretaria. Desde entonces se va a Bruselas, y poco tiempo lord Barrington realiza una gran fiesta en su casa, donde se reúne toda la familia. Eleonora se encuentra con buenos ojos y en quien ella presente una rival.

PINTOS ROSAS

mis hábitos. En cuanto al título, sería bueno, diquesa, reservarlo para mi padre, vivo, sano, fuerte, quien para mí dicha vivirá muchos años todavía — respondió sin disimular su contrariedad. — Los jugadores seguían riendo y comiendo golosinas, apurando los hombres los licores entre pronósticos y apuestas. Por mi parte, continuaba observando sin dejar de charlar yo también. — Nos sorprende siempre usted, lord Raleigh, sin prevenimos de su llegada ni de su salida. En eso aparece Risero, un buen muchacho amigo de Eleonora, que ha llegado de Buenos Aires, y se va a vivir con ella y su hermana Mertha. Risero y su esposa le dicen que quieren irse. Eleonora tiene curiosidad por saber quién es. Se hermana, en las cortas que le escribe, con él. Eleonora se queda en Bruselas, en la casa de lord Barrington trabajando de secretaria. Desde entonces se va a Bruselas, y poco tiempo lord Barrington realiza una gran fiesta en su casa, donde se reúne toda la familia. Eleonora se encuentra con buenos ojos y en quien ella presente una rival.

(Continúa en la pág. 21)



¿Por qué eligió este cuento Ricardo Rojas?



Recordar el mejor cuento que uno ha leído... dijo el doctor Rojas...

¡REANLO! Yo soy muy nervioso, excesivamente nervioso: siempre lo he sido.

sentirlos: no los ha destruido ni embotado. Entre todos, sobresale, sin embargo, el oído.

No puedo explicar cómo cruzó por mi mente la idea por primera vez; pero, desde que la concebí, no cesé de perseguirme noche y día.

He aquí, pues, la dificultad. ¿Me creen ustedes loco? Pues bien: los locos no saben dar razón de nada...

Abría precisamente lo necesario para que

un rayo imperceptible de luz cayese sobre el ojo de buitre. Hice esto durante siete interminables noches...

A la octava noche, aumenté las precauciones para abrir la puerta. El horario de un reloj marcha con mayor velocidad...

Ya había introducido la cabeza

EL CUENTO, JOYA DE LA LITERATURA, EN UNA ANTOLOGIA DE "EL HOGAR" HECHA POR ESCRITORES ARGENTINOS

El corazón revelador

Un cuento por Edgar Allan Poe Elegido por Ricardo Rojas

y comenzaba a abrir la linterna, cuando ocurrió que mi pulgar resbaló sobre el cierre de hojalata...

Permanecí completamente inmóvil y sin articular una sílaba. Por espacio de una hora no moví ni un músculo...

De pronto oí un débil gemido y conocí que tenía por origen un terror mortal: no era un gemido de dolor o de disgusto...



No podía tolerar por más tiempo aquellas hipócritas sonrisas, y, entre tanto, el ruido, el ruido, ¿lo oyen? Escuchen, ¡más alto, más alto!



EL AUTOR



Edgar Allan Poe nació en 1813 en la ciudad de Baltimore (Estados Unidos). Sus padres—un general y una actriz—murieron cuando el escritor era un niño de pocos años.

Esperé bastante tiempo, y con gran paciencia, sin oír que volviera a acostarse, y me resolví entonces a entreabrir un poco la linterna...

Estaba abierto, completamente abierto: yo apenas lo miré; la cólera me cegó. Lo vi clara y distintamente por entero...

Empero: ¿no dije a ustedes que lo que toman por locura no es sino un refinamiento de los sentidos?

Contéme, sin embargo, y permanecí inmóvil y respirando apenas. Procuré sostener fija la linterna y el rayo de luz en dirección al ojo.

(Continúa en la pág. 15)

CUENTO, JOYA DE  
LITERATURA, EN  
UNA ANTOLOGIA DE

## El Bogar

HECHA POR  
ESCRITORES  
ARGENTINOS

Por qué eligió este cuento  
Jorge Luis Borges



Me piden el cuento más memorable de cuantos he leído. Pienso en "El escarabajo de oro" de Poe, en "Los expulsados de Poker Flat" de Bret Harte, en "Corazón de la tiniebla" de Conrad, en "El jardinero" de Kipling — o en "La mejor historia del mundo", — en "Bola de sebo" de Maupassant, en "La pata de mono" de Jacobs, en "El dios de los gongs" de Chesterton. Pienso en el relato del ciego Abdula en "Las mil y una noches", en O. Henry y en el infante don Juan Manuel, en otros nombres evidentes e ilustres. Elijo, sin embargo — en gracia de su poca notoriedad y de su valor indudable, — el relato alucinatorio "Donde su fuego nunca se apaga", de May Sinclair.

Recuérdese la pobreza de los infiernos que han elaborado los teólogos y que los poetas han repetido; léase después este cuento.

Jorge Luis Borges



## Donde su fuego nunca se apaga

Un cuento de May Sinclair

Elegido por Jorge Luis Borges

**N**O había nadie en el huerto. Enriqueta Leigh salió furtivamente al campo por el portón de hierro sin hacer ruido. Jorge Waring, teniente de marina, la esperaba allí.

Muchos años después, siempre que Enriqueta pensaba en Jorge Waring, revivía el suave y tibio olor de vino de las flores de saúco, y siempre que olía flores de saúco veía a Jorge con su bella y noble cara como de artista y sus ojos de azul negro.

Ayer mismo la había pedido en matrimonio, pero el padre de ella la creía demasiado joven, y quería esperar. Ella no tenía diez y siete años todavía, y él tenía veinte, y se creían casi viejos ya.

Ahora se despedían hasta tres meses más tarde, para la vuelta del buque de él. Después de pocas palabras de fe, se estrecharon en un largo abrazo, y el suave y tibio olor de vino de las flores de saúco se mezclaba en sus besos bajo el árbol.

El reloj de la iglesia de la aldea dió las siete, al otro lado de campos de mostaza silvestre. Y en la casa sonó un gong.

Se separaron con otros rápidos y fervientes besos. El se apuró por el camino a la estación del tren, mientras ella volvía despacio por la senda, luchando con sus lágrimas.

— Volveré en tres meses. Puedo vivir tres meses más — se decía.

Pero no volvió nunca. Su buque se hundió en el Mediterráneo, y Jorge con él.

Pasaron quince años.

Inquieta esperaba Enriqueta Leigh, sentada en la sala de su casita de Maida Vale, donde habitaba sola desde pocos años, después de la muerte de su padre. No alejaba su vista del reloj, esperando las cuatro, la hora que Oscar Wade había fijado. Pero no estaba muy segura de que él viniera, después de haber sido rechazado el día antes.

Y se preguntaba ella por qué razones lo recibía hoy, cuando el rechazo de ayer parecía definitivo, y había pensado ya bien que no debía verlo nunca más, y se lo había dicho bien claro.

Se veía a sí misma, erguida en su silla, admirando su propia integridad, mientras él quedaba de pie, cabizbajo, abochornado, verificado; volvía a oírse repetir que no podía y no debía verlo más, que no se olvidara de su esposa, Muriel, a quien él no debía abandonar por un capricho nuevo.

A lo que había respondido él, irritado y violento:

— No tengo por qué ocuparme de ella. To-

DUPONT IMPERMEABLE

OPHANE CO. INC.

BS. AIRES  
647

# Ruth la aventurera

CAPITULO VI

**D**OLLY QUINN, la deliciosa vendedora de tienda que gracias a su espíritu tesonero y a su inagotable esfuerzo personal había llegado a conocer días más prósperos, no vivía ya en una casa de posición. Ahora poseía un coquetón departamento. ¡Con cuánto orgullo y con qué aire de satisfacción te hubiera dicho a ti, lector: "Allá arriba, en mi departamento!"

El departamento no era gran cosa, en realidad: dos habitaciones y un cuarto de baño; las habitaciones, dos cuadraditos pequeños, y el baño parecía más bien un armario grande, pero todo él era un primer de coquetaría e higiene. Tampoco era todo de ella. Lo había alquilado en sociedad con otra modelo, una chica llamada Berta James.

Una noche, durante el mes de mayo, Dolly regresaba a su casa después de haber atendido su clase de arte. Viajaba en un ómnibus por la Quinta Avenida, el viento acariciándole las mejillas, en toda ella una sensación de paz y beatitud. Es que Dolly se sentía contenta. Todo contribuía a que se sintiera así: la noche, la agradable frescura, la procesión interminable de vidrieras profusamente iluminadas y llenas de cosas maravillosas que recreaban la vista; el vaivén continuo de la gente que se volcaba en la calle, ávida de respirar a sus anchas. El corazón de Dolly saltaba de alegría. Se sentía dichosa, contenta de vivir. A pesar de que su prosperidad era tan sólo relativa, no dejaba de pensar en aquellos días de amargura cuando, aun pese a su gran ambición y constante trabajo, debía pensar dos veces antes de gastar diez centavos. Actualmente su posición era más holgada. Su juventud hacía lo demás.

Cuando llegó al departamento, lo encontró vacío. Una esqueta colocada con un afilador en el respaldo de una de las sillas del "living-room" explicaba la ausencia de Berta: "He salido a bailar un rato con Nick — decía el trozo de papel arrancado de un cuaderno, — y con tus zapatos de lamé. Gracias. No me esperes levantada, pues no sé exactamente a qué hora regresaré." Dolly desprendió la nota y, sonriendo, la estrujó entre sus dedos hasta formar una pelotita. Berta y Nick Standish llegaron a conocerse por medio de ella, y ahora estaban constantemente juntos.

Dolly se quitó el sombrero, cambió su vestido por otro no tan nuevo, abrió las ventanas y se sentó frente a su mesa de trabajo, suspirando agradecida. Aseguró bien la cartulina, observó que el reloj marcaba las veintitrés, despeinó sus cabellos en forma encantadora y se entregó a su tarea.

La una y media de la madrugada la encontró trabajando aún. En su rostro había una expresión de fatiga; en el piso, alrededor de ella, se veían trocitos de madera y partículas de goma; pero había terminado dos excelentes dibujos, los cuales contemplaba llena de satisfacción muy íntima.

Después de unos segundos retiró su silla y se levantó, enderezando los hombros y estirando los brazos para desentumescerse, y durante un buen rato continuó observando su obra.

Más tarde encendió el calentador eléctrico, a fin de preparar un poco de café y hacerse algunas tostadas. Mientras esperaba, dió su espalda a la alegre habitación, con sus almohadones y crotomas, y cruzando los brazos sobre el antepecho de la ventana, miró hacia abajo.

Pensaba en Roberto. ¿Estaría levantado aún, o paseando, o leyendo en su departamento? A las diez y nueve y treinta, cuando ella cenó con él, Roberto no tenía plan alguno para la noche.

— Creo que me iré a casa — le había dicho cuando

## Resumen de lo publicado

*Dolly es una muchacha que trabaja en un "dancing", en el cual conoce a Roberto Davis, un mozo de Don Juan, en quien piensa constantemente Ruth Leonard, una joven que no aspira a más que divertirse. La madre de ésta le ha prohibido que tenga relaciones con él, y un día la señora de Leonard se entera que su hija ha ido a casa de Roberto. Entonces se dirige por teléfono al escritorio de su marido. Este va en busca de su hija y la lleva a su casa. Poco después, en Atlantic City, donde se realiza un concurso de belleza, Ruth conoce a Dolly, que toma parte en el certamen. Ella se entrega a una vida de aventuras, viviendo desprecupadamente. Y un día, al ver detenido en una calle al auto de Roberto, sube a él y espera que aparezca su dueño. Este llega y se van a almorzar juntos.*



TRASTABILLO Y FUÉ A DAR CONTRA LA PARED CON EL PIE DERECHO LEVANTADO COMO BUSCANDO EL PRÓXIMO ESCALÓN."

se separaron — a fumar y a pensar en tí...

Descansó la cabeza en los brazos, de manera que una de sus mejillas quedó sobre la mano que lucía el anillo de él. Dolly empezó a soñar... Recordó cuán solícito y cariñoso había estado él durante la cena, tanto o más que nunca.

Volvió a la realidad despertada por el motor de un auto que se acercaba al edificio por una de las calles laterales. Más tarde se acordó de haberse fijado bien en él; hasta recordó que era un taxímetro claro, con capota oscura. Pero en ese momento no le dió importancia. Levantó la cabeza y se dirigió al interior de la habitación.

Todavía canturreaba las palabras de una canción, el sincopado vato a la constancia, mientras tostaba el pan, le ponía manteca y se servía el café. Las

murmuraba aún a flor de labio mientras ordenaba las revistas y limpiaba los ceniceros. Las pronunciaba aún cuando sonó el timbre de la puerta, el que continuó sonando incesantemente.

Dolly pensó: "Ahí está Berta". Y sonrió picaramente, pues Berta siempre le decía: "No me esperes levantada...", y luego, invariablemente, se olvidaba de llevar la llave; de manera que si uno no la esperaba, tenía luego que levantarse para abrirla la puerta.

Se acercó a la pared y apretó el botón que abría la puerta de calle. Abrió la puerta del departamento y la dejó entrecerrada, pues se le ocurrió pensar que Berta, al ver desde abajo luz en el departamento, podría quizá hacer subir a Nick para charlar un rato, y corrió al dormitorio, donde arregló sus cabellos y se dió un poco de polvos. Después regresó al "living-room" y pisóse a cortar más pan para tostar, contra una posible invasión de apetitos...

Fué mientras que le recordaba la corteza a las rebanadas de pan que oyó los pasos que subían por la escalera. Hizo una pausa en su tarea para escuchar. Eran pasos extraños, pesados, golpeando fuertemente la madera, y que, sin embargo, no eran muy firmes. Oíanse también otros ruidos. Golpes sobre la balaustrada y sobre la pared, como de una persona que tantea su camino.

De pronto, se dió cuenta. El cuchillo que mantenía aún en la mano cayó sobre la mesa con un golpe seco. Dolly permaneció inmóvil como si hubiese recibido un golpe, con la mirada fija en la puerta entrecerrada. Después se acercó a ella y miró hacia el vestíbulo.

— Roberto! — exclamó.

Los pasos se detuvieron.

¡Roberto! — volvió a decir, con la boca seca y los labios apretados.

Después lo sintió aclarar su garganta antes de responder:

— ¡Hola!

Entonces Dolly se acercó a la barandilla y miró hacia abajo. Roberto estaba en el descanso de la escalera, a escasos escalones de donde se encontraba ella. A la luz de la pequeña luz nocturna, la chica pudo verlo claramente. Vestía smoking y sombrero de paja, y colgado de una mano, a manera de cola, su perram. Que Roberto ignoraba que alguien estuviese observándolo, era evidente. Con la mano que tenía libre palpaba la pared, como deseando asegurarse de que estaba allí, y hablándole asegurado de ello, la acariciaba cariñosamente. De pronto trastabillo y fué a dar contra la pared, con el pie derecho levantado como buscando el próximo escalón; lo encontró, pero no hizo pie y la pierna cayó pesadamente al costado de su cuerpo. Insistió varias veces en su tentativa, pero el pie resbalaba cada vez y volvía a su posición inicial. Cansado de su inútil esfuerzo, comenzó a palpar el terreno, como un caballo que no está seguro dónde pone la pata...

(Continúa en la pág. 53)

# Tres mujeres



AS ventanas del cuarto de costura apenas recibían los tibios rayos de un sol de fin de primavera. Sobre la alfombra caían vacilantes, en los lugares más gastados, junto al probador, en el momento que Enriqueta se puso de pie y colocó algunos alfileres en la almohadilla abultada que pendía de su cintura. Su rostro de facciones afiladas, con expresión de amargura, estaba rojo por el reciente esfuerzo; respirando hondamente, se hizo a un lado para que su prima y patrona pudiera verse ampliamente ante el espejo, luciendo su nuevo vestido.

Ella asintió con indiferencia ante la imagen reflejada en el gran espejo. Era una mujer alta, de poco más de treinta años. El traje de paño verde se adaptaba perfectamente a su cuerpo; las mangas de terciopelo cubrían dos brazos largos y delgados.

Luisa vio un rostro oval, de color sano; de ojos oscuros, algo vedados, el labio superior ancho y firme, y el inferior, casi recto y estrecho; una masa de cabellos castaños ensortijados, abultadamente peinados sobre la frente angosta, para formar luego un grueso rodete sobre la base de su largo cuello.

— Estoy conforme — dijo, llevando la mano a su cintura.

Enriqueta suspiró con alivio. Volvió a ponerse de rodillas, se sentó casi sobre los tacos gastados de sus zapatos, moviendo y arreglando los pliegues del vestido que acababa de terminar, observando el efecto.

*Tres mujeres pertenecientes a generaciones diferentes, de espíritu antagónico, actitud completamente en pugna, de ideas violentamente opuestas sobre el tema que más les interesa a las tres: su sexo... La primera pertenece al tipo de matrona que regía los hogares hasta hace cuarenta años. La segunda, nuera dócil de la otra, es el tipo de joven delicada, tan común a principios del siglo XX; y la última, brillante retoño de las otras dos, es la joven ultramoderna e independizada. Tratan de influenciarse y dominarse recíprocamente y cierran con el fracaso el drama que se comienza en un hogar próspero de hace casi medio siglo y termina en nuestros días. Tal es el interesante argumento de esta extraordinaria novela psicológica.*



Después se tocó el rostro húmedo con sus dedos ásperos. Luisa estaba satisfecha, y de la satisfacción de Luisa dependía su techo y su comida. Prima segunda de la importante señora de Suárez, Enriqueta había encontrado con ella un hogar; había vendido sus servicios a cambio de su manutención y una reducida suma de dinero para sus gastos personales, y quizá también para Navidad recibiría una pequeña cartera con unos pesos dentro... A cambio de eso, Enriqueta era muy útil. Hacía algunas diligencias, cosía, zurcía, andaba de un lado a otro.

La señora de Suárez miró el reloj de ónix colocado sobre el mármol del probador, y dijo con su voz fría y pausada:

— Sin duda, es tiempo ya de que regresara Lucas.

Sus espesas cejas se juntaron como queriendo interrogar a Enriqueta. Ésta le contestó, aunque su voz era tímida y nerviosa; no podía oír que se culpaba a nadie.

— Es un día tan espléndido, que tal vez Nina habrá creído que unos minutos más podrían hacerle bien.

La señora de Suárez hizo un gesto de desagrado.

— Nina tiene sus instrucciones — dijo finalmente, intentando desprenderse los broches del hombro.

Enriqueta se levantó y se apresuró a despojar a su prima del vestido. Lo puso sobre una silla y en seguida tomó el de merino que momentos antes había depositado sobre otra silla. La señora de Suárez aguardaba con severa paciencia dentro de las enaguas voluminosas y el corsé. Luego de haberse puesto el vestido sencillo y poco favorecedor, se dirigió hacia la puerta, diciendo brevemente:

— Estaré en mi habitación. — Y desapareció.

Una vez sola, Enriqueta se encarpó de guardar el vestido nuevo, agachándose aquí y allí para recoger alfileres caídos o hilachas del suelo. Su vestido de seda negra, confeccionado en una época anterior a la moda de 1885, crujía a medida que ella se movía dirigiéndose de un lado a otro, tiesamente y como con hastio, cumpliendo con sus deberes. El cuarto de costura se encontraba en un completo desorden de sedas de varias clases, en colores oscuros, y muselinas y puntillas blancas. Pocos muebles había en la habitación, y éstos tenían el aspecto triste y feo de las cosas relegadas. Enriqueta pensó en su cama estrecha, en el cuarto cerca del vestíbulo del primer piso, el cual le había sido señalado cuando llegó a aquella casa el día del casamiento de Luisa, tres años antes. ¡Si pudiera ir ahora allí y recordar algunos segundos! Enriqueta había cosido hasta muy tarde la noche anterior, pues Luisa estaba apurada por el traje. Pero ésta no quería que nadie permaneciera inactivo en su casa.

Enriqueta pensó: el nene no tardará en llegar; ella



no se dará cuenta. Y así pensando, se deslizó por la puerta y subió la escalera, experimentando la sensación de que estaba haciendo algo malo. Sus cuarenta años de privaciones y aflicciones le pesaban como sesenta sobre los hombros débiles y agobiados.

En su habitación, la señora de Suárez, sentada en un sillón, leía un capítulo del Viejo Testamento. El dormitorio era muy grande. Estaba lleno de muebles macizos y pesados, tapices de terciopelo y encajes. En las paredes empapeladas podían verse grabados y cuadros muy antiguos. La casa donde la había traído su esposo, al sacarla de su hogar, había cambiado muy poco desde el tiempo en que la habitaban los padres de él, ya desaparecidos.

En el centro de la habitación se encontraba el lecho matrimonial, con almohadas y cubrecama blancos: un testimonio mudo de sus deberes de esposa. Dejó que sus ojos lo recorrieran con indiferencia.

Leyó su capítulo, pero sin lograr concentrarse debidamente. Sus ojos se dirigían con frecuencia a cualquiera de los tres relojes que había en la habitación, cuyo acompasado tic tac se oía nítidamente.

damente y cada uno de los cuales señalaba una pequeña diferencia en la hora. Frunció el entrecejo; su pie delicadamente calzado empezó a golpear impacientemente en el banqueto sobre el cual descansaba.

— ¡Habrá pasado algo!

El corazón le dio un vuelco. La sangre se le agolpó en las mejillas, para volver a desaparecer dejando el rostro con su palidez habitual. Se levantó, depositó la Biblia sobre un mueble y empezó a caminar a un lado y otro por la habitación.

Los pensamientos, que a ella se le antojaban oraciones, no eran sino privaciones y exigencias.

Retornó a su silla, abrió la Biblia en los salmos y leyó despreocupadamente. Algo de alivio y seguridad resurgió en lo íntimo de su ser. Aquellas palabras nobles y tranquilizadoras habían sido escritas para ellas.

Abajo, la puerta de calle se abrió y volvió a cerrarse. Ese era el ruido que ella aguardaba rezando. Así, rápidamente, obtienen respuesta los pedidos de los justos. Habiendo escuchado el ruido inconfundible, se quedó muy quieta, aunque su espíritu bajó corriendo las escaleras con los brazos abiertos en bienvenida. Sonrió un poquito y puso el oído atento a los pasos juveniles de Nina, que se tornaban cautelosos bajo el peso viviente que llevaba en sus brazos. Después, inclinándose un poco hacia adelante, trató de aguzar el oído para escuchar una vocetita que apenas sabía balbucir unas palabras.

Lo que tanto esperaba no llegó a sus oídos. En su lugar oyó unos pasos que conocía tan bien como los

# Libros y autores extranjeros

Por JORGE LUIS BORGES



JULES  
ROMAINS

## "VERDUN" De JULES ROMAINS

EL 25 de febrero de 1916 una patrulla de infantería prusiana se perdió en la batalla de Verdun y tropezó con un edificio hemisférico y un puente levadizo. En los sótanos de esa construcción dieron con veintitrés hombres de azul que dormían extenuados. El teniente prusiano los despertó y les informó que eran prisioneros. Ellos (maravillados) le informaron que acababa de apoderarse del fuerte de Douaumont. Pocos horas después, un despacho alemán proclamó que a pesar de la tenaz resistencia de los defensores el fuerte de Douaumont había sido tomado a la bayoneta por un regimiento brandenburgoés, bajo la mirada del Kaiser... El general que lo firmaba, aunque militar, conocía muy

bien el gusto de los civiles y sus necesidades pútiles.

El histórico episodio anterior no figura en las novelas guerreras de Jules Romains, pero es típico de ellas. "Prélude à Verdun" y "Verdun" quieren destacar, ante todo, la porción de ineludible azar que hay en las batallas, la autonomía y la imprevisibilidad de la guerra. Liddell Hart ha sido el historiador de ese inventivo azar; Jules Romains es ahora su novelista. "Los jefes militares", dice Romains, "descubrían, palpándose con inquietud y mordiendo el labio para tener la seguridad de no estar soñando, la inagotable novedad de un acontecimiento que habían preparado con toda comodidad, pero que no se habían imaginado: una guerra hecha por millones de hombres. Descubrían las propiedades físicas, anteriores y como indiferentes a toda estrategia, del millón de hombres..."

Bélica o antibélica, la literatura se había acostumbrado a mirar (en detrimento de los otros aspectos) el aspecto físico de la guerra. Homero describe las heridas de los héroes con precisión quirúrgica; Kipling menciona los percances viscerales del guerrero bisono; el soldado Barbusse no escatima el barro sangriento. Jules Romains es quizá el primer novelista cuyo tema es la complejidad de la guerra. Complejidad física, psicológica, intelectual. Sus novelas son una biografía de la batalla de Verdun, de ese organismo tembloroso y atroz que destruyó durante doscientas noches las colinas de Francia.

Hay obras más intensas que la de Romains — la de Henri Barbusse, la de Fritz von Unruh — pero infinitamente menos inteligentes y múltiples.

## LIBROS NUEVOS

### EN INGLÉS:

"REJOICE IN THE LAMB", de Christopher Smart. — Christopher Smart es una de las pocas excepciones (o curiosidades) del siglo XVIII. Sus contemporáneos no parecen haberlo venerado excesivamente. A los trece años de su muerte, alguien lo juzgó superior al poetaastro Derrick, y el doctor Samuel Johnson hizo notar que no había punto de comparación entre una pulga y un piojo... En la dolorosa vida de Smart hubo largos intervalos de locura. Durante uno de esos eclipses compuso (o proclamó, o acumuló) el monstruoso poema que ahora ha publicado y anotado William Force Stead.

En su "Breve historia de la literatura inglesa", Saintsbury señala dos fuentes de la singularidad de Christopher Smart: la locura y la Biblia. Ambas se conjugan en el poema "Rejoice in the Lamb", que convoca las criaturas angelicales, humanas, animales, vegetales y minerales del universo para celebrar con él, que está loco, la gloria del Señor. A diferencia de las enumeraciones de Whitman, las de Christopher Smart no excluyen la mención directa de conocidos o amigos del poeta y su vinculación emblemática a determinados peces, joyas y plantas. Por ejemplo:

"Que Johnson, de la casa de Johnson, se regocije con Omphalocarpa, especie de corcheta erizada. Que Dios sea benditoso con Samuel Johnson."

Verosímilmente, los inventarios botánicos y zoológicos del enorme salmo de Smart proceden del antepenúltimo salmo de la Escritura ("El árbol de fruto y todos los cedros, lo que va arrastrando y el ave de alas") y del Libro de Job. Ahí el Señor alega como pruebas de su poder la tierra, las estrellas, los asnos monteses, el unicornio, la ballena y el elefante. (También Smart habla de "la cristalina Ballena"; epíteto que parece aludir a su residencia marina o a las columnas de agua que lanza y que es suficientemente asombroso.)

En el efusivo salmo de Smart los versos indescifrables abundan, pero también los versos espléndidos. De los primeros ya ha padecido alguno el lector; he aquí un ejemplo de los últimos:

"Porque yo busqué la belleza, pero Dios, Dios me mandó al mar por perlas."

El manuscrito original de "Rejoice in the Lamb" data de 1757.

## DE LA VIDA LITERARIA

Ha aparecido en Londres una versión inglesa de la novela tibetana "Mipam". La ha escrito un tibetano, Lama Yongden. Uno de sus propósitos es la rectificación de ciertos errores occidentales acerca de la vida y de la religión del Tibet. Es verosímil que esa intención apologética desvirtue sensiblemente la autenticidad de la obra. El argumento — una ingenua historia amorosa con desenlace trágico — es decididamente trivial, pero lo distingue un rasgo notorio: la tranquila mención de hechos milagrosos, intercalados no para asombrar, sino como detalles realistas.

Somerset Maugham acaba de publicar una novela sombría, que engañosamente se titula "Christmas Holiday" ("Fiesta de Navidad"). Su tema es un asesinato interpretado y referido por la mujer que está enamorada del asesino.

El reciente libro de Frank Melland, "Elephants in Africa", es una vindicación y apología del elefante, inspiradas por el anhelo curioso de que "estos seres monumentales lleven vidas más útiles y felices y se entiendan mejor con los hombres".

## DOS NOVELAS POLICIALES

HE sospechado siempre que determinados géneros literarios comportan un error esencial. Uno de esos géneros es la fábula, cuya singular ocurrencia de usar los tigres inocentes y los pájaros instintivos para fines de propaganda moral me sorprende, me indigna y me desconcierta. Otro género que raras veces me parece justificado es la novela policial. En ella me incomodan la extensión y los inevitables ripios. Toda novela policial consta de un problema simplísimo, cuya perfecta exposición oral cabe en cinco minutos y que el novelista — perversamente — demora hasta que pasen trescientas páginas. Las razones de esa demora son comerciales; no responden a otra necesidad que a la de llenar el volumen. En tales casos, la novela policial viene a ser un cuento alargado. En los demás, resulta una variedad de la novela de caracteres o de costumbres.

"Drop to his Death" ha sido escrito en colaboración por John Rhode y por Carter Dickson. El misterio central — un hombre asesinado en un ascensor cuyas puertas no se abren sino cuando se detiene el vehículo — parece renovar las más agradables alar-

mas del impenetrable Cuarto Amarillo de Le-roux. Desgraciadamente, los dos capítulos finales nos abruman con una revelación de carácter mecánico. Esa revelación, agravada por un diagrama, es la de una pistola suicida (inventada por Rhode y por Carter Dickson) que una vez hecho su disparo mortal, se cae modestamente a pedazos. "Quei giorno più non vi leggemmo avanti."

"The Stoneware Monkey", de R. Austin Freeman, es muy superior. Es verdad que el lector con alguna experiencia de estas ficciones adivina en seguida el argumento que es, *mutatis mutandis*, el de la mejor novela de Ellery Queen. El autor no ignora que su misterio es poco misterioso, y cuando suena la hora inevitable de la "revelación", la despacha con cierta brevedad, como si comprendiera que la sabemos. Sabe, sin duda, que si hay un agrado especial en la perplejidad y el asombro, lo hay también en seguir la evolución de un proceso previsto.



# Borges en *El Hogar*

**Para comenzar, me interesa partir de un doble interrogante:**

- 1) ¿Cómo lee Borges los textos y autores extranjeros que comenta?
- 2) ¿Qué operaciones organiza Borges en relación con esos textos de y sobre autores extranjeros en el marco de esta revista?

## Borges en *El Hogar*

Se abren con Borges una serie de preguntas que tienen que ver con el sujeto que recorta y promueve textos extranjeros en el marco de una revista popular y masiva de estas características; con la tarea de un escritor que se enfrenta a qué publicar en la columna sobre autores extranjeros de un semanario ilustrado y comercial, y con las formas de intervención en la prensa escrita de un sujeto escritor particular –en este caso Borges–, cuya firma ya es bastante fuerte en los circuitos literarios y culturales de su tiempo.

¿Qué desviaciones, trasposiciones organizan su columna sobre textos extranjeros en *El Hogar*? ¿Cómo se constituye, manifiesta y *revela* en ese marco un escritor como Borges?, ¿qué lee Borges y cómo?, ¿qué operaciones configuran sus lecturas y su lectura en el Hogar?, ¿qué implican esas elecciones de Borges en el marco de esta revista? En suma: ¿cómo leer a Borges en *El Hogar*?

## Borges en *El Hogar*

- 1) Borges **se define y justifica como autor** a través de textos extranjeros que escribe (y reescribe) para el semanario *El Hogar*: esos textos nos hablan de Borges.
- 2) A través de la reseña, el comentario, la cita, las biografías sintéticas y los ensayos que escribe, Borges desacopla, invierte (transferencias), desorganiza. Borges, **lector irreverente** de lo extranjero, discute tradiciones, disloca categorías establecidas, cuestiona genealogías.
- 3) En la reescritura y difusión de lo extranjero en *El Hogar*, los textos de Borges organizan una cierta **pedagogía de la lectura**, cierta operación de divulgación e integración lectora por la cual el columnista de *El Hogar* instruye, explica, revela y sobre todo, *recomienda* a ese público femenino y popular. En su recorte y análisis de libros extranjeros más allá de *qué leer*, está en juego *el cómo leer*, que es lo que Borges enseña.

## LIBROS Y AUTORES EXTRANJEROS

## LIBROS NUEVOS

## EN FRANCÉS

★ "PLAISIR À CORNEILLE", de Jean Schlumberger. — Este novísimo alegato a favor de Corneille es menos ambiguo que su título. Cabe resumir así su argumento: "El arte de puer o de empujamiento puro" que inauguró Racine ha culminado y se ha agotado en la labor de Proust; es legión aguardar una reacción hacia "el arte heroico", el arte de Hugo y de Corneille. La tesis, como se ve, es de carácter más general que particular: afirma que el tipo de arte que cultivó Corneille puede interesarnos más que el de Racine, pero no prueba que Corneille valga tanto como Racine. El problema es falso, por lo demás: la admisión de uno de los dos no comporta la exclusión del otro. Descartada esta discusión, queda la parte substancial de la obra: el análisis lento y delicado de las diversas piezas de Corneille, la percepción de las finas diferencias entre cada una de ellas y de su voluntad de superación. Este "paseo antológico", como lo denomina su autor, es digno de toda alabanza.

## EN INGLÉS

★ "MURDER OFF MIAMI", por Dennis Wheatley, J. G. Lincol, etcétera. — Imposible negar la novedad (tipográfica) de esta novela. Se-

## DE LA VIDA LITERARIA

En 1878, en París, el duque de Maine publicó sus "Obras completas de un autor de siete años". En 1907 el casi tan precor Conon Thirlwall (que después llegó a obispo) publicó a la edad de nueve años un libro titulado "Primitias", compuesto de una oda, de varias fábulas y de treinta y nueve sermones. En 1936, en Londres, el joven Robert Holland (de once años) está escribiendo su tercer novela en una máquina de escribir controlada por la venta de sus dos libros anteriores.

William Butler Yeats, poeta y dramaturgo irlandés (Premio Nobel de Literatura 1923), es casado. Tiene dos hijos y vive en una vieja torre en la costa rocosa de Irlanda. Su esposa, George Lee, es considerada como una "mediun" excepcional, y las teorías expuestas por Yeats en "Una visión" (1926) previenen — según él mismo la declara — de revelaciones directas y subconscientes, que ha recibido Mrs. Yeats.

M. André Lichtemberger dará una serie de conferencias en la Argentina, prologadas por el Museo Social Argentino.

La Columbia University Press acaba de publicar una enciclopedia del Dr. F. Ansley, que ha trabajado unos diez años en su compilación. El libro consta de 52,000 artículos y comprende cinco millones de palabras. Se especializa en nombres de autores, tanto antiguos como contemporáneos y modernos, sin perdonar los de una importancia muy relativa. No carece de sentido humanístico: en el artículo sobre André Malraux, famoso autor de "La condición humana" y de "Los conquistadores", vemos que éste se atribuye el descubrimiento de la ciudad de la Reina de Saba, desde un aeroplano.

## Por JORGE LUIS BORGES

## BIOGRAFÍAS SINTÉTICAS

## LEON FEUCHTWANGER

Feuchtwanger nació en Munich, a principios de 1881. No se puede decir que está enamorado de su ciudad natal. "Se aborrecía a su biblioteca, su escuela, su carnaval y su cerveza con la mejor que tiene", ha dicho alguna vez. "En cuanto a lo que se llama su arte, agrega con alguna ferocidad, está representado oficialmente por una institución académica, mantenida con fines de turismo por una población de alcoholistas." Feuchtwanger, ya se ve, no desconoce el arte de injuriar.

Feuchtwanger hizo sus primeros estudios en Munich y dedicó un par de años en Berlín a la filosofía. Regresó en 1905 a Baviera y fundó una sociedad literaria de propósito reservado. Desempeñó una preciosa novela de la que ahora se arrepiente, que describía con toda frecuencia la vida de un muchacho aristócrata, y una tragedia no menos deplorable "sobre los amores de un pintor del Renacimiento y una mujer dramática".

En 1912 se casó. En agosto de 1914 la guerra lo sorprendió en Túnez. Las autoridades francesas lo arrestaron, pero su mujer — Martha Loeffler — lo embarcó en un vapor de carga italiano, y pudo repatriarse. Se enroló y combatió en la guerra. En octubre de 1914 publicó en la revista "Die Schaubühne" una de sus primeras piezas revolucionarias que se computaron en Alemania. Publicó después "Warren Hastings", tragedia cuyo héroe es aquel apasionado eclesiástico que llegó a ser gobernador de la India; "Thomas Wentz", novela dramática, y una pieza, "Los prisioneros de guerra", cuya representación fue prohibida. Tradujo del griego la comedia aristofanesca "La paz", comedia en que aparecen los dioses machacados en un mortero a los hombres y encerrando a la diosa de la paz en el fondo de una cisterna. Era comedia (computada hace dos mil trescientos años) era desecando "actual" en 1918 para que el gobierno, paralizado por la revolución, legitimara la prohibición.

Las dos novelas capitales de Feuchtwanger son "El judío Suss" y "La duquesa fea". Ambas compendian, no solamente la psicología y destino de sus protagonistas, sino un cuadro total, minucioso y apasionado de la compleja Europa en que ardeían sus enredadas vidas. Ambas son torrenciales, ambas arrebatan al lector y hasta parecen (por el pulso incesante de su prosa) haber arrebatado al autor. Sus novelas históricas, pero nada tienen que ver con el laborioso neorrealismo y con el espíritu "bric-à-brac" que hace intolerable sus páginas.

En 1929 publicó un libro de poemas satíricos, no muy felices, sobre los Estados Unidos. Le dijeron que no había estado nunca en América; respondió que tampoco había estado en el siglo diez y ocho, y que era deplorable omisión que tenía el propósito de corregir en cuanto pudiera no le había impedido escribir "El judío Suss".

A fines de 1930 publicó "Exilio". Se trata de una novela contemporánea, pero todo está visto y recordado desde el futuro.



pa el asombrado lector que no se trata de un libro, sino de un expediente que incluye un telegrama facsimilar de la Western Union, varios informes policiales, dos o tres cartas manuscritas, un plano, declaraciones firmadas de testigos, fotografías de testigos, un jirón de cortina ensangrentado y un par de sobres; sopa también el asombrado lector que en uno de los sobres hay un fósforo de madera y en el otro cabello humano. Ese asombrado farfango está dirigido a John Milton Seward, de la policía de Florida, y contiene todos los hechos referentes a un crimen. El buen lector debe cotejar esos testimonios, revisar esas fotografías, interrogar ese cabello humano, descifrar ese fósforo, fatigar el jirón ensangrentado y finalmente advinar e inducir el modo horrendo del criminal y su identidad. La solución la está esperando en un tercer sobre.

La idea es ingeniosa y puede introducir muchas variantes en el género policial. Me atrevo a profetizar algunas, en orden cronológico. Primer etapa: dos retratados se parecen y el lector debió comprender que eran padre e hijo. Segunda etapa: dos re-

tratos se parecen para que sospeche el lector que son padre e hijo, y luego no lo son. Tercera etapa: dos retratados se parecen tanto, que el lector suspicaz resuelve que no pueden ser padre e hijo, y después lo son.

En cuanto a la crítica y al fósforo, me recuerdan el procedimiento de esos pintores que en lugar de pintar un as de espadas lo pegan en la tela.

★ "PRIVATE OPINION", de Alan Pryce-Jones. — Es indudable que si bien hay muchos ingleses que converson muy poco, hay muchísimos otros que no converson. De ahí (tal vez) en no menos indudable excelencia del "oral style" o estilo conversado de los presistas de habla inglesa. En ese sentido, el libro que recibimos es ejemplar.

Desgraciadamente, las opiniones del autor son menos irreprochables que su sintaxis. En un lugar habla de Stuart Merrill, "tal vez el mejor poeta lírico americano desde Edgar Allan Poe".

Esa promoción es absurda: comparado con sus propios colegas de simbolismo, Stuart Merrill es más bien insignificante; comparado con Frost, con Sandburg, con Eliot, con Lee Masters, con Lindsay, con veinte más (para no hablar de Sidney Lanier), es definitivamente invisible. En otro lugar declara: "A veces he jugado con la idea de un ensayo sobre la tesis de que la poesía moderna debe la mitad de su forma y de su textura a la ciudad de Montevideo".

La tesis (disculpada y como atenuada por las muchas vacilaciones preliminares) es muy simpática; pero francamente no creemos que la infancia de Jules Laforgue y los años mozos del intolerable conde de Lautramont basten para justificarla.

En cambio, el señor Pryce-Jones dice que Montevideo no tiene encanto. Me atrevo a disentir suavemente, pero con toda convicción, en nombre de los patios resados de la Ciudad Vieja y de las quintas entrecerradas y húmedas del Paso del Molino.

SE ha publicado en Inglaterra un nuevo libro sobre el mitológico Lawrence: Libertador de Arabia, traductor heroico de la "Odisea", asceta, arqueólogo, soldado y gran explorador. Se titula "Portrait of T. E. Lawrence" y lo firma Mr. Vyvyan Richards, amigo personal del héroe. Amigo personal, no amigo íntimo, porque en la vida intensa de Lawrence no hubo amistades íntimas, así como tampoco hubo amores. Lawrence era increíblemente celoso de su independencia: negaba el sueño y la comida a su cuerpo y las blanduras del afecto a su alma varuul. Rehusó todo: anabó por rehusar la gloria y hasta por rehusar el placer del ejercicio literario. Ya había dejado de escribir al final...



LAWRENCE DE ARABIA

Hay muchos libros sobre Lawrence, pero éste de Mr. Vyvyan Richards me parece el mejor. (El de B. H. Liddell Hart, también excelente, atiende sobre todo a los problemas

de su estrategia y de su lidicia; los otros son meras exaltaciones patrióticas, mera bien intencionada mitología.) Richards, como todos los biógrafos de Lawrence, sufre una enorme desventaja inicial: la necesidad de repetir en otras palabras los hechos que éste relató, para siempre, en los "Siete pilares de la sabiduría". Competir victoriosamente con Lawrence en la relación de esos hechos es imposible. Richards ha dado con la única solución: resumir esos hechos, aumentar en citas textuales e iluminar aquellos años de la vida de Lawrence que éste no relató.

Richards escribe con sobriedad. No desdeña el pensamiento significativo: cuenta que Lawrence era tan sensible a la peligrosa presión de la tipografía, que solía acostar a aumentar su texto para que cada página de su libro fuera impecable.

## **Borges, “E. E. Cummings”, *El Hogar*, 3 de septiembre de 1937**

...lo primero que llama la atención en la obra de Cummings [...] son las travesuras tipográficas: los caligramas, la abolición de signos de puntuación.

Lo primero, y muchas veces lo único. Lo cual es una lástima porque el lector se indigna (o se entusiasma) con esos accidentes y se distrae de la poesía, a veces espléndida, que Cummings le propone.

He aquí una estrofa, traducida literalmente:

“La cara terrible de Dios, más resplandeciente que una cuchara, resume la imagen de una sola palabra fatal; hasta que mi vida (que gustó del sol y la luna) se parece a algo que no ha sucedido. Soy una jaula de pájaro sin ningún pájaro, un collar en busca de un perro, un beso sin labios; una plegaria a la que faltan rodillas; pero algo late dentro de mi camisa que prueba que está desmuerto el que, viviente, no es nadie. Nunca te he querido, querida, como ahora quiero”.

(Una imperfecta simetría, un dibujo frustrado y aliviado por continuas sorpresas, es la notoria ley de esta estrofa. “Cuchara” en vez de “espada” o de “estrella”; “en busca” en vez de “sin”; “beso”, que es un acto, después de “jaula” y de “collar”, que son cosas; la palabra “camisa” en lugar de la palabra “pecho”; “quiero” sin el pronombre personal; “desmuerto” –undead- por “vivo”, me parecen las variaciones más evidentes) (“E. E Cummings” 311-312).

## ROSITA FORBES, LA GRAN PERIODISTA INGLESA, ESCRIBIRA PARA "EL HOGAR" SUS IMPRESIONES SOBRE LOS ARGENTINOS Y EL PAIS



**EX**PONENTE completo, típico, de la mujer moderna, es Rosita Forbes, señora de Mac Grath, que actualmente se encuentra entre nosotros. Inteligente, fina, culta, inquieta, vivaz, dotada de mentalidad vigorosa, ha plasmado su personalidad con carácter inconfundible. Ha recorrido todo el mundo. Se marchaba a explorar el interior misterioso del África con la misma facilidad con que exhibía deslumbradoras "toilettes" en las playas de la Cote D'Azur.

Fruto de sus viajes, de sus observaciones, lleva publicados va-

blicar una serie de artículos en los cuales Rosita Forbes relatará, con su chispa habitual, el resultado de sus observaciones sobre nuestras costumbres y modalidades. Único de originalidad es el estilo de la escritora inglesa, que dirá lo que realmente piensa sobre nosotros con el desenfado y la elegancia que le son habituales.

Entre otras cosas, expondrá cómo ve a las mujeres y a los hombres argentinos y sus costumbres, parangonándolos con los de otras naciones e indicando las fallas que, a su juicio, deberían ser enmendadas, pues



*Rosita Forbes, que desde el próximo número de El Hogar empezará a hacernos conocer sus impresiones sobre*

rios libros interesantísimos. Además, colabora en diarios y revistas de casi todas las naciones civilizadas. Su estilo, como su conversación, es fácil y chispeante, ocultando a veces, bajo una trivialidad aparente, el pensamiento profundo. Los problemas de la sociología le preocupan más que nada.

EL HOGAR ha adquirido los derechos de exclusividad para pu-



*la Argentina y sus costumbres, estudió a su llegada a Buenos Aires un mapa del país.*

nada la arredra para emitir juicio, por duro que sea, así como también el elogio cálido y entusiasta acude a su pluma y se vuelca en el papel.

Rosita Forbes dirá de nosotros, sin duda alguna, conceptos interesantes, como ya los ha dicho de los distintos países que ha conocido en su vida andariega.



# Visitantes extranjeras en El Hogar: Rosita Forbes

“Exponente completo, típico de la **mujer moderna, inteligente, fina, culta, inquieta, vivaz, dotada de mentalidad vigorosa** [...] Ha recorrido todo el mundo. Fruto de sus viajes, de sus observaciones, lleva publicados varios libros interesantísimos. Además, colabora en diarios y revistas de casi todas las naciones civilizadas. [...] *El Hogar* ha adquirido los derechos de exclusividad para publicar una serie de artículos en los cuales Rosita Forbes relatará, con su chispa habitual, el resultado de **sus observaciones sobre nuestras costumbres y modalidades.** [...] Entre otras cosas, expondrá, cómo ve a las mujeres y a los hombres argentinos y sus costumbres, parangonándolos con los de otras naciones e indicando las fallas que, a su juicio, deberían ser enmendadas”.

ROSITA FORBES, LA GRAN  
PERIODISTA INGLESA, ESCRIBE PARA  
"EL HOGAR" SUS IMPRESIONES  
SOBRE EL PAIS Y LOS ARGENTINOS.

## MIS PRIMERAS IMPRESIONES

DE DES  
GEN  
CAS)

**A**NTE todo, voy a confirmar una vez más un juicio mío: el Brasil es un jardín edénico, en el cual Adán y Eva luchan denodadamente contra la selva. La naturaleza es tan formidablemente pródiga en aquel país, como un especulador enriquecido cuando da su primera fiesta social.

El Uruguay es un denodado experimento social. Temo que resulte un castillo de naipes, pero el ensayo es tan interesante como original.

Desde aquellos dos países tan diferentes entre sí, llegué a Buenos Aires, y apenas hacia una hora que estaba en tierra, ya se me preguntó:

—¿Qué piensa usted de la Argentina?

Me sorprendí y repuse:

—No la he visto aún. Debo declarar que mientras hablaba, mi opinión se iba plasmando, pues entre una muchedumbre de reporteros había uno que empezaba a encarnar para mí ese "espíritu criollo" de que tanto había oído hablar. Era la suya, naturalmente, la modalidad metropolitana, vivaz y divertida, un tanto zumbona, muy tranquila y acomodaticia, quisquillosa y siempre alerta por si alguien pretendiera burlarse... Provenía de un joven desprovisto de huesos y con pelo hacedo al plumón de un pollito.

En forma sutil me provocaba, mientras parecía referirse a los demás viajeros a quienes había entrevistado. Fue mi primer amigo en Buenos Aires, aunque dudo que él lo supiera. Me dijo:

—Pero, ¿cómo se explica que no haya tenido el tiempo de formarse una opinión? ¿Ha estado desahogado a fondo? ¿Qué extraño! En lógica, usted debió haber hecho su composición de lugar, por lo que nosotros respecta, a bordo aún. He entrevistado a Keyserling, Guedalla y Noel Coward, y todos ellos, mientras almorzaban, vuelta la espalda a la ciudad, me dijeron lo que era la Argentina. No había nada que no supieran, ¡como que todo lo tenían planeado de antemano! Me dijeron exactamente cuáles eran nuestras fallas

y cómo debíamos enmendarlas. ¿Entonces usted no tiene ninguna idea?...

El joven me miraba con indignación, pero detrás de los vidrios de sus anteojos percibí un chispazo vivaz.

Muy hábil — le respondí. — Ha hecho lo posible por sorprenderme, ¿no es así?... Ahora, ¡hablemos con seriedad!

Nos reímos juntos, y yo comprendí que el cerebro argentino funciona con mucha mayor rapidez que el anglosajón. A decir verdad, todo aquel primer día lo pasé algo sofocada. Tenía la sensación de que corría al alcance de alguien que se volvía de cuando en cuando para arrojar-me por sobre el hombro algunas frases divertidas y a veces algo cáusticas, que invariablemente tenían diversos significados. Recuerdo una que me llamó la atención y que escuché en el Jockey Club de labios de un millonario. Hay que tener en cuenta que yo llegaba del Brasil, que es fundamentalmente supersticioso, y del Uruguay, experimentalmente ateo. En consecuencia, hablé de religión, que es, para mí, el mapa del mundo cubierto de caminos que convergen todos, al final, en la misma dirección, porque el globo terráqueo es circular.

—En la Argentina — me dijo mi interlocutor, — la religión es la cárcelera de las mujeres, y nosotros, los hombres, la fomentamos por esa razón.

Frases de esa clase y esa intención se escuchan todos los días en París, donde los hombres y las mujeres emplean el lenguaje para disfrazar su pensamiento. Los argentinos tienen la misma facilidad de palabra. Hacen arabescos con ellas. Las usan como juguetes y florete; pero a los extranjeros les dicen lo que quieren pensar, lo que se imaginan que debieran pensar, o lo que se creen obligados a pensar, más que lo que piensan en realidad. Costumbre francesa.

Llegamos a mi segunda impresión de la capital argentina, que no es privativa mía y que ha sido repetida con frecuencia. La habréis escuchado una y muchas veces:

—¡Qué francesa es vuestra cultura! Lo había sospechado mientras leía vuestros libros, que son escritos para París y no para las pampas. En la literatura argentina no tienen ustedes ninguna Edna Ferber ni Sinclair



PRIMER

ARTICULO

Por

ROSITA FORBES

Lewis que escriba sobre gentes comunes y sucesos vulgares. Los libros de esos autores son leídos por las pobres gentes cuya existencia se compone de incidentes que nunca serán acontecimientos; si no es en sus propias imaginaciones.

Los "Babbitts" sudamericanos que viven en las calles principales de las ciudades de la campaña, en casas construidas de ladrillos de tierra cocida, techadas con hierro galvanizado, recimados contra los huracanes torcidos de sus corredores porque cuesta demasiado estar de pie, están demasiado preocupados con el negocio o dardo de ganarse un escaso sustento en un clima duro, y no constriñen el tipo de criollo que inmortalizara vuestra literatura. Me parece que vuestros autores preferirían ganar el Premio Goncourt de París a todos los lauretes que les pueda ofrecer su patria.

He aquí otra impresión:

—¿Por qué se muestran ustedes tan poco seguros de sí mismo y de su país, que tiene la suerte, como dicen los irlandeses, "de tener por delante todo su pasado"? ¿Por qué buscan ustedes un aplauso que no sea el propio? ¿Por qué se molestan esos dos utilísimos servidores que son el capital y el espíritu de empresa extranjeros? ¿Por qué es París la capital espiritual, cultural y de moda de ustedes? Ustedes le podrían dar a Francia mucho más que lo que ella jamás podrá proporcionarles.

Después de recorrer Buenos Aires, comprendí que si uno se propone exteriorizar por medio de palabras un efecto fotográfico, se podría llamar con justicia a esta magnífica capital el París del Sur; pero es más amplia que París, porque la ciudad de Voltaire y de Venus Afrodita no tiene palacios que puedan parangonarse con algunas de las mansiones particulares aquí, y carece de flores que puedan compararse con los arcos iris de los parques y jardines portochos. Donde la capital francesa tiene que construir canchales, aquí se tienen bosques en flor. Lo mismo ocurre con la mentalidad de las gentes de aquí. No necesitan cultivar su ingenio, como tampoco se ven forzados a irrigar la tierra para que les produzca los brillantes árboles floridos. La Argentina es prolífica en todo sentido!

Pero si Buenos Aires sintetiza para el viajero que viene del Norte, es un París construido sobre

(Continúa en la pág. 21)

"EL HOGAR"  
HA ADQUIRIDO  
LOS DERECHOS  
EXCLUSIVOS  
DE REPRODUCCION  
EN SU  
AMERICA DE  
ESTA SERIE DE  
ARTICULOS  
QUE FIRMA  
ROSITA FORBES.

## Rosita Forbes

Las colaboraciones de Forbes en *El Hogar* (y también otros ejemplos de intervención extranjera) constituyen el vehículo a partir del cual se actualizan, ordenan y articulan muchos de los temas centrales que el magazine propicia. Por la vía de la intervención de una cronista “moderna”, internacional (inglesa y viajera –recuérdese la impronta de los viajeros ingleses en el Río de la Plata), la revista pone en escena discusiones sobre el lugar de la mujer, el voto femenino, la independencia doméstica, la naturaleza y el paisaje argentinos. A través de un modelo aspiracional (mujer inteligente, fina, culta vivaz) que se constituye, en este caso, en torno a Rosita Forbes, *El Hogar* se apropia de una voz ajena y “autorizada” para discutir, polemizar, enfatizar y poner en agenda las distintas cuestiones nodales que se debaten en el contexto de esos años.

"EL HOGAR" HA ADQUIRIDO LOS PREMIOS EXCLUSIVOS DE PRODUCCIÓN EN SU AMÉRICA EN ESTA SERIE DE ARTÍCULOS QUE FIRMA ROSITA FORBES

El Hogar

ROSITA FORBES LA GRAN PERIODISTA INGLESA SUS IMPRESIONES ESCRITAS PARA "EL HOGAR"



CUARTO ARTICULO

Retrato de Harry Solon

## La base de la sociedad argentina es la familia

Por ROSITA FORBES

El estado tratando de pensar cuáles son las mayores diferencias existentes entre el sistema social argentino y el nuestro, Buenos Aires, como ya lo he dicho, podría ser muy bien París; algunas de las estancias más antiguas son como residencias de campo inglesas y las llanuras cercanas a Mar del Plata parecían a las del Lincolnshire, en las cuales transcurrió mi infancia.

Pero la vida argentina es distinta de nuestra. Se halla basada en la familia en lugar de estarlo en el individuo, y tiene una conciencia de clase desconocida casi en la Europa moderna. Está organizada por hombres para los hombres. Separa los sexos en una forma que sólo se presenta en el centro de los Estados Unidos por acción de las mujeres se viudas por acción de los negocios durante la semana y viudas por acción de la ocupación exagerada por las apariciones, y, por lo tanto, se hallan expuestas a la crítica anónima. Consideremos aisladamente los puntos de vista expuestos. Cuando yo andaba en jira de conferencias por los Estados Unidos, me llamó poderosamente la atención el vigor de los vínculos de familia en un país de decididos individualistas. En el seno de las familias más antiguas de Boston y Filadelfia se daba por descontado que al casarse los hijos, establecerían sus hogares en la proximidad de los de sus padres. Los domingos todos los miembros de la familia se reunían, y los actos más triviales de la existencia de cualquiera de ellos eran conocidos por los demás. La familia discutía sus asuntos, los arreglaban, juzgaba y resolvía su actitud para con el resto del mundo en cóncave, pero en las horas de juego las personas de diferente sexo no se mezclaban.

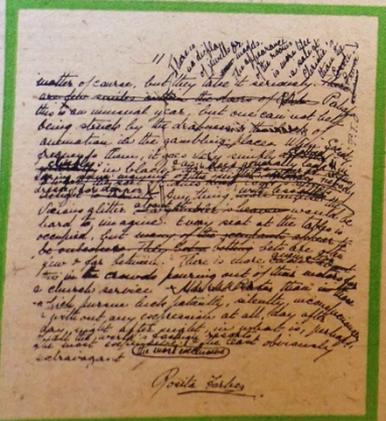
Se consideraba natural que los jóvenes vivieran su vida propia, en la cual, siempre que se manifestara libre de escándalos, los mayores no se inmiscuían. Encuentro, pues, para mí, el resultado de contacto entre la sociabilidad argentina, en la cual cada familia es una alianza defensiva y ofensiva completa en sí misma unida contra el mundo, y aquellas familias representativas yanquis para quienes Nueva York no es más que un buen sitio para pasar unas vacaciones.

Las dos grandes naciones del hemisferio occidental han llegado a la misma actitud social partiendo de puntos de arranque diferentes. Las madres de los Estados Unidos miman tanto a sus hijos como las encantadoras damas argentinas. En ambos países los hijos justifican en cierto modo la vida de mujeres que ven poco a sus maridos.

Las mujeres yanquis me parecen, antes que nada y principalmente, madres. Recuerdo un lunch femenino en Chicago, en el cual, tras mucho discutir, se llegó a la conclusión de que la única compensación del matrimonio y las modalidades ausentistas de los maridos era la posesión del hogar propio y... los hijos.

En los Estados Unidos, naturalmente, se limita económicamente la cantidad de hijos de acuerdo con el salario del esposo. En la Argentina las mujeres se preocupan de ello, y, en consecuencia,

La grafología ha realizado progresos tan sorprendentes en los últimos años, que puede considerarse a justo título con el nombre de ciencia que le atribuyen sus cultores. Algunos estudios de escrituras arrojan conclusiones tan sorprendentes como exactas. Una una de nuestra sociedad, cuyo nombre hemos adquirido el compromiso de mantener en la más absoluta incógnita, a pedido Forbes, que sobre la Argentina y sus costumbres venimos publicando, y he aquí el resultado de este estudio grafológico. Publicamos por su orden las conclusiones del examen, que realmente constituyen el más completo examen moral de la viajera infatigable y destacada escritora.



Beata Solon

1. - Letras bien ligadas. Demuestran energía, iniciativa, agudeza, perseverancia; agilidad mental en una persona que se mantiene en perpetuo movimiento mental a través de sus actividades.

2. - El guiónado hacia adelante simboliza actividad, responsabilidad, iniciativa, confianza y de índole activa.

3. - Combinada la inclinación con la palabra (significación). Esta escritura siempre sabe buscar de los errores que impide.

4. - Letras y palabras perfectamente combinadas en un

mismo. Considerable capacidad de trabajo. Afirma a los placeres de la vida.

1. - Terminación larga de las letras: Generosidad.
2. - Finales en gancho: Alegria y buen humor, así como también perseverancia y gran tenacidad en los propósitos. Esta escritura se aferra tenazmente a cualquier cosa.
3. - Finales curvos y curvos: Amante de la bromas y el buen humor.
4. - Finales largos y curvados: Veracidad.
5. - A y G siempre cerradas: Secretividad.
6. - Letras todas ligadas: Mente lógica y avatajado poder de raciocinio.
7. - Y arriba parecido al número 7 y G al 9: Inclinación a las matemáticas.
8. - Puntos hacia la derecha: Energía, actividad mental, ambición.
9. - Puntos algo gruesos: Espíritu materialista.
10. - M semejante a la W y N como la U: Facilidad de adaptación a las circunstancias.
11. - Puntos cruzados de las X sobre la derecha: Inquietud, animación, propósitos, vitalidad.
12. - Puntos cruzados largos en las T: Energía, actividad, ambición.
13. - Puntos cruzados largos: Impulsividad.
14. - Puntos cruzados hacia la derecha: Impulsividad.
15. - Puntos cruzados terminados en gancho: Impulsividad.
16. - Mayúsculas en forma de letras de imprenta: Condiciones constructivas y activas.
17. - Letras finas demuestran actividad, vida de intenso desarrollo de las cualidades intelectuales.

la familia es en la república meridional una unidad más poderosa y centralizada que en las partes indicadas de los Estados Unidos, pero en toda América los hijos y el futuro de la familia que a ellos se vincula tienen importancia análoga. Existe una generosa ansiedad de ayudar a las generaciones mayores de ayudar a las menores, mientras que en Inglaterra se halla por mucho que se voee su libertad la juventud, la merced de sus antecesores que cierran avaramente los bolsas y avaloran demasiado alto la experiencia.

En la Argentina las leyes de sucesión hereditaria consolidan la vida de familia, porque los hermanos se ven obligados a trabajar de acuerdo para sacar el mayor partido posible de las propiedades en que tienen partes iguales. Dentro de límites tan generosos cada generación encuentra su lugar apropiado. Los mayores no son postergados, y aunque los jóvenes sean estrictamente vigilados, están seguros de ser oídos y atendidos.

La depresión no tendrá, seguramente, en esta país los desastrosos efectos que ha alcanzado en el mismo miembro de la Argentina tendrá jamás que alquilar un dormitorio en el vigésimo piso de un rascacielos para caer desde él con tanta precipitación como han caído sus acciones en Wall Street. La ayuda y responsabilidad recíprocas son el fruto admirable de la vida familiar intensa, que se traduce en un sistema social inexpugnable y destruye el individualismo.

No creo que prosperara en Buenos Aires una lady Diana Cooper o una marquesa de Médecis, pisoteando tranquilamente los usos y costumbres sociales de Londres o Roma, sin afectar su situación. Ni siquiera sería posible una duquesa de Usés dominando a la sociedad francesa con su fusta.

Nada justifica en la sociabilidad argentina la existencia de figuras prominentes calescosópicas o destructivas, limitada como lo está por restricciones y extremadamente sensible a la crítica justa o injusta.

Es la penalidad de todos los países nuevos que avanzan desesperadamente, sin importancia y llena de prejuicios de los mitos que contemplan el juego desde afuera. En los Estados Unidos y en la Argentina se pregunta a todo visitante: ¿Qué piensa usted de nosotros? Como duele que se diga ¿a qué preguntarlo?... Inglaterra está celosa de los Estados Unidos por lo que ella es. Y ambos aquí, una cantidad desconocida, con un futuro que nadie puede prever.

Cuando la Argentina deje de estar a la defensiva, habrá una nueva distribución de poderlo en el mundo, pero antes de que eso se produzca el desarrollo de Norte América. La Argentina no tiene nada en común con el continente y poco viril. ¿Por qué, pues, se ha de sentir dominada por el pánico que he comprobado de trabar, inadvertidamente, con gente "equivoca". Con el estúpido he comprobado que ese temor predomina entre los hombres. En el curso de fiestas y comidas me he vuelto asombrado de un compañero a otro, mientras cada uno por su lado me refería lo difícil que resultó en Buenos Aires cuando llega un extranjero saber si es o no "una persona bien".

Todo eso está tan muerto como la Inquisición! No existe nada en el mundo tan muerto como los prejuicios raciales! La nitidez de los grandes pensadores de la actualidad, filósofos, hombres de ciencia, poetas y autores, no serían, desde ese punto de vista anacrónico, "gente bien". Pero, naturalmente, en el mundo no existe "gente bien" ni "gente mal". Sólo hay personas absurdas o interesantes. Recordó un solo heredero de un trono que fuera interesante; todos los demás que he conocido eran atronadamente absurdos, y, por lo tanto, la peor de la "gente mala", pues, ciertamente, tuvieron

(Continúa en la pág. 47)



"EL HOGAR" HA ADQUIRIDO LOS DERECHOS EXCLUSIVOS DE REPRODUCCIÓN EN SU AMÉRICA DE ESTA SERIE DE ARTÍCULOS QUE FIRMA ROSITA FORBES.

ROSITA FORBES LA GRAN PERIODISTA INGLESA  
 SUS IMPRESIONES ESCRITAS PARA "EL HOGAR"

TERCER ARTICULO

Retrato de Harry Solon



Recordé que un duque francés había pretendido casarse con aquella misma chica y que sus padres ni siquiera habían permitido a aquel gran hombre porque no podían permitir que su hija viviera tan separada de ellos. Tal idea era inaceptable y ridícula.

En la Argentina existe un sola razón para el casamiento: el amor. Ninguna niña lleva dote, y el factor financiero no interviene para nada en el asunto, pues las familias viven todas juntas. A una joven pareja se le da una casa en alguna propiedad perteneciente a los padres de ella o de él. A su debido tiempo, juntamente con otros descendientes, heredan, de acuerdo a derecho, una parte igual de la fortuna paterna. En el interior no hay parientes pobres ni tapujos en la familia, pues todos tienen el derecho de vivir bajo el techo paterno. Cuando se visita una de las grandes estancias, se encuentran en ella tres o cuatro generaciones — los argentinos se casan jóvenes — remidos en los anchos corredores o el gran "living-room" y en charra íntima, hora tras hora y hablando a veces todos juntos. Las bisabuelas y parejas jóvenes, de diez y nueve o veinte años, hablan con igual animación, y la mayoría de ellos son tan vivaces como conversadores.

El Ocean Club de Mar del Plata es sagrado para los olímpicos que hacen exactamente lo mismo todos los días. Tras el baño matutino, que se regula por el tamaño de las olas y la fuerza de la corriente hasta limitarse a saltar una cuerda tendida mientras una lancha a motor vigila para evitar accidentes, aquel mundo — que está en condiciones de probar su árbol genealógico aun más allá de los tiempos heroicos y patrióticos de la Independencia — toma un cocktail en el Ocean Club. A veces también se almuerza allí, a pocos centímetros de altura sobre la playa, escurrendose la arena por entre las tablas y con manteles amarillos y blancos que recuerdan el Midi. Con un poco de suerte se pueden comer camarones del tamaño de bananas, recién sacados del mar y agradablemente fritos o con salsa al gusto.

Más tarde, como es lógico, se duerme una siesta, y a aquella hora en que el sol cede ante el viento, la cama resulta sitio tan agradable como cualquier otro. Las diez y seis es el límite máximo del descanso a base de líquidos matamosquitos, pues estos zancudos y el temor a las infiltraciones de "gentes que no sean bien" son lo único que turba la placidez de Mar del Plata. ¡Me olvidaba! ¡Hay bandidos!... Una noche, al regresar del Casino, nos encontramos con una conmoción en el hotel que habitaba, tomado sacrosanto y caro por el hecho de que el príncipe de Gales había dormido allí lo justamente indispensables durante tres semanas. Todos se atareaban en reanimar a una pareja sin sombrero y muy agitada, sumismandole licores. Un mayordomo, entusiasmado, exclamó: "¡Un asalt, excelencia!", tal y como si anunciara el nacimiento de un heredero. La pareja había sido detenida por dos hombres bien vestidos y armados de revólveres, aunque no estaban muy seguros sobre las armas empleadas. El asunto había sido muy violento y habían perdido un reloj pulsera y algunos pasos. A su debido tiempo se calmaron; llegó la policía y el incidente terminó.

Después de las 16 horas aquel mundo que se divierte tan bien, tan regular y dignamente, se levanta con ojos de sueño del ritual meridional de la siesta. A veces se invita a amigos a tomar el té a las 17. Llegan a las 18.30 sin disculparse por una falta de puntualidad elegante y prevista. Los jóvenes se marchan al Golf Club, en el cual se paga una cuota anual de unas cien libras esterlinas y el derecho de juego de unas cuatro. Allí los jóvenes de ambos sexos juegan una partida a diez y ocho hoyos. Aun las casadas juegan con hombres que son, en muchos casos, sencillamente sus maridos, pero que probablemente tienen con ellas estrecho parentesco. A ninguna se le ocurriría ir a retirarse del club, que tiene pannels y decorados a la moda del medioevo, con un hombre de lejano parentesco, y mucho menos con un conocido.



Las mujeres argentinas son más recitadas y elegantes en Mar del Plata que las extranjeras en las playas europeas.

Recuerdo las penurias que pasó una encantadora señora acaudalada, aristocrática y viuda, porque después de una comida oficial se vio obligada a ir en auto varios centenares de metros hasta una recepción con el embajador igualmente distinguido de una gran potencia, quien hacía rato que había cumplido los sesenta y cinco años.

Se juega al golf hasta que se pone el sol, y durante esas horas los "links" están llenos de siluetas agradables, capacitadas, intensas y supremamente elegantes. La vestimenta deportiva es el reino, sobre todos los demás, en que la mujer argentina descansa. Por la noche, en "soirées" a veces no permite el suficiente libre juego a su individualidad. Tal vez la preocupa demasiado el afán de parecerse a las demás que actúan en su medio. No quiere tentar experimentos con una modista o (Continúa en la pág. 27)

UANDO zarpé de Inglaterra, todo el mundo predicaba la doctrina de quedarse en casa, es decir, de favorecer los intereses nacionales. Los transatlánticos de crucero trataban de convencer a los candidatos a pasajeros de que decididamente prepararan jiras puramente inglesas, y que cualquier parte que apareciera pintada de rojo en los mapas (color que se emplea para indicar los territorios británicos) sería visitada en su estación propia y aun fuera de ella.

Ahora me encuentro en Sud América y compruebo que todo el mundo dice exactamente lo mismo. Estos argentinos superlativamente elegantes, para quienes el Atlántico fué una avenida hacia París, se quedan en su casa y conversan sobre economía, y el príncipe de Gales, Keiserling, Siegfried y Noel Coward son incidentes en la conversación elegante. Paul Morand también ocupa un lugar en ella, pero como leal enamorado de Harlem, vió negros donde ciertamente no existen, y eso constituye pecado imperdonable en Sud América.

El príncipe de Gales es el tema que aventaja en interés la crisis que ha reducido las rentas de un mundo acostumbrado a pedir y comprar un sombrero para cada día del año, en proporción de siete millones de pesos a tres o cuatro.

Los argentinos se refieren con pena a 1930, en que se excudieron a sí mismos en gastos que no pueden traer el año próximo, y consideran al actual como a algo que se ha de pasar lo más inadvertido posible. Sin embargo, no pueden dejar de ser "chic" y hospitalarios.

Mar del Plata, a una noche de viaje de Buenos Aires, es el Lido y el Montecarlo argentinos. Ciudad divertida, todos los estilos arquitectónicos parecen estar de fiesta en ella. Residencias de carácter morisco se codean con chalets suizos. A decir verdad, no es necesario viajar para buscar variedad si se está en condiciones de caminar por las calles barridas y arboladas de Mar del Plata. Casas de cuentos de hadas de Hans Andersen, "cottages" estilo Tudor techados de tejas, reproducciones de granjas provenzales y castillos más fantásticos que los que podría planear la reina María de Rumania sugieren una agitada cristalización de ensueños de noche estival convertida en realidad. Alguien dijo en cierta ocasión: — Si no se puede confiar en la arena de Mar del Plata, siempre se puede contar con el viento.

La primera parte de la frase es calumniosa. Hay en Mar del Plata mucha arena apretadamente cubierta de cuerpos hermosamente tostados y cubiertos con más ropa que lo que Europa considera necesario.

Cuando contemplé por primera vez la famosa playa cubierta de carpas en forma de globo y color anaranjado, esponjadas como girasoles, no podía acertar con lo que la diferenciaba de Gannes, Antibes y Juan Les Pins. Posteriormente me percaté de que era cuestión de vestidos y más vestidos. La cantidad y el largo de ellos están reglamentados oficialmente. Los hombres están un poco más cubiertos que las mujeres antípodas que se lanzan como flechas al mar desde la Roca del Edén. Por lo que hace a las mujeres, bajo el oro del sol y la arena, y, probablemente teñidas con la última loción para producir "el rubio platinado" en su belleza morena, aparecen lo suficientemente vestidas para ser consideradas demasiado cubiertas en climas más fríos y variables; pero lo que se puede ver de estello y piel bronceados por el sol, sea de tonalidad ambarina o de ébano, es delicioso. Nunca he visto tantas mujeres bonitas. La mayoría de ellas usan redes tan invisibles como el polen, lo que les presta una limpieza de líneas casi milagrosa. La argentina aventaja hasta a la misma parisienne en la forma en que resiste a los vientos del Atlántico — el famoso viento por el cual Mar del Plata podría regular sus relojes, tanta es la regularidad con que comienza a soplar cuando todo el mundo se desayuna, — sin que desarreglen una sola melena ondulada o borren un adarme de las pestañas teñidas de azul y tapidas como corcos.

Todas las mañanas la sociedad argentina desciende a la playa. Las hijas se bañan, estrictamente vigiladas por las madres que no lo hacen. Existe cierto formulismo aun en la arena, pues amigos que se vieron una docena de veces el día anterior y saben que hoy y mañana y todos los días volverán, hasta terminar la temporada, a hacerlo, se saludan meticulosamente después de varias horas de separación.

Todos se conocen. Los sobrenombres sólo existen para provecho del extranjero, para quien hay siempre una laboriosa explicación sobre el grado de parentesco entre presentado y presentador, pues en la Argentina el mundo social es tan pequeño como la viña de Naboth y su entrada mucho más que el proverbial ojo de la aguja.

Una muchacha de veintidós años me proporcionó la siguiente explicación:

— Naturalmente, nos casamos con quien nos parezca, pero no cabe duda de que no existe mucha incertidumbre sobre el asunto. Cuando nos presentamos en sociedad, continuamos frecuentando al trato de los muchachos que conocimos en la más tierna infancia, y a su debido tiempo nos casamos con uno de ellos. Nunca hay candidatos nuevos. ¿Por qué se han de preocupar nuestros padres de quien nos enamoramos? Nunca tratamos a nadie que pueda resultar inconveniente.

En Mar del Plata se usa más ropa que en las playas europeas

Por ROSITA FORBES



"EL HOGAR" HA ADQUIRIDO LOS DERECHOS EXCLUSIVOS DE REPRODUCCIÓN EN SU AMÉRICA DE ESTA SERIE DE ARTICULOS QUE FIRMA ROSITA FORBES.

EN Europa la mujer argentina es suprema expresión de elegancia. Es, invariablemente, la persona mejor vestida. Siempre se la halla en el sitio apropiado y entre gente apropiada. Sería erróneo decir que viaja, porque aunque es lo suficientemente cosmopolita para considerar el Atlántico como la avenida que conduce a París, Deauville o Saint Moritz, no conoce nada fuera del horizonte social. Tampoco desea conocerlo. Los intereses de las mujeres argentinas que encontramos en Europa se limitan a los mejores modistos franceses, los restaurantes elegantes, los trenes de lujo, la literatura aprobada por la Academia Francesa, la sociabilidad garantizada por el almanaque de Gotha, y, naturalmente, el príncipe de Gales. De ahí que los extranjeros no conozcan a las mujeres argentinas.

### La primera impresión

RECUERDO mi primera impresión sobre las mujeres argentinas. Fué en París, en una muestra de vestidos. Al lado mío había una mujer pequeña y morena, de ojos encantadores. Tenía las pestañas, naturalmente larguissimas, duras de pintura azul. El lino de sus uñas hacía juego con el carmín de sus labios. Su cabellera era un aviso para su peluquero. Nada estaba fuera de lugar. Cualquiera detalle de su aspecto estaba tan estudiado y correcto, que era imposible considerar la personalidad de la mujer oculta por el arte del modisto, joyero y "maison de beauté" que habían producido un símbolo tan perfecto. Después de la exhibición, la mujer se volvió a su "vendeur", y le dijo en francés:

— ¡Bien! Tomaré toda la colección.

Tal y como si la adquisición de 40 o 50 vestidos, cuyo valor era de varios miles de libras, no significara para ella más que la compra de una docena de naranjas para nosotros. Asombrada, miré a la vendedora, quien se encogió de hombros y dijo, como si la explicación pudiera justificar los sucesos más fabulosos:

— ¡Es la Argentina!

### En el mar

A bordo del vapor de la Mala Real, en que vine de Inglaterra, me entretenía en observar, al través del salón, un grupo de mujeres argentinas. No eran muy jóvenes. Sus cabelleras inmaculadas, en las cuales el viento no tenía acción alguna, aparecían veteadas de gris. Todas se parecían mucho porque usaban los mismos vestidos, la misma pintura y la misma expresión. No se mezclaban con el resto del pasaje. Me parece que jamás las vi leer. Se sentaban siempre en el mismo sitio, con las sillitas dispuestas en círculo, de modo que al resto del mundo no le fuera dado quebrantar su aislamiento y... conversaban. Conversaban toda la tarde y toda la noche. Acostumbrada a especular sobre lo que les daba tanto tema de conversación hasta que las conocí. Entonces comprendí que la mujer argentina no es nunca aburrida. Puede dar expresión a todas las cosas que en las demás naciones se dejan sin decir. Posee el arte de la conversación desarrollado por la práctica constante. Tiene que hablar y hablar bien, hablar tal vez como protección contra todas las influencias que se agitan afuera de su vida, y que van derribando las barreras del privilegio y el prejuicio. Si es de cierta edad, está aún ansiosa de volver su silla con el respaldo hacia el resto del mundo, pero lo hace con dignidad inimitable. En verdad, aquel círculo de sillitas a bordo del vapor de la Mala Real representa aún para mí un aspecto de la vida social argentina. Revela la determinación de parte de las mujeres mayores de mantener los viejos "standards". Ni siquiera desean ver lo nuevo y destructivo del mundo moderno, y mucho menos aún tomar parte en él. Nunca han luchado por nada en su vida, como no sea por mantener ineluctable las leyes sociales que rigen al mundo que viven y por eso tienen la dignidad y el encanto de objetos de arte que nunca fueron tocados.

### Modales exquisitos de las argentinas

CREO que no existe en todo el mundo una mujer de tan exquisitos modales como la argentina de cierta edad. Las aristócratas españolas



## Acepta el predominio del varón la mujer argentina

por Rosita Forbes

pero mi anfitriona continuaba molesta.

— Yo sé que a usted no le importaría — dijo — pero mis relaciones encontrarán muy extraño que no me haya esforzado un poco más.

He cido expresar el mismo sentimiento en los Estados Unidos donde los lanches y cenas de mujeres adquieren proporciones gigantescas en honor de alguna celebridad visitante, pero en Norte América el sentimiento que anima tan generosa hospitalidad es el delicioso de compartir la buena suerte con toda amiga posible. En la Argentina, igualmente hospitalaria por instinto, existe el deseo adicional de mostrar lo que se puede hacer y no hacer menos que el prójimo.

### OCTAVO ARTICULO

Retrato de Harry Solon

no pueden competir con ella porque están descontentas y porque sus cerebros se hallan atrofiados por siglos de privilegios inmerecidos. La gran dama argentina combina el reposo y la tranquilidad de Castilla con la viveza y facilidad de expresión, el abundoso interés por la vida y la certeza de ser persona destacada, tan en evidencia entre las mujeres de edad promedio en los Estados Unidos.

Estoy completamente segura de que ninguna mujer americana en el trecho que media de San Francisco a Nueva York es jamás demasiado vieja para ser interesada e interesante. Lo mismo puede decirse de las argentinas, con una sola reserva, pues los temas que interesan a las mujeres de la gran república meridional son limitados. Es inútil tratar de hablarles de gentes o ideas que previamente no hayan proclamado "correctas". Por eso resulta para las jóvenes europeas terriblemente difícil entenderlas.

Nos enorgullecemos de avanzar a nuestro albedrío, y las mujeres argentinas de seguir el camino más "correcto". Nuestra principal preocupación, en Inglaterra y los Estados Unidos, es la de hacer "algo diferente", y, si fuera posible, algo que no se hubiera hecho antes, sólo mientras que la mujer argentina desea hacer lo que todo el mundo está haciendo, hacerlo, tal vez, en más vasta escala, pero hacer siempre lo mismo, es decir, lo correcto.

Recuerdo que una mujer muy bonita y bien parecida me invitó a almorzar, y se disculpó continuamente porque con tan poco tiempo le había sido imposible reunir una cantidad de invitados mayor. Respondí como lo hubiera hecho en Inglaterra: "Una partida pequeña es tanto más divertida..."

— Yo sé que a usted no le importaría — dijo — pero mis relaciones encontrarán muy extraño que no me haya esforzado un poco más.

He cido expresar el mismo sentimiento en los Estados Unidos donde los lanches y cenas de mujeres adquieren proporciones gigantescas en honor de alguna celebridad visitante, pero en Norte América el sentimiento que anima tan generosa hospitalidad es el delicioso de compartir la buena suerte con toda amiga posible. En la Argentina, igualmente hospitalaria por instinto, existe el deseo adicional de mostrar lo que se puede hacer y no hacer menos que el prójimo.

### La vida social argentina

HASTA aquí he escrito sobre la mujer de "sociedad", por lo que aunque en todos los países europeos lo que se conoce por sociedad va perdiendo su valor, ya que no tiene poder ni visión, aquí, en la Argentina, la clase social hereditaria constituye aún un factor en la vida nacional. Proporciona al país firmeza y fondo. Provee "standards" y sugiere comparaciones, mientras que su riqueza afincada contribuye a la estabilidad que en otra forma podría correr riesgo debido al crecimiento experimental y prolífico.

Creo que dentro de nuestra propia generación la vida social argentina sufrirá trastornos. La clase que vuelve sus sillitas con los respaldos hacia el mundo tendrá menos poder, pero en la actualidad es valiosa y avalorada, aunque ya no representa tanto a la vasta y productiva Argentina, típicamente trabajadora como la Fifth Avenue (Quinta Avenida) a los Estados Unidos. Y lo es menos aún porque todo lo que es triunfal en Norte América llega inevitablemente a Nueva York, donde la sociedad, aunque no quiera admitirlo, constituye el último peldaño del éxito. Por lo tanto en los Estados Unidos la sociabilidad de cualquier gran pueblo representa a sus grandes negocios. En la Argentina es una clase aparte, una pequeña clase con su espalda apoyada contra una pared de su propia elaboración. Se halla conectada por los productos de su tierra, sus miriadas de cabezas de ganados y leguas de trigo, con los negocios y la política, y, sin embargo, hasta hace muy poco tiempo sus mujeres no se tomaban interés por ninguno de esos asuntos. Se me asegura que en la actualidad la política es popular como tema de charla en los salones de Buenos Aires y Mar del Plata, pero yo no puedo "ver" a la mujer argentina interviniendo activamente en la vida pública. Darle el voto sencillamente doblará la fuerza numérica del voto masculino. ¿Cuántas argentinas, que dependen de sus padres y esposos para el sostenimiento de sus actividades sociales y finan-

(Continúa en la pág. 83)



## ESTAMPA

La vieja, con un niño sentado en las rodillas, junto a la luz dorada que afina sus mejillas. Las tímidas pupilas, que apenas se le aclaran, al contemplar al niño parece que lloraran. Y en un breve bostezo, ya rendido el pequeño, se va — gracia caída — de la sonrisa al sueño. Vuelca la frágil mano, sobre la tibia frente, la cándida ternura de un corazón paciente. Y al roce, tan liviano, se torna azul la cara, ¡cual si el alma secreta de la vida pasara! Sus labios se iluminan; musitan oraciones que, trémula la sombra, repite en los rincones. Intimidada sin velo. Sonrisa contenida. ¡Se siente como un río de luz fluir la vida! Después, baja el silencio de los dedos de pana; junta la frente niña con la mejilla anciana. Y, unidos los dos pechos en un latir sonoro, sueña un mechón de plata sobre un mechón de oro.

FRANCISCO ISERNIA

# Los maridos argentinos no son los más perfectos del mundo

El Hogar

Por Lilia W. Davis

SON encantadoras las mujeres argentinas; tan encantadoras como colosas. Pero no vale a serse que sus celos sean violentos, al punto de que se las pueda suponer vulgares. Colán a sus maridos con dignidad, con elegancia y con distinción. Yo no soy colosa... — he oído decir a muchas señoras argentinas; pero no eran sinceras. Ellas, como todas, desean conyugal puede ponerlas en muchas situaciones, quienes, en lugar de condenar la conducta del marido, se esmeran en condecorar la conducta. Conviene señalar, ante todo, que en pocas sociedades organizadas como en la argentina el marido disfruta de tanta libertad. Y, por contrario, tampoco he visto en parte alguna un régimen de vida de mayor bienestar que el que llevan las mujeres argentinas.

Es evidente que el hombre casado se abroca, en la Argentina, todas las ventajas de la casa fundada en un motivo social, sale con su esposa; casamientos, funerales, salidas de pesame, cinematógrafos. Y casi siempre lo hace a "contre coeur".

Los clubs de Buenos Aires se privan de su vida en parte para las esposas. Las grandes bares se abren de tarde en el club. Si se trata de las fiestas hipicas en el Hipódromo, parece "vieux jeux" ese de tener que andar y acompañar al caballo. Los maridos van solos, y si por acaso se han visto obligados a concurrir acompañados, entonces se van al "padding", lugar que está vedado a las esposas. Se advierte, pues, sin esfuerzo, que los maridos no desean perder su aspecto de solteros, lo vez que la oportunidad de solteros calza de talla es revelador de cuanto afirma: la mayor parte de los maridos jóvenes dispone, en Buenos Aires, de su "voiturette". Y yo no creo, pese a opiniones contrarias, que éste sea un coche para hombres casados.

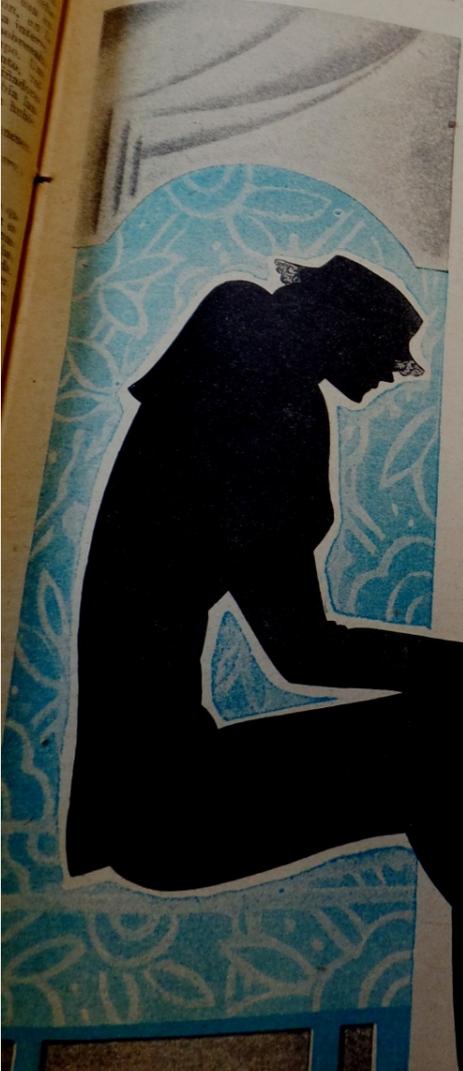
Pero lo más divertido en la existencia de estos maridos resulta el ingenio de que tienen que hacer alarde para justificar sus ausencias. Desde luego, la política es el recurso más fácil; las desahoras, como las consultas médicas, las audiencias judiciales y los velorios. Yo pienso, a veces, que los velorios fueron inventados por algún mentiroso profesional que, dejándose llevar por su afán de salir de noche, encontraba un pretexto adecuado de la necesidad de hallarse presente en estas fúnebres reuniones.

Existe en Buenos Aires el marido "tipo velorio". — ¡Caramba!... — exclama de pronto, hojeando uno de los diarios de la tarde. Acaba de morir un amigo de la infancia... No puede dejar de ir a su casa... ¡Qué fastidio!...

Y el marido sale. Va a cualquier parte, menos a casa del supuesto amigo muerto. Por hábito, o para evitarse pequeños desagrados, el marido tiene siempre un saldo de mentiras a su favor. Rara vez refiere a la esposa su presencia en un cabaret; si en el club o en las carreras ha perdido una suma X, la reduce a la mitad o la oculta. Lo mismo sucede cuando gana. Claro está que, si por acaso ha tenido oportunidad de tomar el té acompañado de su amigo soltero y de algunas amiguitas, no abre la boca ni en sueños.

El marido argentino es aficionado como pocos a estas expansiones, que adquieren extraordinaria gravedad en el régimen social de Buenos Aires. Un hombre casado no puede tener amistades fuera del círculo de su propio núcleo. Me explicaré: no puede ser amigo de una señora o señorita que no lo sea de su esposa. Si cultiva una amistad

En uno de nuestros números anteriores nuestra prestigiosa colaboradora publicó un interesante estudio sobre las niñas argentinas, en el que consignó atinadas consideraciones sobre su psicología y modalidades. Hoy nos hace llegar una impresión sobre los maridos argentinos, que ha de ser leída, lo esperamos, con atención. La inquieta periodista americana, que ha permanecido algunos meses entre nosotros, habla, en la presente ocasión, con la sinceridad en que acostumbra hacerlo.



fuera de este límite, incurre en una falta. Así al menos está considerado desde el punto de vista del código mundano. En igual medida que la mujer que está, de las amistades transparentes, para y sin "arrière pensée", como las que pueden cultivarse en los Estados Unidos, donde el espíritu de camaradería es una de las grandes conquistas de nuestra cultura.

En la Argentina no sucede lo propio. El marido vive siempre en acecho de una posibilidad. Y en este estado vive lo mismo al año de casado como después de sus bodas de plata matrimoniales.

Establecidas estas verdades, yo pienso que gran parte de la culpa de todo la tienen las propias mujeres. La mujer argentina no ha evolucionado tan rápidamente al ritmo de la época y se ha mantenido en una actitud más bien contemplativa. Porque, así como una golondrina no hace el verano, tampoco puede decirse que definan el carácter argentino media doctrina de señoras que concurren al "grill" de los hoteles, que gustan fumar en público y que manejan con arrojo inconsciente sus enormes autos por el laberinto callejero de Buenos Aires.



No; la mujer argentina se rige todavía por un concepto musulmán, y es, de esta manera, resignada y dócil, crédula y buena. Está convencida que su hogar, y allí queda todo el día y toda la noche, mientras su marido trabaja y... se divierte. Necesario es decir que tampoco son los hombres ociosos que he conocido en la Argentina; aun aquellos que viven amparados, bajo el mismo techo con los suegros, hallan alguna ocupación, sin duda para tener el pretexto de ganar la calle...

Con todo, no puede decirse, confiándose a la verdad, que los maridos argentinos sean mejores o peores que en otras sociedades; no son, claro está, los más perfectos del mundo, pero ello no significa que hagan infelices a sus esposas. Muchos pagan con creces su libertad; cuando pueden ser generosos, lo son sin recato, y aun en las situaciones apretadas llegan a su casa con algún paquetito de golosinas. No es fácil que caigan en el exceso, dejándose llevar por una pasión. En este aspecto son hombres que saben dominarse y que difícilmente pierden la línea. En Chile y Perú, por ejemplo, los dramas pasionales en el alto mundo se repiten con alguna frecuencia. Algunos romances sentimentales se han epilgado a balazos; cuando no era el marido agraviado, lo era la esposa. Pero siempre en torno al eterno drama de la infidelidad. Los cónyuges argentinos creen ahora mucho más en la eficacia de su divorcio teórico para solventar sus disidencias. Ofrecen así un ejemplo de cordura, muy a tono con la época.

Aun cuando resulta difícil generalizar sobre este tema, tengo la impresión de que el matrimonio es, en la Argentina, una institución que continúa ganando adeptos. No puedo decir lo mismo si dirijo mi vista a otros países, donde el porcentaje se reduce en una proporción alarmante.

A pesar de que los maridos argentinos no son, ni con mucho, los más perfectos, la institución matrimonial es el eje de la vida social de su pueblo. Y se explica: ¡son tan lindas, tan buenas y tan crédulas las mujeres, que el casamiento es, para ellas, un sacro y...



# ¿Somos peores que otros, los maridos argentinos...?

Por el Dr. José Manuel Madariaga

LA prestigiosa periodista americana Lilia W. Davis publicó en EL HOGAR un artículo en el que, bajo el título: "Los maridos argentinos no son los más perfectos del mundo", forjaba una serie de consideraciones, fruto de su espíritu de observación. La sinceridad con que esta escritora se expide cada vez que le toca opinar sobre un tema difícil, mueve de inmediato las réplicas,

que en esta oportunidad han arreciado, algunas en tono violento. Es en este caso la explícita reacción de los maridos, afectados por el análisis que los presenta como cínicos y egoístas. Entre el cúmulo de cartas recibidas elegimos la que hoy publicamos en la presente página, por considerar que ella interpreta el verdadero sentimiento de muchos de los atudidos.



RESULTA curioso comprobar la facilidad con que los visitantes extranjeros, cuando son literatos, nos someten a la función de ratoncillos de la India y hacen con nosotros toda clase de experimentos para mostrarnos como ejemplares de excepción. Ya se nos ha dicho que somos tristes, aburridos y solemnes, que llevamos en el alma toda la pesada carga de los tangos plañideros. En el cine se nos presenta patilludos y con espesas cejas negras. Semejamos de esta suerte al tipo clásico del traidor, que vive en acecho de una puñalada a tiempo.

Hasta el presente se nos había tomado en conjunto, y resultábamos diluidos en la propia vaguedad de las informaciones. Nadie, por otra parte, se daba por notificado, y las cosas seguían su curso. Pero ahora no; la señorita Lilia W. Davis acaba de afirmar, por intermedio de la alta tribuna de EL HOGAR, que los maridos argentinos no somos, ni con mucho, los más perfectos del mundo...

Y para tratar de demostrarlo, la inquieta periodista se ocupa de cantar un himno a la mujer. Porque si se examina con detenimiento ese artículo se verá que todo él es un ditirambo a ese espíritu de resignación que parece ser la característica sobresaliente de las esposas argentinas, que viven enclaustradas en prejuicios dignos de una civilización musulmana.

Resulta en verdad risueño que sea una soltera la que se jacte de conocer tan a fondo la moral de los maridos argentinos. Pienso que con más autoridad que esta huésped pueden hablar las propias esposas; ellas y no las solteras, cualquiera que sea su nacionalidad y su talento, están en condiciones de emitir un juicio consciente que sea al propio tiempo reflejo de la verdad.

Porque por mucho que la observación de Lilia W. Davis haya podido detenerse, fácil es advertir la posibilidad del error. Habla como una espectadora que, sentada en el hall del hotel o en el palco del "dancing", estuviera distraiendo sus ojos en la contemplación de un desfile.

Porque es bueno que se diga que nosotros, los maridos argentinos, sin ser mejores o peores que los de cualquier otra nacionalidad, somos ante todo y sobre todo gallardos jefes de hogar. Los que tenemos la suerte de presidir hogar. Los que tenemos el orgullo de hijos forma algo así

pecialmente en los Estados Unidos, aquello de "hogar, dulce hogar" es una verdad tan grande como aquí.

Nosotros, los maridos argentinos, nos hemos sacrificado siempre para hacer de nuestro hogar el mejor; y nos hemos sacrificado en el trabajo sin medida para enriquecernos y brindar de este modo a nuestra esposa y a nuestros hijos todo el bienestar posible. ¿Acaso ignora Lilia W. Davis que aun los maridos pobres, aquellos sometidos a la rutina de un empleo modesto, buscan una nueva ocupación para allegar mayores recursos a su hogar? Si es hombre de empresas, de directores o de bancos, trabaja en forma desmedida, y su casa es entonces un templo suntuoso y confortable.

¿Que no le agrada el cine o que vaya al club a distraer algunos momentos de su larga jornada? No son cargos fundamentales, ni puede suponerse que las excepciones constituyan una regla. En Buenos Aires, como en la China, hay maridos que sienten afición por el cine y otros no. Tampoco es verdad que hagamos demasiada vida de club; basta asomarse al Círculo de Armas, Jockey Club y Club del Progreso, para no citar sino los principales, para comprobar cómo a las diez de la noche aquellos lugares presentan mucha semejanza con el desierto de Sahara... En cambio, vaya Lilia W. Davis a un club de Londres o París y verá cómo a esa misma hora están repletos de maridos "modelos" que almuerzan, comen y pasan parte de la noche en sus magníficos salones.

Aquí, el Jockey Club tiene alrededor de tres

tras nosotros, en el taller, en la oficina, en el comercio, "cinchamos", como decimos aquí, para que a ella no le falte nada.

¿Ha visto Miss Davis a alguna mujer mal vestida por las calles de Buenos Aires? Esos vestidos los hemos pagado nosotros con el sudor de nuestra frente; nosotros, que sentimos el halago de saber que nuestra esposa es elegante y distinguida. ¿Somos egoístas los que así procedemos? ¿Somos egoístas los maridos argentinos, que en las buenas épocas nos largamos a Europa con todo un cargamento de hijos, a la manera de lo que ha hecho hace poco el doctor Gustavo Martínez Zuviria? ¿Somos egoístas los maridos argentinos, que llegamos a Mar del Plata también con el cortejo de nuestras criaturas? ¿Podemos serlo quienes cada año "palmamos" el abono al Colón y de "yapa" llevamos a nuestra cónyuge a los espectáculos que ofrecen las compañías francesas que nos visitan?

¡No, Miss Davis! Buenos Aires no tiene esos clubs secretos que tanto abundan en los Estados Unidos, donde los maridos se dedican al inocente deleite de la danza con todas las "flappers" posibles. Aquí, en esta ciudad transparente, los "réservés" de los restaurantes ya no existen, lo que prueba de una manera irrefutable que nadie tiene nada que ocultar.

Claro es que no se desarrollan dramas pasionales en nuestro alto mundo, porque hay en los círculos directivos de nuestra sociedad un gran sentido del honor. ¡Eso sí, hay que reconocer y afirmar que la mujer argentina es la más honesta del mundo! Y si por cualquier enercruzada del destino la suerte se le muestra adversa, sabe salvar su decoro con dignidad y altivez. El infortunio de un error, que pudiera precipitarla en el abismo, le concede fuerzas para sobreponerse al golpe. Conozco a muchas esposas argentinas que por salvar el prestigio y el nombre del hogar

(Continúa en la pág. 80)

## ***El Hogar: preguntas al lectorado***

**¿Tiene la mujer capacidad para manejar?, ¿cómo hacer ante el abandono del hombre?, ¿qué pasa si la mujer vota?, ¿qué significa el trabajo femenino y cómo afecta a la mujer?; ¿sigue siendo seductora una dama cuando es ahora “intelectual”?, “¿Tiene derecho el marido a pedir el divorcio si la mujer engorda?” (Boix, 1933: 16), “¿Debe declararse al hombre la mujer que ama?” (Sin firma, 1933b: 8-9), “¿Son menos femeninas las mujeres universitarias?” (Paz, 1932: 10), “La mujer moderna, ¿es compañera o adversaria del hombre?” (Carrere, 1932: 88), “¿Qué haría Vd. si fuera hombre?” (Sin firma, 1933a: 16).**

¿Qué haría usted si fuera hombre? por Chita de León

SOFIA BOZAN

YO no quiero ser hombre, en primer lugar. Já más lo he pensado. Tampoco lo he deseado. ¿Para qué? ¡Me hallo tan bien siendo mujer!

— ¿Cómo para qué? En general, las mujeres se pasan la mitad de la vida enviando a los hombres por sus libertades y sus derechos.

— Sí, pero yo no. Se lo aseguro. No me interesa ser hombre. ¡Pobrecitas!

— ¿Les tengo lástima?...

— ¿Lástima? Se expone usted a dar una serie de explicaciones — le digo, para ver si reacciona rectificándose.

— No temo darlas. Dígalas nomás.

Sofía Bozán, consciente del dominio que ejerce sobre ellos



Por su parte, nuestra poetisa máxima, Alfonsina Storni, afirma que si fuera hombre, aprovecharía como la mejor mujer.

ALFONSINA STORNI

DESPUÉS de llamar a Alfonsina Storni, nuestra poetisa máxima, infinidad de veces con resultado negativo, me decidí ir al cenáculo literario que frecuenta, con la esperanza de hallarla, y su silueta fina, cada vez más juvenil, se hace presente. Sin medias, de acuerdo con la última palabra de la practicidad, vestida con una tela vaporosa, escapándose los platabdos rizados por el casquete, rizados que son una ironía en la frescura de su cutis rosado, Alfonsina, con la sencillez graciosa que la caracteriza y que es producido precisamente de su talento, nos hace un ademán afectuoso y se dirige a nuestra mesa. Mientras se acomoda y se quita los guantes, pienso para mí en la personalidad que encierra la figura de niña de Alfonsina y me siento honrada de que sea "nuestra".

Cambiadas las primeras impresiones, como al descuido, le pregunto:

— ¿Qué haría usted, Alfonsina, si fuera hombre?

Ajena al móvil de mi interrogante, pero no por eso menos espontánea y sincera, Alfonsina deja caer su frase casi lapidaria:

— Comportarme como la mejor mujer.

TEODELINA LEZICA ALVEAR DE URIBURU

LA señora Teodelina Lezica Alvear de Uriburu es una de las figuras más destacadas de nuestro ambiente social. Secretaria de la Sociedad de Beneficencia, cargo que ha ocupado ya en varias otras oportunidades y en el que invierte muchas horas de trabajo y de preocupación, ajena ella misma al mérito de su labor, prestigia con sus condiciones de inteligencia y de bondad la vieja tradición de sus apellidos.

Muy simpática, con esa manera sencilla y personal de ser que la caracteriza, hallaba siempre la manera de substraerse a la entrevista tantas veces pedida.

Al fin, una tarde, comprometida tal vez de las dificultades de la vida periodística que a su vez comparte con su esposo, logré verla en su sala del Plaza Hotel.

— Si yo fuera hombre ¿qué haría? Francamente, no lo he deseado; pero si en este momento me fuera dado ponerme pantalones, saldría a luchar, pero si

Una colaboradora de El Hogar ha formulado a cuatro mujeres argentinas la siguiente pregunta:

— ¿Qué haría usted si fuera hombre?...

Las respuestas aparecen en esta página, y son, en verdad, interesantes. Juzgue el lector y diga si de ellas se desprende alguna enseñanza.



Sofía Bozán, "criollo lindo", dice que nunca ha pensado en ser hombre y que no querría serlo.

por su arte y su físico, no tiene miedo de las palizas.

— Estoy encantada, muy satisfecha — continúa — con haber nacido mujer.

— Y linda — agregó. — Tal vez su éxito alcanzado es lo que la hace opinar así.

— No. Créame que no. Aunque no fuera quien soy, pensaría de la misma manera.

— Bueno — la interrumpo —. Admito que no quiera ser hombre. Pero, si lo fuera, ¿qué haría usted?

— ¿Yo? ¡Pues, adorar a las mujeres!

Y Sofía Bozán, la expresiva reina

del tango, hace un juego de ojos que se pierde en la penumbra de la salita de recibio.

Creo inútil agregar que en la salita hubo como un deslumbramiento.



A Herminia Brumana, escritora, nunca se le ha ocurrido envidiar a los hombres.

HERMINIA BRUMANA

HE acertado al no vestirme y esperar a la mañana — comienza diciendo Herminia Brumana con un expresivo movimiento de cabeza — con un expositivo movimiento de cabeza — carácter para responder a su ocurrenciosa y tímida pregunta. Porque, la verdad, a pesar de que en mi niñez me gustaba muchísimo vestirme de niño, ya de grande — resignada inteligentemente — no se me ha ocurrido nunca envidiar el ser hombre. A lo sumo, alguna vez habré dicho: "¡Ah, si yo fuera hombre no haría más que andar, andar, andar, andar!"

Herminia Brumana, la valiente mujer y autora de "Mosaicos", "La Grúa", "Tiza de colores" y otros libros no menos elogiosos que estos, hace un gesto. Luego, retomando la frase — no he querido interrumpirla — continúa con voz más enérgica.

— Eso sí, sería un grandísimo vago. Bueno, eso está mal dicho — se corrige — da la impresión de que el hombre echado siempre, que le haya al trabajo o no, es un gran vagabundo.

— ¿Está, pues, concretada su respuesta?

— Tal vez. Pero no, no — Herminia Brumana reacciona rápidamente. Su carácter es tan líisimo ha captado una idea. — Mejor sería un gran revolucionario, un orientador de las masas, un peligro para los obscurantistas.

No dejaría titeres con cabeza hasta que llegara a la revolución social con que sueño, hasta que me fusilaran. En último caso, — agrega — tras su rostro se dibuja en una sonrisa. Pero, le repito — continúa en seguida — ¿cómo le ha parecido la condición de hombre? a lo mejor su hijo será lo que no fue...



En el caso de usar pantalones, Teodelina Lezica Alvear de Uriburu, saldría a luchar noblemente para honrar a sus antepasados.

Alvear de Uriburu, que en contraposición con el privilegio que viene sosteniendo desde la cuna, forma parte del grupo de las clases desheredadas, se despreocupa del asunto y me habla de otros asuntos conocidos en sus largos viajes.

Tuvo asimismo palabras de elogio para El Hogar, cuya orientación social y que calificó como la mejor revista argentina.

Inteligente y observadora, la señora de Uriburu es un ejemplo de honestidad laboriosidad.

charía siempre de frente, para honrar a sus antepasados.

# El voto

**PERSONAJES:** Mista Yuca, Alicia y Alcobero.  
Yuca, solterona, es — al decir de los parientes — agria, llena de empaque, molesta como una mudanza. Sin embargo, tiene gentilezas insospechadas, tal como lo revela el cuidado de una pecera con doradillos japoneses que adorna el centro de una mesa, etcétera.  
Alcobero, escéptico prematuro en virtud de haber vivido siempre cómodamente, entra en el momento de levantarse el telón, y sorprende a Mista Yuca examinando la pecera con los imperitinentes, que ella usa hasta cuando está sola en fuerza de la costumbre.

pone a cambiar algunas palabras con el visitante, que ha sacado su cigarra antes de sentarse y la ofrece a la dama.)  
Mista Yuca. — Gracias.

Alcobero. — Oh... Yo pensé que usted era partidaria del sufragio...  
Mista Yuca. — (Agradada de la desenvuelta insolencia del amigo de su sobrino por lo que ello tiene de familiaridad con un hombre.) Lo soy, pero no fumo, Gracias a Dios.

Alcobero. — Dios... (Mueca.)  
Mista Yuca. — Yo escucho la voz de Dios. A veces...  
Alcobero. — Dios... (Otra mueca.)  
Mista Yuca. — (Intuyendo el pensamiento de Alcobero.) Pues, supóngase que no sea más que un hombre: tiene más años que usted y, por lo tanto, sabe lo que dice.

Alcobero. — (Sonriendo con finura.) Es verdad. Llamamos hombres de experiencia a los que en fuerza de mucho fracasar se han hecho mercedores de que por lo menos se les escuche.  
Mista Yuca. — Esas son palabras de un revolucionario...  
Alcobero. — Sin embargo, yo no estoy de acuerdo con las revoluciones, mista Yuca, porque constituyen una falta de respeto. No niego que haya viejos errores; pero consideremos que son errores con canas, y las canas son siempre respetables.

Mista Yuca. — Bueno; pero, volviendo a lo del sufragio femenino...  
Alcobero. — ¿Le agrada el tema?  
Mista Yuca. — Me desagrada extraordinariamente si se trata entre mujeres, pero discutirlo con un hombre me encanta.  
Alcobero. — De manera que...  
Mista Yuca. — ¿Usted no cree que sea útil el voto de la mujer?

Alcobero. — Hablando en serio, yo creo que el mundo ya no puede empeorar. Por otra parte, dicho sea en broma, pienso que el voto no debe serle otorgado a las mujeres, sino que ellas deben conquistarlo. Antes que la igualdad civil hay otra igualdad: la de la vida.  
Mista Yuca. — ¿Se refiere usted al absurdo paralelo biológico, el argumento que esgrimen los antifeministas?

Alcobero. — No. La mujer puede aspirar a la igualdad de derechos sin necesidad de reformar su constitución natural, que es más necesaria que el voto secreto a los fines supremos de la naturaleza. Lo que quiero decir es que no puede subsistir entonces una moral para el hombre y otra para la mujer; un género de ociosidad para ella y otro para él; una mentalidad, en fin..., usted me comprende.  
Mista Yuca. — No, pero es lo mismo. El caso es que usted no está de acuerdo, en definitiva.

Alcobero. — Nunca estoy en definitiva con nada, mista Yuca. Los términos me repelen; prefiero equidistar. Cuando menos, es elegante.  
Mista Yuca. — (Continuando con su pensamiento.) Y está en desacuerdo por no juzgar digna del sufragio a la mujer...  
Alcobero. — Ahora me arrepiento, mista Yuca; presento a usted mis excusas, y voy a demostrar que estoy en desacuerdo porque creo que es el sufragio el indigno.

Mista Yuca. — (Insidiosa.) Payo presentará en la Cámara su proyecto en favor del voto a las mujeres el mes que viene.  
Alcobero. — Si cree usted que le asiste toda la razón...  
Mista Yuca. — Su grupo es el más numeroso.

Alcobero. — Entonces le asiste.  
Mista Yuca. — Pero la discusión... Hay que tener argumentos.  
Alcobero. — Si se carece de ellos, se toman los del adversario. Payo tiene buena estatura y, gracias a los lentes, parece estudioso. ¿Usted cree, mista Yuca, que no puede demos-

trarse que el blanco es negro y que dos y dos no son cuatro? Las mismas razones que sirven para demostrar lo uno, sirven para demostrar las ideas, son reversibles como los bolsillos; Pero del otro lado, vuelve a ser bolsillo. Pienso... En esto se condensa el arte de vivir. Nuestras opiniones se tasan de acuerdo al concepto que se han formado de nosotros. A las personas consideradas sabias o inteligentes se les hurgan las palabras hasta en busca de lo que no tienen, se les atribuye sentido trascendental... En cambio, a las otras se les toma una parte infinitesimal de su sentido, se les disminuye, se interpreta torcidamente lo que dicen y no se las aquilata nunca en todo lo que valen. Payo es hábil y desconoce teóricamente estas verdades; por lo tanto, sabrá aplicarlas en el momento oportuno.

Mista Yuca. — Entonces usted tiene fe en el éxito...  
Alcobero. — No hemos convenido aún si se trata de un éxito. Más bien me parece una formalidad superflua y engorrosa: la mujer tendrá que registrar públicamente lo que ahora ejerce en la intimidad. Cuando menos, si no vota en los comicios, se ahorra el molesto madrugón del domingo, con el apeñuscamiento consiguiente, la fila, el turno, etc. ¿Para qué todo ese aparato si ella no lo necesita? La mujer, mista Yuca, ha votado siempre.  
Mista Yuca. — (Tocada en su vanidad.) ¿Cree usted?  
Alcobero. — Creo que al delegar al hombre la fastidiosa tarea de concurrir al comicio ella acusa, o acusaba, un cabal reconocimiento de la inferioridad masculina.  
Mista Yuca. — ¿Eh?  
Alcobero. — Ciertamente. Es como mandar un mensajero en vez de llevar la carta uno mismo. ¿No ha reparado en eso, mista Yuca? (Exagerando el asombro.) ¿Es posible?  
Mista Yuca. — (Pensativa.) Verdaderamente...

Alcobero. — El olvido de esa prerrogativa me parece un signo de la decadencia de la mujer en nuestra época.  
Mista Yuca. — Todo lo contrario de lo que afirmamos las feministas...  
Alcobero. — Exacto. (Entra en ese momento Payo. Un "hola", un apretón de manos, el "¿Vamos?" de práctica. Alcobero se despidió ceremoniosamente de mista Yuca y sale con su amigo. Mista Yuca permanece sin moverse, absorta en sus cavilaciones...)



# DE "EL HOGAR" femenino

Un acto, de Ferrari Amores

Alcobero. — Hablando en serio, yo creo que el mundo ya no puede empeorar. Por otra parte, dicho sea en broma, pienso que el voto no debe serle otorgado a las mujeres, sino que ellas deben conquistarlo. Antes que la igualdad civil hay otra igualdad: la de la vida.  
Mista Yuca. — ¿Se refiere usted al absurdo paralelo biológico, el argumento que esgrimen los antifeministas?

Alcobero. — No. La mujer puede aspirar a la igualdad de derechos sin necesidad de reformar su constitución natural, que es más necesaria que el voto secreto a los fines supremos de la naturaleza. Lo que quiero decir es que no puede subsistir entonces una moral para el hombre y otra para la mujer; un género de ociosidad para ella y otro para él; una mentalidad, en fin..., usted me comprende.  
Mista Yuca. — No, pero es lo mismo. El caso es que usted no está de acuerdo, en definitiva.

Alcobero. — Nunca estoy en definitiva con nada, mista Yuca. Los términos me repelen; prefiero equidistar. Cuando menos, es elegante.  
Mista Yuca. — (Continuando con su pensamiento.) Y está en desacuerdo por no juzgar digna del sufragio a la mujer...  
Alcobero. — Ahora me arrepiento, mista Yuca; presento a usted mis excusas, y voy a demostrar que estoy en desacuerdo porque creo que es el sufragio el indigno.

Mista Yuca. — (Insidiosa.) Payo presentará en la Cámara su proyecto en favor del voto a las mujeres el mes que viene.  
Alcobero. — Si cree usted que le asiste toda la razón...  
Mista Yuca. — Su grupo es el más numeroso.

Alcobero. — Entonces le asiste.  
Mista Yuca. — Pero la discusión... Hay que tener argumentos.  
Alcobero. — Si se carece de ellos, se toman los del adversario. Payo tiene buena estatura y, gracias a los lentes, parece estudioso. ¿Usted cree, mista Yuca, que no puede demos-

trarse que el blanco es negro y que dos y dos no son cuatro? Las mismas razones que sirven para demostrar lo uno, sirven para demostrar las ideas, son reversibles como los bolsillos; Pero del otro lado, vuelve a ser bolsillo. Pienso... En esto se condensa el arte de vivir. Nuestras opiniones se tasan de acuerdo al concepto que se han formado de nosotros. A las personas consideradas sabias o inteligentes se les hurgan las palabras hasta en busca de lo que no tienen, se les atribuye sentido trascendental... En cambio, a las otras se les toma una parte infinitesimal de su sentido, se les disminuye, se interpreta torcidamente lo que dicen y no se las aquilata nunca en todo lo que valen. Payo es hábil y desconoce teóricamente estas verdades; por lo tanto, sabrá aplicarlas en el momento oportuno.

Mista Yuca. — Entonces usted tiene fe en el éxito...  
Alcobero. — No hemos convenido aún si se trata de un éxito. Más bien me parece una formalidad superflua y engorrosa: la mujer tendrá que registrar públicamente lo que ahora ejerce en la intimidad. Cuando menos, si no vota en los comicios, se ahorra el molesto madrugón del domingo, con el apeñuscamiento consiguiente, la fila, el turno, etc. ¿Para qué todo ese aparato si ella no lo necesita? La mujer, mista Yuca, ha votado siempre.  
Mista Yuca. — (Tocada en su vanidad.) ¿Cree usted?  
Alcobero. — Creo que al delegar al hombre la fastidiosa tarea de concurrir al comicio ella acusa, o acusaba, un cabal reconocimiento de la inferioridad masculina.  
Mista Yuca. — ¿Eh?  
Alcobero. — Ciertamente. Es como mandar un mensajero en vez de llevar la carta uno mismo. ¿No ha reparado en eso, mista Yuca? (Exagerando el asombro.) ¿Es posible?  
Mista Yuca. — (Pensativa.) Verdaderamente...

Alcobero. — El olvido de esa prerrogativa me parece un signo de la decadencia de la mujer en nuestra época.  
Mista Yuca. — Todo lo contrario de lo que afirmamos las feministas...  
Alcobero. — Exacto. (Entra en ese momento Payo. Un "hola", un apretón de manos, el "¿Vamos?" de práctica. Alcobero se despidió ceremoniosamente de mista Yuca y sale con su amigo. Mista Yuca permanece sin moverse, absorta en sus cavilaciones...)

Ilustraciones de Cesáreo Díaz

panzivas, los buenos acuerdos y los pedidos irresistibles.

Alicia se halla sentada frente al espejo de su tocador, con las piernas cruzadas; lleva puesto un peinador de raso, y está ocupada en llenar de horquillas su apretado cabello, de un hermoso tono caoba.

En el espejo donde se mira aparece de pie, detrás de ella, mista Yuca, en "desahille".

Mista Yuca. — ¿Has tomado el café?

Alicia. — No.  
Mista Yuca. — ¿Quieres una pecera?

Alicia. — (Sonriendo.) Bueno.

Mista Yuca. — Es el mejor desayuno. (Pausa.) ¿Se levantó Payo?

Alicia. — Sí. Salí temprano.

Mista Yuca. — De modo que hoy no tuvieron tiempo de charlar...  
Alicia. — ¿Por qué no? Hablamos...

Mista Yuca. — ¿A la ventana?

Alicia. — No.

Mista Yuca. — Alicia. — Ah, de amor; eso que retratan con la...

Mista Yuca. — ¿A la ventana? (Alicia.)

Alicia. — Por resaca mucho mirar a la Cámara.

Mista Yuca. — ¿Alicia. — Ah, de amor; eso que retratan con la...

Mista Yuca. — ¿Alicia. — Por resaca mucho mirar a la Cámara.

Mista Yuca. — ¿Alicia. — Ah, de amor; eso que retratan con la...

Mista Yuca. — ¿Alicia. — Por resaca mucho mirar a la Cámara.

Mista Yuca. — ¿Alicia. — Ah, de amor; eso que retratan con la...

## CUADRO I

Mista Yuca y Alcobero

Mista Yuca. — Oh, usted...  
Alcobero. — Mista Yuca, no pude evitarlo. Mi presencia es indispensable en los sitios donde de necesito ver a alguien...  
Mista Yuca. — ¿Lo busca usted a Payo?  
Alcobero. — ¿Ha salido?  
Mista Yuca. — No; lo estaba esperando. Aparece la mucama y Mista Yuca le ordena que avise a Payo que lo espera su amigo. La mucama dice: "Está en su casa", y sale. Mientras tanto, y nada más que "mientras tanto", la solterona se dis-



Alcobero. — ¡Oh! Yo pensé que usted era partidaria del sufragio...  
Mista Yuca. — (Agradada de la desenvuelta insolencia del amigo de su sobrino por lo que ello tiene de familiaridad con un hombre.) — Lo soy, pero no fumo. Gracias a Dios.

## ¿Son menos femeninas las mujeres universitarias?



¿E ahí una cuestión que jamás preocupó a nuestros antepasados, que ni llegaron a imaginar nuestros abuelos... —¿Son menos femeninas las mujeres universitarias?...

La pregunta habría parecido un disparate, quizá, hace medio siglo, pues entonces habría sido preciso preguntar primero: —¿Iendremos algún día mujeres universitarias?... Pero en la actualidad, y a medida que el mundo va avanzando en este incesante proceso de transformación social que implica la evolución de la humanidad, el asunto no sólo se ha planteado como un interrogante digno de ser considerado, sino que muchos lo señalan como un grave problema de vastas perspectivas para el futuro.

En efecto: cada día más se va acentuando la marcada tendencia de la mujer a invadir la jurisdicción de actividades del hombre. El "sexo débil" ha dejado hace tiempo de escudarse bajo esa misma debilidad que constituía su mayor fortaleza, al colocarlo en una situación de privilegio, para tomar una participación decidida en las responsabilidades humanas. Y uno de los campos de acción que a través de los siglos se había conservado rigurosamente vedado a la penetración femenina, el de los claustros universitarios, ha abierto sus puertas a una multitud de invasoras que va aumentando rápidamente. Y esta es la hora en que una mujer que se gradúa de "médica" o de "abogada" o "ingeniera" ya no resulta nada singular ni extraordinario, ya no es el "bicho raro" que hasta hace poco creíamos ver en cada uno de esos casos.

### ¿Es posible compartir el laboratorio con la cocina?...

DESDE luego, como en todos los asuntos de esta índole, las opiniones están divididas. Y mientras por una parte hay quienes sostienen que la femineidad es un sentimiento indestructible en la mujer, sean cuales fueren sus actividades diarias, por otro lado abundan los que opinan que, por el contrario, dada la profunda influencia que la vida exterior ejerce sobre la personalidad humana, la condición femenina se resiente sensiblemente a causa del extraordinario cambio que supone el ejercicio de labores ajenas al manejo de la casa y los quehaceres propios del hogar.

—La cocina y el laboratorio son absolutamente incompatibles... afirman con entera convicción estos últimos. Y abundan en razones y argumentos de indiscutible eficacia para demostrar la verdad de su teoría, que adquiere así una consistencia respetable y digna de ser tenida en cuenta.



En primer lugar, citan en su apoyo el testimonio de la experiencia acumulada por el mundo durante siglos y siglos de vida, en los que el hombre y la mujer fueron demarcando sus respectivas funciones obedeciendo al dictado de las leyes superiores que gobiernan al universo, y de acuerdo con las cuales el sexo femenino ha debido aplicar sus aptitudes naturales a las tareas domésticas, en las que ha llegado a perfeccionarse en un grado tal que difícilmente igualaría entreteniéndose en otras labores.

Por el DR. AMERICO PAZ  
Pero razonando, además, de una manera gráfica y sencilla, dicen también:

### ¿Es posible que el hombre se dedique a zureir medias?...



Los claustros universitarios abrieron sus puertas a una multitud de invasoras que va aumentando rápidamente.

EL ejemplo resulta, en verdad, tanto más concluyente cuanto más chocante. Pues de la misma manera que nos parece impropio del "sexo fuerte" la clásica labor de las buenas amas de casa, puede decirse que no se concibe al sexo opuesto en actividades que le son tradicionalmente ajenas.

### Las responsabilidades profesionales y el carácter femenino

OTRO punto interesante que suelen tocar con habilidad los que miran con malos ojos aquellas "extralimitaciones femeninas", es el que se refiere a la transformación psíquica y hasta física de la mujer cuando ha pasado por las aulas universitarias.

Es sabido que el título profesional, lo mismo sea en la carrera de medicina que en la de leyes o ingeniería, acredita no solamente un caudal de preparación teórica adquirido en largos años de estudio, sino también un grado de eficiencia activa, para el cual es necesario algo más que el trabajo del cerebro; es preciso una práctica especial que pone a prueba las condiciones sentimentales y espirituales de la persona, obligándola a una verdadera evolución de su psicología. Así, por ejemplo, una médica debe perder esa repulsión natural a todo espectáculo sangriento, habituándose al dolor ajeno y, en una palabra, "curtiendo" su corazón en forma tal que pueda resistir la impresión natural en todo ser humano en casos semejantes. Del mismo modo, una abogada deberá acostumbrarse a penetrar con aguzada perspicacia y suspicacia en

la maraña de los problemas morales con que se enfrenta en su profesión, de donde resulta la pérdida de ese matiz de ingenuidad y candidez que tanto se aprecia en la femineidad. Y así, por lo consiguiente, en las demás especialidades universitarias.

Todo esto trae, por consecuencia, la inevitable formación de un carácter y una energía en las mujeres universitarias, que sale de lo común en su sexo. Pues ya sabemos que lo corriente es imaginar a la mujer, generalmente, como a un ser cuyas mejores virtudes consisten en su dulzura, en su candidez y hasta en su ingenuidad, que le permiten conservar esa visión romántica y tierna de la vida, sin contagiarse de la amargura o el escepticismo que corrientemente trae el conocimiento y la experiencia demasado profundos de la realidad.

### La mujer no debe apartarse de su misión fundamental: la del hogar

DE todo eso deducen los comentaristas a que nos referimos, que la mujer de nuestros tiempos está siguiendo un camino peligroso. Doblemente peligroso, pues no solamente compromete la felicidad del hombre, al cual le arrebatará uno de los mejores factores que lo estimulan en la lucha por la vida, como es ese ideal de mujer tierna y bondadosa, sino que también compromete su propia felicidad, ya que torciendo su destino, no podrá realizar la verdadera misión que le está encomendada en el mundo, la del hogar.

Y es ante esas alarmantes perspectivas que se está dando la voz de atención, a fin de que en todo el mundo y desde todos los ángulos, lo mismo en las esferas oficiales que en las instituciones particulares y hasta en los hogares, se filtre un llamado a las conciencias femeninas para que mediten serenamente tratando de evitar las fáciles tentaciones que les ofrecen los efímeros triunfos a que promete llevarla la universalidad en la vida práctica, para orientarse hacia esos triunfos más duraderos que aseguran en la vida espiritual la consagración al hogar.

Por fortuna, es justo consignarlo, se advierte ya una favorable reacción de la mujer en el sentido de volver a las saludables prácticas de la vida hogareña. Sin descuidar los deberes y obligaciones que el agitado ritmo de la vida actual ha impuesto también al sexo débil, aumentando sus preocupaciones y hasta sus inquietudes con las múltiples oportunidades que el mundo le ofrece, la mujer de esta última generación parece haber iniciado aquella reacción, para conciliar las lógicas aspiraciones a que tiene derecho, con los ineludibles deberes de su condición femenina. Es por este camino, justamente, que se lle-



gará a la verdadera solución que todos deseamos, para salvaguardia de ese bello encanto que siempre ha sabido atesorar el sexo débil en su exquisita femineidad y por cuya conservación debemos velar para que siga manteniéndose eternamente encendida esa llama del amor, a cuyo calor y luz ha de mandarse la humanidad a través de siglos y siglos.





**E**S evidente que en las grandes ciudades ha empezado algo así como una lucha sorda entre los sexos por el trabajo.

El asunto no es tan fácil de resolver como parece. Es un problema social grave, que por primera vez se presenta en la historia del mundo, y que existe por igual en todos los países, ya que éstos no forman de por sí una masa aislada, sino que marchan al mismo ritmo.

En todas las sociedades del mundo civilizado se observan dos fenómenos principales: la desocupación y el auge del trabajo femenino.

La parte de culpa que tienen las mujeres en la desocupación masculina es mínima, y puede decirse ocasional.

El amontonamiento de gentes en las grandes ciudades dificulta la vida a todos. Y el éxodo hacia el campo, que predicán y ponen en práctica los grandes estadistas, es la única solución.

En el ambiente de esas grandes ciudades la necesidad de luchar por la vida alcanza actualmente al hombre tanto como a la mujer.

Con las dificultades que ha traído la crisis, la mujer se ha visto desalojada, por suerte para ella, del papel de privilegio y anulación del que todo lo debe esperar de los demás.

¿Quién quisiera volver a la vida de cincuenta años atrás, donde la mujer que carecía de fortuna, y no formaba, por causas ajenas a su voluntad, un hogar, se veía obligada a aceptar todo de los que la rodeaban, con evidente desmedro para sus aspiraciones y dignidad?

La mujer que ganaba su vida decaía en la consideración de las gentes que ocupaban un lugar respectable en sociedad. Se contaban como excepciones las que se animaban a saltar sobre esas conveniencias. Este era un caso tan extraordinario, que se las miraba con mal disimulado recelo, aunque se las pusiera como ejemplo. Y las que lo hacían, eran una, dos, tres... Se las podía contar con los dedos de una mano e individualizarlas.

Al hablar así, hablo de la sociedad en los países latinos, pues los sajones han sido siempre más independientes al respecto.

En cuanto a nuestro ambiente en particular, abundaban hasta hace algunos años las pobres "vergonzantes", es decir, que no se animaban a romper el círculo de hierro que impedía a una mujer de sociedad trabajar para vivir.

Las pobres vergonzantes son la mayor anomalía que una sociedad pueda registrar. Significa cortedad de confesar la pobreza y vergüenza de exhibir el trabajo.

Para ellas, las pobres vergonzantes, se formó en Buenos Aires, como una necesidad apremiante, una sociedad protectora. Allí llegaban, ocultando su nombre, las necesitadas, a llevar sus obras y dejar sus esperanzas inconfesables de ganar unos pesos para imprescindibles necesidades.

Por suerte para la mujer, el ambiente ha cambiado. Lo ha cambiado valientemente ella misma. Las pobres vergonzantes han desaparecido para dar lugar a la mujer orgullosa de su trabajo y de su capacidad.

Hoy se mira con desprecio a la que, imbuida en viejos prejuicios, quiere vi-



## Apología de la mujer que trabaja

vir como antaño. Se la ha calificado — en este Buenos Aires que conserva todavía resabios de gran alicia y en donde los mores corren y se difunden como en los viejos tiempos — de "gentes que viven de la caza y de la pesca". Las costumbres primitivas, transportadas a la época actual: vivir a la aventura, sin nada fijo, sin otra aspiración que llenar en la forma posible una necesidad del momento.

Pero esto carece de importancia. El problema es otro: la escasez de trabajo. Tanto la mujer como el hombre se encuentran abocados a la misma dificultad. La angustia económica es igual para ambos.

Si examinamos el problema de los empleos, que es el problema insoluble en las grandes ciudades, ya que todos quieren vivir de él, nos encontramos que los puestos públicos, las cátedras o los empleos comerciales se otorgan por dos causas: primero, capacidad; segundo, recomendación.

¿Cómo desconocer el primero? Si se pasara por alto la mayor capacidad de una mujer para dar el empleo a un hombre, por el solo hecho de ser tal, se transformaría la administración pública en una sociedad de beneficencia.

En cuanto al segundo dilema, ha existido siempre, y existirá aún por mucho tiempo, desgraciadamente, el sistema de las recomendaciones y las cuñas. Dependerá, entonces, el puesto de quien las tenga mejores. Y dentro de esa imperfecta forma de actuar puede darse el caso favorable tanto de una como de otra parte.

Sólo quien piense superficialmente puede decir que la mujer que trabaja lo hace para aumentar su lujo. Si eso existe, es solamente como excepción. La mujer que tiene un empleo o emprende un negocio lo hace por convicción, toma en serio su trabajo y desarrolla una actividad benéfica a su alrededor.

Todo esto en cuanto a la parte material. Pero no se ponderará nunca bastante la satisfacción espiritual y el orgullo del propio valer que da el trabajo realizado. El trabajo considerado como un fin en sí mismo, como norma y como ética. La mujer ha dado un gran paso adelante en su camino, y no es posible hacerla retroceder.

El problema de la desocupación parece haber traído esa moderna forma de lucha entre los sexos. Pero esto es momentáneo. Día a día el horizonte de nuevas posibilidades se agranda para todos.

Las dificultades agudizan el ingenio, y han sido siempre ellas las creadoras de nuevos rumbos. El hombre y la mujer están llamados a ser, en esta nueva era, más compañeros que nunca. Habrá mayor conciencia en la mujer para valorar el trabajo masculino, y habrá mayor comprensión en el hombre para considerar los derechos femeninos.

Es inútil protestar contra los males e inconvenientes de una época.

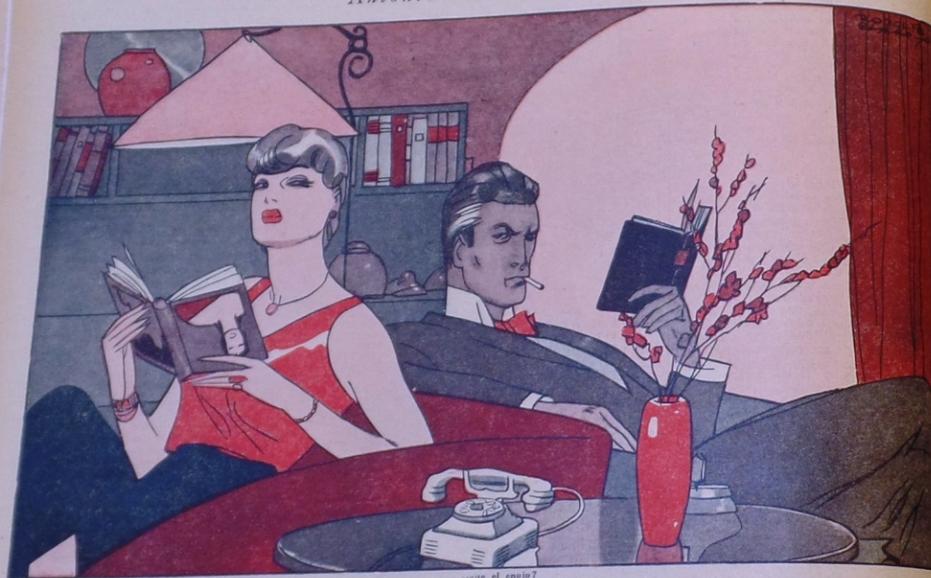
Buscar la solución, sin cometer arbitrariedades, teniendo presente los derechos de todos, sin distinción de sexo, es propio de los hombres de estado y de conciencia.



Celis de Diego

# ¡Yo quiero divorciarme!

Un acto de Antonio Rubén Ferrari



— ¿Hay viaje?  
— No...  
— Entonces, me sigue el enojo.

**S**ALONCITO biblioteca. Los muebles, más que lujosos, de buen gusto. En escena, al levantarse el telón, Lina y Jorge, sentados en seducidos sillones, distantes el uno del otro, casi vueltos de espaldas, leyendo o fingiendo leer. Demuestran haberse enojado, aunque a simple vista se nota que ambos están ansioso iniciar o reanudar la conversación. Un suspiro de ella es buen pretexto.

Jorge. — ¡Malos de ausencia!  
Lina. — Ahorazas de libertad...  
Jorge. — ¡Arrepentida del casamiento!  
Lina. — Arrepentida... y escarmentada...  
Jorge. — ¡Muchas gracias! (Una reverencia.)  
Lina. — (Revolotando.) "Lined" las mereces.  
Jorge. — Te sigue el enojo?  
Lina. — ¡Hay viaje?  
Jorge. — No...  
Lina. — Entonces, me sigue el enojo.  
Jorge. — Es lástima, porque estaba dispuesto a darte una sorpresa.  
Lina. — (Sin mirarlo.) ¿Se refiere al viaje?  
Jorge. — ¡Y dale con tu vinjecito!  
Lina. — Pues quédate con tu sorpresa y no fastidies. (Buena el teléfono.)  
Jorge. — ¿No atiendes?  
Lina. — Estás más cerca tú.  
Jorge. — Por mí.  
Lina. — Y por mí. (Sigue la campanilla.) ¡Qué molestos son los automáticos!  
Jorge. — (Corta la comunicación y vuelve a su asiento.) Ya no molestará.

Lina. — ¡Oh!... ¡Y si era un llamado urgente?  
Jorge. — (Sin mirarla.) Volverán a llamar.  
Lina. — ¡Estás hecho un ogro!  
Jorge. — Déjame leer. No fastidies.  
Lina. — ¡Mamarracho! (De nuevo la campanilla.) Atrevesa a cortar la comunicación y te arrojé el libro.  
Lina. — Poco aprecias lo que lees.  
Lina. — ¡Atiende el teléfono!  
Jorge. — Bueno... (Toca un timbre.)  
Lina. — ¡El teléfono, me dicho! ¡El teléfono! ¡El teléfono-moo!  
Jesusa. — (Sirvienta extranjera.) ¡Llamaba la señora?  
Jorge. — Atienda el teléfono. (Jesusa, un tanto extrañado, obedece.)  
Jesusa. — ¡Hola!... Sí, el mismo... ¿Con el señor? Un momentito. (A Jorge, tapando con una mano la bocanilla del teléfono.) De parte del señor Gorostiaga.  
Jorge. — Dígale que no estoy; que he salido...  
Lina. — (Al teléfono.) Dice el señor que no está; que ha salido. (Lina rie a carcajadas.)  
Jorge. — ¡Animal! (Le quita el aparato y habla.) ¡Aló!... ¿Con Roberto?... ¡Pero cómo te va, viejito!... ¿Qué tal?... ¿qué tal?... (Jesusa sale sigilamente.) Este... sí, sí... Un chiste... (Risa forzada.) ¡Imagínate, Roberto, para ti siempre estoy en casa!... ¡El viaje! (Lina se coloca con presteza al lado de Jorge.) No pensamos renimizlo... (Lina pellizca a Jorge.) ¡Ay!... Nada, che. Digo que "hay"

muchos inconvenientes... El primero, y principal, ¡asombroso!, es que Lina se opone. (Ella lo amena, se desespera, quiere arrebatarse el teléfono.) Mira, en este preciso momento ella me pide que la agradezcas a tu señora la invitación. Si, sí... Está suelta a no salir. La mamá, ¿sabes?... No sé; a las que de vieja...  
Lina. — (Estupefacta.) ¡Mamá, vieja? (Vuelve a pellizcarlo.)  
Jorge. — ¡Ay!... Que "hay" cosas imposibles de creer, y sin embargo...  
Lina. — ¡Te voy a desmentir, calumniador!  
Jorge. — Dice que es por la mamá, justísimo. ¿Quieres hablar con ella? Bueno. Hasta pronto, Roberto... Sí, hombre; irá a despedirse. (Le pasa el teléfono a Lina.) Prudencia, Lina; recuerda que es un alcazán.  
Lina. — Hable... Muy buenas noches, Roberto. ¿Cómo está usted?... ¡Y Carmencita?... Me alegro. Yo bien, gracias... Sí, es verdad. Por este año, mamá no está muy fuerte... ¡Claro que es jovencita. Cosas de Jorge. El siempre tan chistoso... Se las maneras, las quedamos muy agradecidos... Si me saludas a Carmencita. (A Jorge, que continúa hablando.) De modo que te has salido con la tuya!  
Jorge. — ¡De modo que te has salido con la tuya!  
Lina. — ¡Ah! Querías mandar; sentíste amor; te de mí...  
Jorge. — De ti, precisamente, no.  
Lina. — ¿Y te burlas? Ahora mismo llamo a la rostiaga y te desmiento.  
Jorge. — No lo harás.



Jorge. — Miras en tu espejo...  
Lina. — ¿Me desafiás?  
Jorge. — Te desafío.  
Lina. — Ah, sígus burlándote de mí... (Tragédica.) ¡Pediré el divorcio!  
Jorge. — Bueno.  
Lina. — ¿Y te quedas así? ¿No reaccionas? ¡Ni siquiera te mueves! (Jorge cambia de posición en el asiento.) ¡Histrión! Para lo único que sirves... ¡Pa-  
Lina. — (Aplaudiendo.) ¡Muy bien! ¡Muy bien!

Lina. — ¿Que no? (Levanta el receptor y comienza a marcar números.)  
Jorge. — ¡Por tu bien, Lina! Se reírán de nosotros.  
Lina. — Tú llevarás la peor parte.  
Jorge. — ¡Por última vez, Lina!  
Lina. — Aprenderás a reírte de mí. (En el instante que se dispone a hablar, Jorge corta rápidamente el cordón del teléfono con una tijera que, en un abrir y cerrar de ojos, ha ido a buscar a una habitación contigua.) ¿Qué has hecho? ¿Cómo te has atrevido? ¡Oh! Pero, ¿tú sabes lo que has hecho?  
Jorge. — (Sentándose.) "Corar" la comunicación. Bah!  
Lina. — ¡Ah, no, no! ¡Basta de esclavitud!... Si piensas que me vas a tener encerrada en este miserable departamento, sin salir más que los domingos, y con un poco de cine o de teatro por toda distracción, te equivocás, "maridito mío". (Pateándose, excitada, neurasténica, mientras él, impaciente, fuma.) Estoy harta de esta vida monótona, desoladora, casera, gringa... ¡Harta, harta! (No me comprendes) (El hace un signo afirmativo.) No me he casado para privarme de mi libertad. Quiero ser lo que he sido: ¡libre!... Quiero viajar, divertirme, transear, embriagarme... ¡entiéndes! (Jorge afirma.) Yo soy una mujer moderna. Si porque eres mi esposo te creas mi dueño, ¡te engañas!, ¡te engañas!, ¿sabes? (Otra afirmación de él.) Nunca imaginé que el matrimonio fuera sinónimo de aburrimiento y economía. Desde que te ha dado por ahorrar, hasta las visitas te molestan. Claro: a una visita menos, un peso más. ¡Linda doctrina! ¿Vas a negármelo?... ¡Niégalo! (Jorge toma el libro y se dispone a leer.) ¡Por qué no me contradicés! Deseo saber tu opinión, gritarte, plerarte... ¡Habla! ¡Di algo! ¡Contradicéme!  
Jorge. — Lo dicho: no hay viaje.  
Lina. — ¿Te atreves a contradicéme?

Jorge. — ¡Oh! Me enloqueces, me matas...  
Lina. — En buena hora. Nos evitaremos el trámite del divorcio.  
Jorge. — ¡Comedianta!... Sacrifíqueme uno por su esposa; stále fielo; renuncie a todo por la conquista del ridículo propio... y tendrá como pago el premio de una infidencia.  
Lina. — (Aplaudiendo.) ¡Muy bien! ¡Muy bien!

Jorge. — ¡Por qué eres así?  
Lina. — Porque no puedo ser de otro modo.  
Jorge. — ¡Para qué me habré casado!  
Lina. — Para terminar con tu aburrimiento de soltero; para evitarte complicaciones... y otras cosas. Por comodidad, por despecho, por cálculo... ¿Te espanta mi franqueza? ¡A te he dicho que soy una mujer moderna. Los hombres no tienen secretos para mí. Maridos o amantes, son todos iguales: puestas a elegir entre ellos y una mujer, se eligen siempre a sí mismos. Son egotistas y cínicos. Van al matrimonio por cabala, pero fingien hacerlo por predestínación. "¡Estaba escrito!", programan; y si mas les gustan todas las mujeres, menos la propia.  
Jorge. — (Aplaudiendo.) ¡Muy bien! ¡Pero muy respetabil!  
Lina. — Tú, por ejemplo, ¿por qué te has casado conmigo?  
Jorge. — (Serio.) Por amor.  
Lina. — La eterna mentira piadosa.  
Jorge. — Porque vi en tí, a cruz ver, la esposa ideal: la compañera soñada en tantas noches de romanticismo; el complemento que reclamaba mi existencia para tener un fin y ser útil. Casarme es completo; y aunque tú estés en contra, allí reside la esencia de la predestínación.  
Lina. — ¡Hablan por tí-todos los débiles de la rra...  
Jorge. — Mas está visto que no dice buscare a la mujer del amor, sino la conveniencia ideal.  
Lina. — ¡Mentiras! ¡Todas mentiras! Te acercas a mí por compensación, no por predestínación. Cuarenta años exigían veinte...  
Jorge. — ¡Veinte!  
Lina. — ¡Veinte!  
Jorge. — ¡Veinticinco!  
Lina. — Eso quisieras: avejantarme para sentirte más descripto.  
Jorge. — ¡Lina! Mira que la paciencia tiene un límite (Poniéndose de pie.) Si vas a insultarme, prefiero ir.  
Lina. — Es lo que acabo: que te vayas. Necesito a sola.

Jorge. — ¡Tanto me odias?  
Lina. — ¡Bah! ¡No comprendes (Con misterio.) Ha llegado el momento...  
Jorge. — ¿Qué momento?  
Lina. — ¡Ah, qué aburrido salí!  
Jesusa. — (Cansada ya.) A la señora.  
Jorge. — ¡Ah, qué aburrido salí!  
Jesusa. — ¡Al señor.

— ¡Hablo de mí amante!  
Jorge. — ¡Eh! ¿Cómo? ¡Tu amante! A ver: repite.  
Lina. — ¡Un amante!  
Jorge. — ¡Esto es inaudito!  
Lina. — ¡Qué tiene de particular que una mujer jure...?  
Jorge. — ¡Pero tú deliras! ¡Te has vuelto loca!... Y me lo confiesas así, con tanto desparpajo, con una desvergüenza impropia de una mujer casada. ¡Esto es el colmo! (Mirándose a sí misma.) ¿No dices nada? ¿No te defendes? (Ella hace un gesto de indiferencia, mientras toma el libro.) ¡Estás en tu juicio! (Lina afirma con la cabeza.) ¡Mides la gravedad de tu confesión!...  
Lina. — (A sus pies.) ¡Jorge mío!... ¿Lo ves? ¡Ya soy toda tuya... ¡Por qué eres así, como te has casado conmigo?

Ilustraciones de Rodolfo Claro



(Continúa en la página...)

LINO  
MARTÍN

# El hogar

La Patina

EL ACEITE  
DE LA ENSALADA  
PERFECTA

es  
que Vd.  
de  
par  
ra  
mer  
mo.

A T A

05



21 DE ENERO DE 1934

Año XXXIV Núm. 147

# El hogar



2 DE ENERO DE 1938  
Año XXXIV Núm. 1476

*El Hogar*

25 DE DICIEMBRE DE 1966  
AÑO XXXII \* 10 LRS

se  
caz  
con  
el a  
huy  
no

**EN EL VOLANTE**

Por GUILLERMO VALDEZ

AVOS



# El Hogar

3 DE JULIO DE 1936  
AÑO XXXII • Nº 1391

30 CENTAVOS  
EN TODA LA REPUBLICA

**PUREZA**  
Por GUILLERMO VALDEZ

do, y  
ad?...  
no, se  
ocupar  
peque-  
reto-  
guerra  
berta-  
e que  
dar a  
lar su  
tre la  
ra tie-  
A nos-  
ejo. Y  
e illus-  
siva e  
uestro,  
no sa-  
ld pas-  
n cora-  
da vez  
ue nos  
aquel  
zos mo-  
econó-  
elvé en  
n, tam-  
con tre-  
s para  
ados de  
sólo de  
los sol-  
aplicado  
setenta  
ara una  
n mucho  
s Aires.  
to como  
Nosotros  
también  
medio de  
inmensa  
a, hemos  
la estre-  
temor...  
amen de  
el lapida-  
a los sol-  
sobre el  
esta pre-  
lo mis-  
hubiera  
os matri-

# El Hogar

4 DE DICIEMBRE DE 1934  
AÑO XXXI • N.º 116



**ARROBAMIENTO**

Por GUILLERMO VALDEZ

30 CEN  
EN TODA B



# El Hogar

30 DE OCTUBRE DE 1936  
AÑO XXXII • N° 1411



## AMAZONA

Por GUILLERMO VALDEZ

30 CENTAVOS  
EN TODA LA REPUBLICA

espechados  
de casa...

após" que se  
son tan ex-  
ste otro as-  
valorarlo  
conocen la  
moderna  
los ojos".



SS" de

anchas, junta-  
era: agregarle,  
de y formar una  
ata. Untar con  
colocar en forma  
de filetes de an-  
rellenar cada uno  
blanco y amarillo  
lactas de morrón  
do los colores.



# El Hogar

28 DE MAYO DE 1937  
AÑO XXXIII





# El hogar

30 DE JULIO D  
Año XXXIII

# El hogar



29 DE OCTUBRE DE 1937  
Año XXXIII Núm. 163

Carlos Fariñas



¡Muchas gracias!